

U.A.N.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS

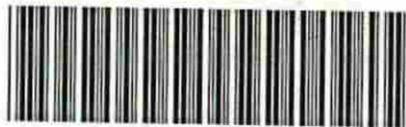
15

MEYER ROUVEL.

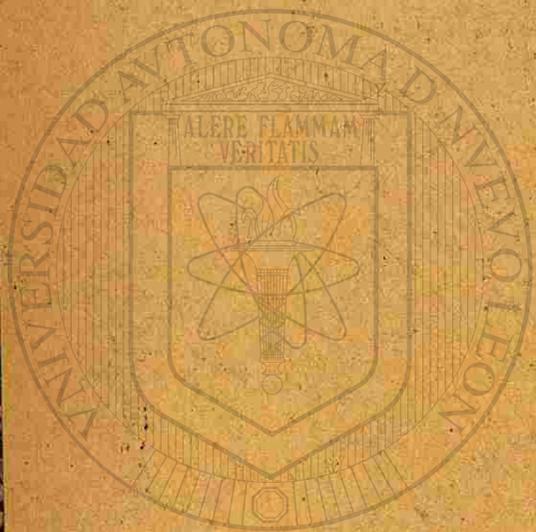
EL HONOR
O LA VIDA

2

PQ2625
.E53
H68
v. 2



1020027062



EL HONOR O LA VIDA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.

Núm. Autor

Núm. Adg.

Procedencia

Precio

Fecha

Clasific.

Catalogó

N
M 5674
30568[®]

- 8 -

ccy

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

EL HONOR Ó LA VIDA

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL

VERSIÓN CASTELLANA

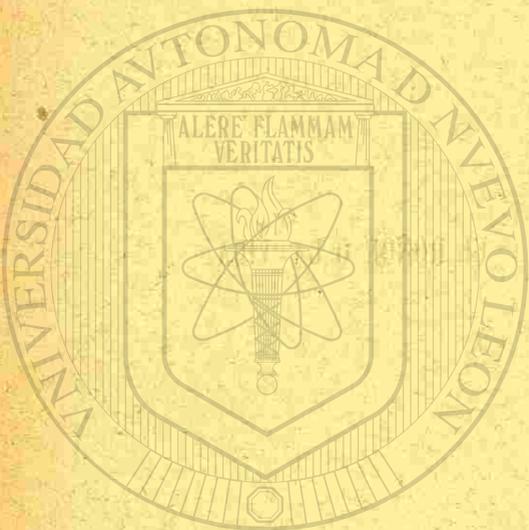
DE

«EL COSMOS EDITORIAL»

TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD ALFONSO X EL SABIO
85595
UNIVERSIDAD ALFONSO X EL SABIO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID,

«EL COSMOS EDITORIAL»

MORÓN PASTOR Y COMPAÑIA

63, Cardenal Cisneros, 63.

30563

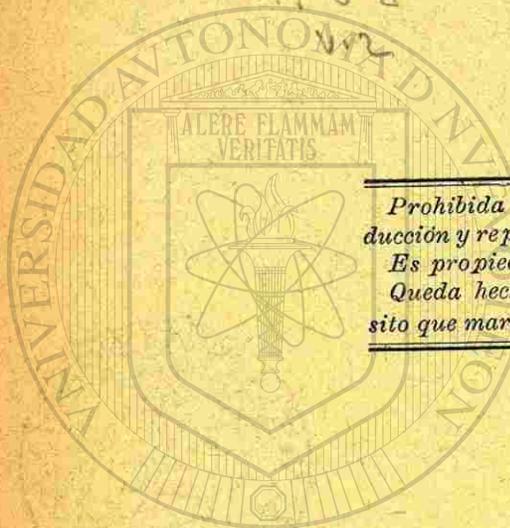
43

PA 2625

M.

.E 53

H 6 8



Prohibida toda traducción y reproducción. Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

EL HONOR Ó LA VIDA.

TERCERA PARTE

EL DRAMA DE BOURGES

I

Amagos de tormenta

Parecía haberse restablecido la tranquilidad entre los moradores de Maillepré; pero la calma en aquel suntuoso palacio era más aparente que efectiva: había en ella mucho de esa apacible y sorda quietud precursora de las grandes tormentas.

La resolución de Margarita Souvray aplazando por treinta días la respuesta á las pretensiones de Roger de Lignerès establecía una especie de armisticio en las relaciones exteriores de los huéspedes y deudos de la duquesa. No obstante, este aplazamiento produjo en los interesados efectos muy distintos.

Por regla general, cuando una joven soli-

citada en matrimonio rehusa al principio y después da oídos á los ruegos del amante insistente, es porque está resuelta al sacrificio. La respuesta de Margarita no era una aceptación ni una negativa. Roger abrió su pecho á la esperanza, lisongeándole la idea de vencer todas las resistencias.

No era él quien únicamente pensaba así; su madre era de la misma opinión, y esta certidumbre la ponía furiosa, pero procuraba no descubrirse.

M. Godet no estaba menos descontento que la marquesa de Lignerés; pero su irritación era contra Pedro de Meillant, que se había marchado no se sabía adónde, abandonando á otro aquella joya inestimable.

Entre el disgusto de la marquesa y el de M. Godet había una diferencia: la madre de Roger, exasperada, venía meditando vengarse de aquella bastarda que le disputaba el afecto de su hijo, y formó el propósito de aprovechar todas las ocasiones para llegar á su objeto.

El excelente M. Godet, por el contrario, no sentía odio ni cólera; cada vez estimaba más á aquella joven, que era la alegría de la casa.

Sobre este particular estaba perfectamente de acuerdo con la duquesa, que había llegado á querer profundamente á la pobre niña de cuyos sufrimientos creía ser causa.

Se consideraba feliz cuando veía á las que llamaba sus dos hijas pasearse del brazo por el parque ó recorrer la campiña en un coche dirigido por Blanca Carol.

En estas ocasiones solía decir á M. Godet: —¡Cuánto iba á echar de menos á María Magdalena, si se separase de mí!...

—¡Y yo!—murmuraba M. Godet.

Blanca no tenía secretos para Margarita: le había confiado su amor, sus proyectos, todo menos su falta, que no se atrevía á confesar.

La hija del coronel, por el contrario, no revelaba nada de lo que había sorprendido, abrigando el propósito de salvar á su amiga de un porvenir que solo podía ser doloroso para ella.

Pero ¿qué camino emprendería para llegar á este resultado, correspondiendo así á la generosa conducta de la señora de Maillepré para con ella? No lo sabía; preveía únicamente una lucha desigual entre ella y Roland Beroult, un combate en el cual sería destrozada; pero estaba resuelta á todo y esperaba al enemigo con la ansiedad del soldado dispuesto á la batalla, y también con la energía de la desesperación.

La hora de este combate no se hizo esperar mucho.

A los dos días de tomar posesión el nuevo prefecto de Bourges, el cartero entregó á Justina Savart dos cartas: una para Susana Carol, con orden de ser entregada en propia mano, y otra para Blanca. Susana estaba sola en la habitación de su señora, cuando Justina fué á entregarle la carta.

—Tomad—dijo la criada, cólerica por no haber podido descubrir el secreto que encerraba aquella misiva,—una carta para vos...

una carta misteriosa... Ese idiota de Miraud me la ha entregado... parece que es para vos sola...

Susana conservó su fría gravedad.

—Me sorprendéis mucho, Justina. Yo no tengo nada que ocultar á nadie. ¿Queréis leerme esa carta?

—¿Y si es un secreto?

—Leed.

Justina pensó:

—Esta mujer es un tronco. ¡Y aun dicen que tiene una hija! ¡Qué embustel!

Rompió el sobre y leyó:

«Prefectura del Cher. Gabinete del prefecto.

»La señorita Susana Carol, ayuda de cámara de la duquesa de Maillepré, tendrá la bondad de presentarse lo más pronto posible en el despacho del señor prefecto, para un asunto que le interesa.»

—¿No dice más?—preguntó Susana.

—No. Será preciso ir.

—¿Ir?...—dijo Susana, sin aparentar que daba importancia á aquella comunicación.—No veo la necesidad.

—¿No sospecháis para qué os pueden llamar?

—No.

—Quizá para alguna herencia en América.

—No la espero, ni tengo allí á nadie que heredar.

Susana arreglaba la habitación de la duquesa como si nada hubiera pasado. Justina reflexionaba al lado de la ventana. De pron-

to hizo un movimiento, indicando que acababa de encontrar la clave del enigma. El prefecto que llamaba á Susana era M. de Serigné, que acababa de tomar posesión. Luego se trataba de Blanca. Justina tenía naturalmente interés en que se realizase aquel matrimonio á que había prestado su concurso.

—¿Sabéis lo que haría en vuestro lugar?—dijo á Susana.

—¿Qué hariais?

—Iria á Bourges hoy mismo para salir de dudas.

—¿Tan pronto?

—Un simple paseo para los caballos y para vos.

—¿Es una idea!

—Cuando se os llama es porque os necesitan. Pensadlo. ¡Un prefecto!

—Tenéis razón. Tengo precisamente que hacer algunas compras para la señora.

Justina se dirigió inmediatamente en busca de Blanca.

La carta dirigida á ella, solo contenía estas frases:

«Mi querido bien amado:

»He cumplido mi promesa y ya estoy cerca de vos. Iré á veros mañana, pero sin misterios; en adelante no tendremos necesidad de ocultarnos y podremos publicar nuestro amor hasta el gran día de nuestro matrimonio.

»¿Creeréis ahora que os amo apasionada y sinceramente?

»A vuestros pies siempre,

»R. DE S.»

Para halagar la vanidad de la pobre Blanca, Roland había escrito debajo de su nombre: «Prefecto del Cher.»

Por esta vez Justina no se contentó con cumplir su papel de «mensajera de los amores», sino que leyó la carta mirando por encima de los hombros de Blanca.

—Y bien, señorita—dijo—ya sois dichosa.

Blanca no contestó.

No, su dicha no era pura. Pasada la embriaguez del primer instante, lamentó la falta cometida, de que debía sonrojarse siempre aun delante de su marido, á quien hubiese aceptado con más alegría entregándose á él sin mancha.

Susana Carol no necesitó pedir el coche después del almuerzo. No hay seres más dichosos que los servidores predilectos de esas grandes casas donde todo abunda: si tienen que ir á alguna parte, siempre hay dispuesto un cochero que necesita pasear sus caballos.

Un pequeño break esperaba á Susana Carol á la puerta de servicio. Justina Savart había cuidado de todo.

En media hora llegó á Bourges la doncella de la duquesa de Maillepré, y después de hacer sus compras, se dirigió á la prefectura, saliéndole al encuentro un criado correctamente vestido de negro: era Bruno.

—¿Sois...?—le dijo éste con afabilidad.

—La señora Susana Carol.

—El señor prefecto os espera. Tened la bondad de seguirme.

II

Astúcia contra astúcia.

Susana Carol, acostumbrada á la opulencia de Maillepré, no se sintió cohibida en el lujoso despacho de la prefectura de Bourges, una de las más suntuosas de Francia, por ese temor natural de las personas humildes, ante el esplendor de los grandes palacios; habituada también á la vida del gran mundo, el prefecto del Cher no era á sus ojos más que un personaje de mediana importancia. La figura severa de Susana no espresó ni con mucho el respetuoso temor que esperaba quizás el alto funcionario de la policía: únicamente podía leerse en su rostro alguna señal de impaciencia.

—¿Me habeis hecho llamar, señor?—preguntó á Roland Beroult apenas se hallaron solos.

—Sí,—contestó este.—¿Quereis hacerme el favor de sentaros?

—¿Es asunto largo?

—Quizás.

Susana tomó asiento sobre el borde del sillón, como quien se dispone á escuchar, sin deseo de prolongar la audiencia.

El prefecto dijo al fin, llevando la cuestión á su terreno:

--¿Teneis una hija?

Susana en vez de responder, manifestó con algunos gestos el disgusto que aquello le producía.

--Os pido perdón--dijo Roland,--por haberos molestado, siendo yo quien debía ir á veros. Pero estando vos en casa de la señora de Maillepré, me ha parecido mejor tratar sin testigos este negocio grave, para mí al menos.

--¿De manera que se trata de un negocio?

--La palabra no es muy propia; pero hay negocios de todas clases, negocios del corazón como negocios de dinero. En una palabra, que amo á Blanca Carol.

--¿Vos?--exclamó Susana aturdida.--¿Me decis la verdad?

--La verdad.

--No la conocéis.

--Dispensadme, pero estais equivocada.

--Verdaderamente, no me explico...

--Pues es muy sencillo. La señorita Blanca ha sido educada en la pensión Beringer... La señora Beringer es amiga de mi familia, nos une con ella algún parentesco, y como era natural, yo la visitaba algunas veces: una de ellas tuve la satisfacción de conocer á vuestra hija.

Susana quedó escandalizada y no escaseó las censuras para aquella directora del colegio que consentía la comunicacion de las niñas, confiadas á su cuidado, con hombres.

--Yo no afirmaré--dijo Roland--que semejante conducta sea correcta, porque no

estoy encargado de defender á la directora de ese colegio; pero hay que tomar las cosas como son. Vi á la señorita Blanca y me sentí atraído hacia ella por irresistible simpatía... Este es el hecho.

Susana dudaba de aquella simpatía por Blanca, tan poco favorecida por la naturaleza, y no procuró ocultarlo.

Roland continuó con tono excesivamente amable:

--Es preciso que os lo explique todo. Yo soy relativamente rico, y tengo ante mí un buen porvenir.... Quiero ser franco del todo: hubiera podido buscar fuera del colegio, en la seguridad de obtener la mano de una rica heredera, aumentando así mi fortuna por un matrimonio ventajoso, pero no lo pensé siquiera; no quiero á otra mujer que á Blanca Carol, y si he solicitado una entrevista con su madre ha sido para tener el honor de pedirle su mano.

Si el antiguo secretario se lisonjeaba con la idea de que su petición, que para la mayoría de las gentes hubiera sido una prueba de supremo desinterés, fuese recibida con una explosión de reconocimiento, experimentó un desengaño, porque Susana Carol no manifestó más que sorpresa.

--Os pido perdón--dijo después de una pausa--por no acoger esta confidencia como debía ser acogida; pero me excusaréis haciéndoos cargo de mi sorpresa, y me perdonaréis si no desecho todavía la duda de que hayais podido equivocaros al formular vuestra pretensión.

Roland repitió pausadamente y con voz clara :

—Me llamo M. de Serigné; tengo cincuenta ó sesenta mil francos de renta; soy prefecto del Cher, y tengo el honor de pedirlos la mano de vuestra hija, la señorita Blanca Carol. Y os ruego que me creais en mi cabal juicio.

Susana Carol se levantó.

—Está bien—dijo,—yo lo consultaré con quien debo consultarlo, y tendré á mi vez el honor de transmitirlos la respuesta.

Al decir esto saludó y se dispuso á salir.

—¿Qué, me abandonais ya?—dijo él.

—Sé ya todo cuanto debía saber.

—Una palabra, solo una palabra. ¿Puedo acariciar alguna esperanza?

—La esperanza, en todo caso, debe referirse á mi hija; si se atiende al interés de lo que vos mismo habéis llamado negocio... pero puesto que os dirigís á mí, os contestaré con toda franqueza: no sé cuál será el resultado de vuestra pretensión.

—¿No sois árbitra de los destinos de vuestra hija?

—No.

Al oír esta respuesta, brilló en los ojos de Roland un relámpago de alegría, tomando aquello por un consentimiento. Sin embargo, Susana le desengañó al añadir :

—No os enseño nada que no sepais al decirlos que en una posición como la mía, se está sometido á la voluntad de los que nos pagan y mandan. Yo estoy al servicio de la señora duquesa de Maillepré, que es la mejor

de las señoras; pero al fin es mi ama, y sus deseos son órdenes para mí, por dos razones: la primera porque está en mi interés hacer lo que ella quiera...

—¿Y la segunda?—interrumpió Roland.

—Que estoy muy agradecida á mi señora porque ha tomado á mi hija bajo su protección, la ha educado á su costa y ha prometido asegurar su porvenir. Comprenderéis desde luego que no puedo decidir de la suerte de mi hija, sin el consentimiento de la señora duquesa.

—Entonces, ¿deberé dirigirme á ella?

—Bien, si así os parece; pero yo puedo darle cuenta de vuestra pretensión.

—Al menos me permitireis defender mi causa ante la señora de Maillepré

—Yo no puedo impedir al señor prefecto del Cher que visite á la señora duquesa de Maillepré; pero yo la prevendré.

Roland se inclinó profundamente, acompañó á Susana hasta la puerta y volvió á su asiento.

—La criada no ha querido hablar—se dijo,—pero el ama hablará.

Llamó y apareció Bruno, que no estaba lejos y había podido oír parte de la conversación.

—¡El coche!—dijo el prefecto.

—¿Va lejos el señor?

—Allí—dijo señalando á Maillepré.

—¿A qué hora quiere marchar el señor prefecto?

—Al instante.

—Bien.

Roland no quería que Susana viese á la duquesa antes que él.

Pero la doncella de la duquesa le había ganado por la mano. Marchó apresuradamente al hotel de Frenieu y dijo algo al oído del cochero, el cual respondió:

—Descuidad, iremos á buen paso.

Nadie de la servidumbre de la duquesa se hubiese atrevido á discutir una orden de su confidente.

Cuando el coche del prefecto salía de la ciudad, el cochero pudo ver en lontananza otro coche que iba á escape.

A las cinco, la señora de Maillepré estaba hablando en el salón con Susana Carol, hacia diez minutos, cuando entró María Magdalena, llamada por su protectora, y detrás de ella Justina, diciendo:

—El señor prefecto pregunta si la señora le puede recibir.

—Hacedle entrar.

Susana se retiró y la duquesa dijo á Margarita, mostrándole su gabinete:

—Quedaos ahí y no os alejéis.

La hija del coronel, con la faz pálida, pero resuelta á todo, salía por una puerta cuando Roland entraba por la otra.

III

De mano armada.

La entrevista de Roland Beroult con la duquesa de Maillepré era el encuentro de

dos enemigos: ni la una ni el otro se engañaban respecto de este particular.

Sin embargo, el prefecto del Cher esforzóse por aparecer afectuoso y galante, adelantándose con la más respetuosa deferencia hacia la señora de Maillepré, que le recibió de pie con la cabeza erguida, procurando disimular su emoción. Sin pronunciar una palabra le indicó un asiento y ella se sentó á su vez.

Roland tomó la palabra.

—¿Sin duda--dijo--conoceréis el objeto de mi visita?

--Así es--contestó la duquesa.

--En ese caso solo tengo que suplicaros vuestra aquiescencia para realizar un proyecto en que se halla tan interesado mi corazón.

--No os ocultaré mi sorpresa--dijo ella después dereflexionar un momento;--así, os pido algunos días... para consultar á la interesada. Tiene veinte años, es verdad, pero su salud es muy débil y hubiera querido robustecerla...

--¿Quizá tendréis otros proyectos acerca de ella?

--Ninguno. Pero ¿no teméis, que en la alta posición vuestra, este matrimonio perjudique vuestro porvenir?

Blanca es hija de una criada...

—No os preocupais por mi interés, señora duquesa. No solicito la mano de la hija de Susana Carol, sino la de la protegida de la señora duquesa de Maillepré, lo cual es bien diferente, como comprendéis.

—En efecto, hay alguna diferencia, pero es insignificante...

—No lo considero así. De cualquier manera, debo deciros que el cálculo no entra para nada en la petición que tengo el honor de haceros en este instante. Es una cuestión de sentimiento... No deseo más que la mano de Blanca y no aceptaré dote alguna. Vuestra estimación no tiene precio para mí y me lisongeo con la esperanza de que me haréis participe del afecto que profesáis á vuestra *ahijada*, mientras por mi parte procuraré demostraros mi desinterés, debiendo manifestaros desde luego que soy bastante rico para mis necesidades y que cuento solo conmigo mismo para mejorar el por venir.

Roland Beroult pronunció las anteriores frases en tono de perfecta cortesía, pero subrayó intencionadamente la palabra *ahijada*, cargando la pronunciación sobre las dos sílabas de enmedio.

La duquesa comprendió que las amables formas del prefecto envolvían una amenaza, á que no podía atreverse aquel hombre sin conocer en todo ó en parte la verdad sobre el origen de Blanca.

Su instinto de madre la puso en guardia contra aquel enemigo que seguramente ocultaba un fin interesado, bajo el disfraz del amor.

El, por su parte, comprendió que la duquesa era tan difícil de engañar como su doncella, y que no obtendría su consentimiento sin lucha.

—Por Dios, señora duquesa,—dijo—os veo muy embarazada. Desde ayer camino de desengaño en desengaño. Me atrevo á decir que no esperaba encontrar tantas dificultades en un asunto de esta naturaleza, en el que tenía puesta toda mi esperanza. Aunque os parezca extraño lo que os digo, y quizá lo sea, debo hablaros con franqueza. Si estoy en Bourges es por Blanca, pues ya comprenderéis que mi interés me aconsejaba no dejar á Paris, en donde mi posición me daba un poder inmenso, á causa de los innumerables secretos de que mi cargo me hacía poseedor. Habiéndolo sacrificado todo por este enlace, os hareis cargo de la ansiedad con que espero vuestra contestación.

—¡Pero yo no soy la única con derecho á contestaros definitivamente!

—Permitidme creer, señora duquesa, que exagerais en este instante vuestra falta de autoridad y la autoridad de los demás...

—¿Con qué objeto?...

—¿Qué se yo! Pero el hecho es ese, ¿qué importa la causa? ¿Necesitaré ser franco hasta lo último? Siento haber de decir que encuentro una acogida glacial en esta casa, en donde esperaba ser mejor recibido. Susana Carol me ha respondido en un tono que no vacilaré en calificar de burlón...

—¡Oh! señor prefecto...

—¡Perdonadme!... Aunque joven, creo conocer un poco el corazón humano. Susana Carol, en vez de creer humildes mis pretensiones, parecía considerarme demasiado ambicioso al fijar mi mirada en una joven co-

mo su hija... Vos misma parecéis creer que bajo mi aparente desinterés, se oculta una mira de especulación... Juzgo por mis impresiones, y las traduzco libremente; pero podéis probarme que me engaño y me haríais dichoso, os lo juro.

—¿Por qué medio?

—Concediéndome la mano de vuestra protegida.

—Pero antes necesito...

—¿Consultar con ella? ¿No es cierto?

—Naturalmente.

—Os he prometido ser franco—dijo Roland sonriendo irónicamente—y os probaré que lo soy. Es inútil la consulta á la señorita Blanca... Creo conocer su pensamiento y puedo aseguraros que cuento con su asentimiento... Me explicaré. Algunas veces he visto á la señorita Blanca y si me presento ante vos, es con su conformidad.

—Entonces—dijo la duquesa estremecida—¿os habréis declarado á ella?

—El procedimiento sería incorrecto sin duda... ¿No es eso lo que pensáis? Pero puedo alegar, para justificarme, la excepcional situación de esta niña; sus modestas aspiraciones; mi posición, que en cierto modo me obligaba á hablar el primero; las especiales circunstancias en que la conocí. En una palabra, experimento por ella un sentimiento cercano á la pasión, ella no me rechaza, y si vos me rechazáis, la haréis seguramente tan desdichada como á mi.

La duquesa empezaba á ponerse colérica, adivinando bajo las irreprochables formas

de Roland Beroult una maquinación odiosa en que ella se sentía cogida.

—Comprendo perfectamente lo que me decís: pero yo no os conozco, no os he visto nunca, y es natural que necesite reflexionar sobre lo que solicitais. Si tenéis algunas objeciones que hacerme, razones que aconsejen otra conducta, decidlas sin ambages. ¿Las tenéis?

Roland hizo el gesto que debe hacer una hiena al arrojarle sobre su presa, y dijo:

—Las tengo.

—Veámoslas.

Roland aproximó su sillón á la mesa sobre la que se apoyaba la señora de Maillepré, y habló así:

—Vuestra pregunta me agrada, dándome una libertad que no hubiera querido tomarme. Hace unos instantes hablábamos de secretos... Los hay de varias clases, y si se sondea en la vida privada, se encuentran secretos casi en todas partes. ¿Qué diríais si se os amenazara con descubrir los vuestros?... No me atreveré á asegurar que la señorita Blanca sea la hija de una gran señora cuyo nombre callo; pero aseguro, sin temor de equivocarme, que no es hija de Susana Carol.

—¿Qué sabéis vos?—preguntó la duquesa, procurando aparentar calma, no obstante la tempestad que oía rugir sobre su cabeza.

—Lo sé.

—Venga la prueba.

—En la época del nacimiento de esta niña existía un caballero de alta alcurnia... muer-

to después en circunstancias que se prestaban á toda clase de conjeturas. Se llamaba el conde de Montevrón... Murió ahogado. ¿Os acordáis?

—Efectivamente.

—Hubo quien supuso que aquella muerte fué voluntaria.

—¿Por qué causa?

—Por un amor contrariado.

—¿Lo creéis?

—He visto y tengo cartas suyas.

—Imposible!— exclamó la duquesa.

—Las tengo—repitió Roland.

—¿Las habréis robado, entonces?

—La frase es dura—dijo friamente el prefecto,—y hacéis mal en pronunciarla, porque yo puedo ser para vos un amigo útil ó un enemigo peligroso, á elección vuestra. Yo aspiró á lo primero, creedlo.

—Continuad.

—Esas cartas no han sido robadas. En donde yo estoy llegan por millares, no se sabe cómo, esa clase de documentos... Se encuentran á lo mejor debajo de un asiento, en esos gigantescos montones de papel, que son algo así como la crónica escandalosa de una época, se pasa la vista casualmente por ellos, se leen por curiosidad; pero debe reconocerse, en justicia, la discreción de los que los poseen, puesto que los guardan para sí y no lo dicen á nadie, y si al decir esto hago referencia á mí mismo, es porque me obligáis á ello. ¿Qué he venido á hacer aquí? A pedir la mano de una joven á quien amo... ¿Por qué os he dicho lo que sé acerca de su

origen? Por responder á vuestras preguntas y vencer la oposición á mis proyectos más acariciados. ¿Queréis que termine aquí?

—Acabad—dijo la duquesa reprimiendo su indignación.

—M. de Montevrón no habla en esas cartas de su amante, ó por lo menos no la nombra; pero habla del fruto de sus amores, nombrándolo claramente. Esas cartas, dirigidas á un confidente íntimo, fueron escritas poco antes de su muerte, de la que habla como un hecho realizado. Una muerte así se llama suicidio... Con un poco de lógica, no sería difícil descubrir quién era la madre de esta niña. Por de contado, era notorio que en la época de su nacimiento M. de Montevrón, vuestro pariente, estaba apasionado de la señora duquesa de Maillepré. Por otra parte, ¿á qué título os habríais encargado del fruto de los amores del conde de Montevrón y de su amante, si ésta hubiese sido una extraña para vos? En fin, cuando nació esta niña, habíais desaparecido de Francia hacía seis meses; después se ha visto en vuestra casa á la niña, como hija de Susana Carol. La habéis criado, le habéis dado una educación superior á su clase, y es la niña mimada de vuestra casa; nadie se atreve, porque no lo consentiríais, á tratarla como hija de una criada. La misma Susana Carol tiene para ella atenciones extrañas, luego...

Roland vaciló un momento ó hizo como que vacilaba.

—Acabad—dijo friamente la duquesa.

—Luego Blanca no es la hija de Susana

Carol... Para mí, es hija de la señora duquesa de Maillepré.

Una sonrisa amarga apareció en los labios de la duquesa.

—He aquí—dijo—el gran amor de que yo desconfiaba. La pobre Blanca os enamora, no por ella misma, sino por ser la hija del conde de Montevrón y de la duquesa de Maillepré... No está mal combinado... Por desgracia, podéis engañaros; yo no dependo de nadie, y á mi edad se ha aprendido ya á despreciar ciertas amenazas y á no seguir más que los dictados de la propia conciencia. Tal vez habéis hecho mal en descubrirnos tan pronto, porque vuestra franqueza podría perjudicaros cerrándoos la puerta de esta casa...

Roland Beroult desvaneció las esperanzas de la duquesa.

—No—dijo levantándose.—Sería un niño si hubiese comprometido con vanas palabras lo que considero como la felicidad de mi vida. Deliberadamente os he revelado con toda sinceridad los pormenores que debo al acaso... No creais que he querido abusar... por el contrario. Amo á Blanca, y sin pretender averiguar vuestros derechos sobre ella, mi deseo más vivo es rodearos de todo el respeto que os es debido. Esperaré vuestra decisión... Si mañana quereis colmar mis deseos, no teneis que decirme más que una palabra. Si me rechazais, mi amor por Blanca es bastante fuerte para vencer todos los obstáculos...

Se inclinó profundamente después de

pronunciar estas frases, y se dirigió á la puerta.

La duquesa entró en su gabinete, y con voz alterada dijo á Margarita Souvray, que esperaba con el corazón oprimido el fin de la entrevista.

—María Magdalena, conducid al señor prefecto.

Roland Beroult estaba ya en el vestíbulo, pero al escuchar aquella orden volvió la cabeza, quedando como petrificado.

Margarita cerró detras de ella la puerta del salón, y dijo con voz sorda:

—Tened la bondad de seguirme, señor.

Roland se estremeció como si hubiese caído un rayo á sus piés.

—¿Vos?—murmuró con los dientes apretados, al verse delante de aquella aparición. ¿Vos viva?

Margarita, sin responder, continuó su camino seguida por Roland, que no podía explicarse por qué milagro estaba en aquella casa su víctima, que le parecía más encantadora que nunca.

De pronto recordó el nombre que le había dado la duquesa y se preguntó el motivo de aquel cambio.

Al llegar á la meseta de la escalera principal, la llamó por su verdadero nombre, sin obtener tampoco respuesta.

Entonces miró á su alrededor, y no viendo á nadie, tocó á la joven en la espalda, llamándola otra vez.

—Sí, yo soy—dijo ella volviéndose lentamente. ¿Qué me quereis?

—Al fin os encuentro—dijo con voz incisiva.

—¿Os habeis sorprendido?

—Lo confieso.

—¿Me creíais muerta tal vez?

—En efecto.

—Si vivo, no es por culpa vuestra, puesto que hicisteis cuanto estaba en vuestra mano para lanzarme por el camino de la desesperación.... He encontrado un refugio; no sé cuánto tiempo podré vivir en él; pero escuchadme: Dejadme seguir mi camino y seguid vos el vuestro. Si no, tened cuidado...

—¿Amenazas?...

—¿Por qué no? Me habeis hecho suficiente daño para que os odie hasta la muerte.

Roland sonrió.

—¡Os amo!—dijo.

—¡Qué blasfemia!

—Dejemos estas querellas—dijo vivamente,—pues son vanas. Demasiado sabeis que la partida entre nosotros es desigual: sería demencia que os empeñáseis en una lucha imposible. Reflexionad que yo volveré mañana.

—¿Vos?

—Tengo la seguridad de volver. ¿Qué habeis aquí?

—¿Qué os importa?

—Habeis cambiado de nombre.

—¡Silencio!

—¿Temblais? Ya veis que tenéis que temerle todo de una lucha desigual, mientras que la paz sería muy fácil entre nosotros....

Yo toco ya la meta de mis ambiciones... Nada puede estorbarme... La duquesa cederá, no obstante su orgullo, ó la aniquilaré, como todo lo que me resista.

—¿De modo que aquella joven de que me hablábais era Susana Carol?

—O Blanca de Maillepré, como queráis.

—¿Y os casareis con ella sin amarla?

—¿No lo sabeis?—dijo él con audaz cinismo.—¿Necesitaré repetiroslo?

—Es muy infame lo que haceis.

—La dote ya vale la pena de ello.

—¿Y creéis que puedo dejar que se cometa semejante crimen.

—¿Cómo lo impediríais?

—Diciendo la verdad... diciendo lo que habeis hecho... lo que sois.

—Nadie os creerá. Y por otra parte, sólo conseguiríais hacer desgraciada á esa joven por quien os interesais. Si sois amiga suya procederéis cuerdamente consultándola antes de hacer nada.

La hija del coronel se ahogaba, sintiéndose impotente contra aquel hombre, que jugaba con ella como el gato con el ratón.

—Pensad, pues—continuó Roland sonriéndose,—que para perderos no tendría más que pronunciar una palabra al salir de aquí. Me bastaría con decir en aquella terraza, donde veo una numerosa reunión: «Señorita Souvray, os presento mis respetos...» ó cualquier cosa parecida. Sin embargo, no he salido aún de mi sorpresa. Ignoro vuestro secreto. ¿Qué sería si lo supiese? Mañana lo sabré.

—Convenid en que tengo razón—añadió acercándose á la joven. Unidos, el mundo será nuestro. Seamos amigos: es mi más ferviente deseo... ¡Te amo, á tí sola... únicamente á tí!... Hasta mañana.

Margarita no se movió: estaba lívida y apretaba sus labios con la señal de la cólera más reconcentrada.

En este instante la angulosa silueta de la señora de Lignerés surgió silenciosamente del pasillo. No había oído la conversación; pero los vió hablando, y dijo:

—¡Se conocen!

La joven continuó su marcha, precediendo hasta el vestíbulo á Roland, sin cambiarse entre ellos ni una palabra. Únicamente, al franquear la puerta de entrada, la viuda pudo ver desde la escalera de hierro que Roland envolvía en una mirada de fuego á la joven, y oyó su despedida llena de amenazas y de ironía:

—¡Hasta mañana!

Aquella noche la duquesa no pareció por el comedor, pretextando hallarse enferma.

La comida fué triste: todos los huéspedes parecían preocupados.

A las nueve, en el instante que la marquesa comenzaba su estrépito musical, Justina se deslizó por el salón, y dijo al oído de Blanca:

—La señora duquesa os espera.

La joven esperaba este aviso.

Mientras que Blanca Carol entraba en el salón de la duquesa, Justina entró por la sala de baño al tocador y desde éste al gabi-

nete, para asistir, aunque invisible, á la conversación de la madre y la hija.

El orgullo de la aristocrática señora iba á ser sometido á ruda prueba.

IV

¡Perdida!...

Al entrar Blanca en la sala donde algunas horas antes se había efectuado la entrevista de Roland Beroult y la duquesa, el semblante de la joven acusaba un estado de gran agitación, muy semejante á la de un espíritu pronto á rebelarse contra la tiranía que le subyuga.

—¿Me habés mandado llamar por Justina?—dijo.—Aquí estoy.

La duquesa no contestó. En su pálido semblante se retrataba el desfallecimiento y el pesar.

Impresionada Blanca por el aspecto de aquella mujer abatida, que podía ser su madre, cedió á la movilidad de su carácter, y acercándose le dijo con voz cariñosa.

—¿Os sentís mal?

La señora de Maillepré, sin pronunciar una palabra, cogió á su hija de la mano y le señaló un sillón al lado suyo.

Había reflexionado detenidamente sobre las frases de Roland, adquiriendo plena certidumbre de que éste, dueño de las cartas de Montevrón, merced, sin duda, á recursos indignos, había fraguado contra ella una intriga infernal. Sin embargo, en aquel ins-

tante supremo y decisivo, no temblaba tanto por sí misma como por su hija, el ser para ella más querido, reclamado por aquel miserable como precio de su silencio para no turbar la existencia de la misma Blanca.

La duquesa no se atrevía á hablar, temiendo las respuestas de su hija.

—Ya sabes—le dijo al fin—la visita que he recibido hoy.

Blanca limitóse á afirmar sencillamente:

—¿Conoces—le preguntó la duquesa—á M. de Serigné?

—Le conozco.

—¿En dónde le has visto?

—En el colegio, hace un año, ó cosa así.

—¿Quién os lo presentó?

—¿Tenía, acaso, necesidad de presentación, tratándose de una pobre colegiala como yo?

—Pregunto que con quién iba cuando le viste la primera vez.

—Iba solo. Es amigo, y aun creo que pariente de la directora... Una mañana en que no me encontraba bien, bajé á pasear al jardín, y allí nos encontramos.

—¿Casualmente?...

—Sin duda. El se paseaba y yo también... Hablamos... Esto me parece natural.

—¿Que os dijo?

—¿El? No recuerdo bien... pero parecía conocer mi historia mejor que yo misma. Me habló en tono muy amistoso; es todo lo que recuerdo. Después supe por la directora que era rico, que ocupaba un alto cargo...

—¿Y volvió?

—Alguna vez que otra.

—¿De modo que se le concedió libertad para verte?

—Es fácil; tampoco había motivo para negársela, siendo amigo de la casa.

—De ahí resultó cierta intimidad entre vosotros...

—Ya sabéis—replicó Blanca vivamente—que soy naturalmente descontentadiza, y escuché con gusto á un joven muy instruido, respetuoso, que solo tenía atenciones hacia mí y me hablaba amistosamente, casi con compasión. ¿Hice mal en ello?

—Tú quizá no; la directora seguramente.

—Entonces á ella es á quien debe censurarse. Por lo que hace á mí, aquella amistad me agradaba, me elevaba á mis propios ojos y estaba agradecida al desinterés y á la predilección de que era objeto, porque, debo decirlo, desde el primer instante M. de Serigné me ha hablado de matrimonio.

—El deber de un hombre de honor es dirigirse á los padres de la mujer á quien ama, y no á ella misma.

—Es cuestión de forma—replicó Blanca encogiéndose de hombros,—á la que no doy importancia. Lo que yo quería, en mi estado de abandono, era ser amada... Y después, ¿á quién había de dirigirse M. de Serigné?... ¿A Susana? Desde el principio de nuestras relaciones, no le he ocultado mis dudas; le dije que tenía la seguridad de que Susana no era mi madre, y entonces me preguntó lo que pensaba...

—¿Qué le dijiste?

—Nada, puesto que nada sé... Os he preguntado y no habéis querido aclarar mis dudas, ¿no es cierto?

—Dejemos esto. ¿No comprendías que al hablarte de matrimonio, podía ocultar algún plan de seducción ó algún cálculo?

—¿Con una joven como yo, que no es ni tiene nada?

—¿Entonces has creído que te amaba solo por tus condiciones?

—Sí, puesto que no me podía amar por otra cosa.

Blanca, al decir esto, era la lógica personificada. A medida que hablaba se expresaba con más firmeza y con más acritud, mientras la duquesa sentía correrle un sudor frío por todo el cuerpo ante aquel desquite terrible de la hija, por su reserva con ella, desquite quizá premeditado y por lo mismo más cruel para el corazón de una madre.

Blanca parecía complacerse en revolver el puñal dentro de la herida. Sus grandes ojos negros miraban á la duquesa en actitud de desafío, pero no se notaba en ellos el resplandor de la alegría, porque á medida que se iba haciendo la luz para ella, pensaba que había podido engañarse y que su seductor obedecía quizás á otro móvil distinto del amor, en que ella había creído, y sentía quebrantarse su confianza.

—Me hablais—dijo á la duquesa, rompiendo el silencio—de M. de Serigné, pero no me habéis dicho aún á qué ha venido, aunque con decirlo no me enseñéis nada que yo no sepa.

Y con acento de provocación añadió:

—M. de Serigné me ama; se ha hecho nombrar prefecto del Cher para estar más cerca de mí, y ha venido hoy á Maillepré para pedir mi mano. Lo que me extraña es que haya creído que para eso debía dirigirse á vos.

La duquesa veía cortados todos los caminos por la lógica de su hija, cuyas palabras vinieron á aclarar las frases ambiguas de M. de Serigné, que había sabido disponer bien sus redes.

¿Cómo tratar de abrir los ojos á aquella niña que no quería ver? ¿Cómo proponer la salvación á una condenada que la rehusaba?

Blanca ahondó más.

—Si me he equivocado, tened la bondad de decirlo.

Esto era ya demasiado. En aquel instante se reanimaron en la duquesa todos sus antiguos rencores contra aquella niña, causa de tantas desgracias. Así es que dijo con tono glacial:

—¿Qué debo responderle?

—Que le amo y que seré dichosa perteneciéndole.

—Está bien. ¿Has reflexionado?

—Hace mucho tiempo.

—Ese matrimonio será la ruptura con vuestras amistades de la infancia...

—¿Por qué? ¿Acaso es un crimen casarse con M. de Serigné?

—No es un crimen... pero temo que sea una desgracia.

—La sufriré.

—¿Qué quieres que te dé en señal de mi afecto, del que tan poco caso haces?

—Nada.

La duquesa dejó caer una de sus manos sobre sus rodillas y se aplanó sobre el respaldo del sillón, diciendo:

—Está bien; puedes retirarte... Susana misma dará la contestación.

—¿Por qué Susana?

—Porque Susana es tu madre y á ella se dirigió Mr. de Serigné en primer lugar.

—¿No tenéis más que decirme?

—No.

—¿Entonces puedo retirarme á mi habitación?

—Sí.

Blanca se levantó mirando fijamente á la duquesa, queriendo hallar en su mirada una de esas caricias que algunas veces le hacían ponerse de rodillas ante su madre, pero la duquesa volvió la cabeza.

Entonces se dirigió lentamente á la puerta, como á su pesar, y esperando una palabra que la hiciese volver.

Cuando iba á franquear el dintel, oyó decir con voz débil:

—¡Blanca!

Se volvió y la duquesa le tendió los brazos. La joven cayó en ellos y oyó decir entre sollozos:

—Vamos; reflexiona aún. ¿Tú accedes á este matrimonio?

—Es necesario que se realice.

—¿Por qué?

—Porque es preciso.

—¡Pero si eres desgraciada!...

—Es preciso.

—Si ese hombre fuese...

—No concluyáis—dijo la joven poniendo la mano en la boca de la duquesa y repitiendo con energía:

—Es necesario.

—Pero entonces—balbuceó la duquesa;—¿es que has sido deshonrada... perdida?

—Y bien—dijo Blanca,—aún cuando así fuese ¿qué honor habria yo sacrificado? ¿Qué soy? Hija de una falta, la hija de una criada que cayó tambien... En mi desgracia, tengo siquiera la suerte de que mi seductor ofrece reparar el daño. Aceptad lo que os pide, porque por lo demás, tampoco tenéis por qué oponeros.

La duquesa, angustiada, solo pudo decir con voz desfallecida:

—¡Cállate; ¡Pobre, pobre niña!

Blanca, sorprendida por este grito del corazón, clavó en la duquesa sus ojos febriles, y cayó llorando á los pies de esta, diciendo en un acceso de cólera:

—¡Es mi destino! ¿Qué queréis? Bueno ó malo tenia que cumplirse.

Y como Margarita Souvray, cuando la desgraciada Blanca salía del pabellón á media noche del brazo de su amante, murmuró:

—¡Es demasiado tarde!

V

Traiciones domésticas.

Justina Savart había escuchado la conversación de la duquesa con Blanca, obedeciendo las instrucciones de Roland Beroult, que estaba al corriente de cuanto sucedía en Maillepré, gracias á la infidelidad de la criada.

Creyendo conocer á fondo el terreno, Roland se había encontrado en frente de un obstáculo imprevisto, la presencia de Margarita Souvray, y como era natural, pensó en Justina para conocer el secreto de la estancia de la hija del coronel en el palacio de la duquesa.

A las ocho de la noche, el cartero Miraud deslizaba en manos de su futura una carta concebida en estos términos:

«Es indispensable que os vea mañana por la mañana sin falta; y cuento con vos. Tratad de saber lo que sucede, porque los acontecimientos se precipitan. Venid á Bourges y preguntad por el prefecto.

R.»

Justina cumplió su consigna, como se ha visto y al siguiente día á las siete de la mañana, en el momento en que el carruaje de las provisiones iba á salir para Bourges, subió á él Justina, provista de la autorización de Susana, á cuyas inmediatas órdenes esta-

ba en el Palacio. Poco después se presentaba en la prefectura siendo conducida al despacho del prefecto por Bruno, que la esperaba.

Bruno no comprendía este ir y venir de criadas y cada vez se sentía más aguijoneado por la curiosidad.

—¿Qué urdirá el prefecto con todas estas faldas? — se preguntó después de cerrar la puerta.—Desde luego pensó que maquinaba alguna maldad y esta idea le regocijó, pensando que su jefe podría verse en un compromiso, porque cuanto más lo conocía, más lo odiaba.

Roland por su parte estaba preocupado á causa de su recepción en el palacio de Maillepré y especialmente por la aparición de Margarita, que representaba la vuelta de un pasado ya en el olvido. Verdad es que con una palabra, con un anónimo, con una sencilla nota del libro infame en que estaba escrito su nombre, podía hacerla expulsar ignominiosamente de su refugio; pero esto era reducirla á la desesperación y perderla para siempre, y no era eso lo que él se proponía, cada vez más furiosamente enamorado de su víctima.

La llegada de Justina Savart le sacó de sus reflexiones.

—Dos palabras solamente—dijo á su cómplice—haciéndola sentar á su lado. ¿Qué ha sucedido después de marcharme?

—Anoche la señora duquesa habló con la señorita Blanca: aunque no pude oír toda la conversación, oí á la señorita repetir mu-

chas veces poco ántes de salir: «Es preciso.» Y no sé más. Esta mañana todas las habitaciones estaban cerradas aun, excepto la de M. de Lignerés.

—¿Quién es M. de Lignerés?

—¿No le conocéis?

—No.

—Es el hijo de la señora marquesa de Lignerés, una señora muy antipática, prima de la duquesa.

M. Roger de Lignerés, al contrario, es un excelente joven, antiguo oficial herido en la guerra, que se aburre con su mamá...

—¿Y porqué estaba su puerta abierta esta mañana?

—Porque había salido á pasear, como todos los días á la misma hora, por delante del palacio.

—¿A la misma hora? Eso es muy singular, Justina.

—Aunque os parezca extraño, no lo es, atendido á que piensa en casarse para no aburrirse al lado de la autora de sus días.

—¿Y por eso se pasea?... No lo entiendo...

—Me explicaré. M. de Lignerés se pasea todas las mañanas, porque ve abrirse una ventana y asomarse á ella una jóven, que es la que ha elegido por esposa.

—¿Qué jóven es esa?

—La vistéis ayer: la señorita María Magdalena.

M. de Serigné comprendió al fin y se puso rojo de furor.

—¡Calla!—dijo Justina al observar esto;—

parece que mi noticia os ha causado impresión.

—Nada de eso.

—Me había parecido...

—No conozco á esa señorita... ¿Hace mucho que está en Maillepré?

—Cinco ó seis semanas.

—¿Y qué hace allí?

—Es lectora de la duquesa, pero, aquí para entre nosotros, en eso hay algo oculto que no conocemos, porque la señora no la trata como una simple señorita de compañía.

—¿De dónde ha venido?

—Si podéis decírmelo, entonces lo sabré.

—¿Y se llama?..

—María Magdalena, ya os lo he dicho.

—¿Nada más?

—Nada más que yo sepa.

—¿Entonces será alguna hija ilegítima?

—Es posible, como la otra.

—¿Queréis decir como Blanca Carol?

—Eso mismo.

—¿Y cómo se llevan las dos jóvenes?

—Muy bien. Allí todos están bien con la señorita María Magdalena... Hay allí un viejo... Mr. Godet...

—¿Quién es y qué hace allí?

—¡Oh! Hay que estar bien con él, porque hace en la casa todo lo que quiere. Es millonario y la señora no ve más que por sus ojos. Cuando quiere, quiere de veras; pero cuando odia, odia con toda el alma.

—¿Y quiere mucho á María Magdalena?

—Siempre está dando vueltas á su alrededor como un joven enamorado.

—¿Y el matrimonio de esa joven con Mr. de Lignerres... es de su agrado?

—No; él preferiría á Mr. de Meillant, sobrino de la duquesa, un joven médico que quiere hacerse cura.

—¿Qué me cuentas?

—La verdad. ¿No le conocéis? Ahora no está en Maillepré, pero debe volver de sus viajes hoy ó mañana.

—¿Pero si aspira á ser sacerdote, no querrá casarse con María Magdalena?

—Eso dice.

—Y la joven ¿qué piensa de ellos?

—No sé, pero debe estar muy indecisa, aunque á Mr. Lignerres le conoció en la guerra, pues le cuidó cuando fué herido, porque era enfermera de los hospitales de sangre.

Justina se levantó, porque todas estas cosas la cansaban y la paciencia no era su virtud favorita.

—Ahora, querido señor — dijo — sabéis tanto como yo, y es preciso que me vaya para no despertar sospechas, porque el cochero es casi tan curioso como vos, y me atormentará á preguntas. Pero estad tranquilo; no diré que os he visto: me interesa tanto como á vos ocultar que he estado en la prefectura, que no es el lugar de una jovenzuela como yo. ¡Buenos días!

Roland le cogió la mano.

—Gracias, Justina—le dijo.

—¿No olvidaréis nuestras condiciones, eh?

—Estad tranquila.

—Yo no debería hacer lo que hago; pero

después de todo, no es ninguna cosa mala casar á las gentes cuando ellos se quieren. ¡Hasta la vista!

El prefecto del Cher continuaba presa de su incertidumbre sobre el cambio de nombre de Margarita por el de María Magdalena, cuya misión en Maillepré se prestaba á toda clase de conjeturas.

Además le devoraban los celos. Su víctima, sin fortuna, sin esperanzas, ocupando un lugar subalterno en aquel palacio, se granjeaba tan ardientes simpatías que, pasando por encima de todos, se le ofrecía con el matrimonio cuanto le faltaba: familia, nobleza y opulencia.

—¡Pues bien!—pensaba Roland,—¡ó será mía, ó no será de nadie! ¡Yo destruiré todos esos proyectos y su porvenir, como destruí su paz y sus esperanzas en el pasado.

Después de almorzar, el prefecto recibió una carta con las armas de Maillepré, que no contenía más que estas palabras:

«La señora duquesa de Maillepré ruega al señor prefecto le dispense el honor de acompañarla á comer esta noche en el palacio.»

El prefecto entregó al portador de la carta otra concebida en estos términos:

«Señora duquesa:

»Acepto reconocido vuestra atenta invitación, por la que me considero muy honrado.

»Dignaos aceptar la expresión de mi respeto.

»ROLAND DE SERIGNÉ.»

30568

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES"
MONTERRREY, MEXICO

—Le dije que mañana; la veré esta noche —pensaba Roland, acordándose de Margarita.

VI

¡Sacrificada!

La señora de Maillepré sostuvo porfiada lucha consigo misma antes de enviar aquella carta.

La fiel Susana se encargó de decir á todos que su señora no se encontraba bien por haber pasado muy mala noche.

Sin embargo, á poco corrió la extraña noticia de que el prefecto había sido invitado á comer, produciendo verdadera indignación á M. Godet, para quien el prefecto de Bourges era un ser soberanamente antipático, á quien no perdonaba la desvergüenza con que se había pasado, con armas y bagajes, al enemigo, debiéndolo todo al imperio y á la protección del conde de Magny. Además, la impresión que le produjo al presentarse por primera vez en el palacio, fué desastrosa.

M. Godet pensó que la duquesa había cambiado después de la visita del prefecto, y relacionó la dicha que María Magdalena llevó á Maillepré con la perturbación producida por M. de Serigné. Después observó las fisonomías de los que le rodeaban. María Magdalena parecía preocupada; Blanca Carol se había retirado, como la duquesa, á sus habitaciones; la marquesa de Lignerés

estaba meditabunda, y ya sabía él que de las meditaciones de aquella señora no salía nunca nada bueno.

Por otra parte, observaba á Roger, que buscaba la compañía de María Magdalena, y á ésta, que le acogía cortesmente, pero con tristeza.

El le hablaba de amor; esto era evidente para M. Godet, que adivinaba por los movimientos de cabeza de la joven y sus ademanes, que le exigía que aguardase el cumplimiento del plazo.

¡Y á todo esto sin llegar su protegido! ¡Sin saber siquiera en donde estaba ni lo que hacía!

Un criado á quien se envió á Meillant, dijo á M. Godet que el conde llegaría aquella noche: no debía estar lejos, por consiguiente.

Al recibir esta noticia, M. Godet se dirigió á las habitaciones de la duquesa.

—¿Se puede entrar?—preguntó á Susana, que salió á abrir.

—Vos, siempre.

La duquesa estaba sentada en el sitio de costumbre, delante de su mesa, con aire sombrío muy abatida.

M. Godet se aproximó y le dijo:

—Vamos á ver: ¿qué sucede?

—¡Ah! amigo mío.

—¡Cómo! ¿Tenéis pesares y no me lo decís?

—Sí.

—Vaya, contádmelo todo. ¿Por qué no me habéis llamado?

—Porque el mal no tiene remedio.

—Solo hay un mal que no lo tenga: la muerte. Y nosotros, á Dios gracias, no estamos en ese caso. ¿Qué ha sucedido?

La duquesa vacilaba, y M. Godet preguntó:

—¿Es el personaje á quien recibisteis ayer, el causante de toda esta perturbación?

--Lo habeis acertado.

—¡Mala figura; aire falso! Parece que lo tendremos hoy á comer.

—Un triste compañero, amiga mia. Entre nosotros, ¿qué diablo de idea os ha movido á invitarle?

—Lo aprobareis cuando conozcais la causa.

—¿Qué ha podido deciros para poner os en ese estado?

Mr. Godet miraba estupefacto á la condesa, que parecia haber envejecido diez años.

—¿Cómo—continuó—os dejais abatir asi, vos, tan firme y tan valerosa?

—Amigo mio, hay golpes que trastornan, desgracias que abaten.

—¿Qué hablais? Somos bastante fuertes para defendernos si se nos ataca. Ved que os llamais la duquesa de Maillepré.

Precisamente por eso, porque llevo un nombre conocido soy más vulnerable que otra.

La duquesa, algo reanimada, contó á su amigo cuanto habia pasado; la visita de Roland, sus revelaciones, sus amenazas mal encubiertas, su pretensión acerca de Blanca y la entrevista de la madre y la hija.

Mr. Godet quedó aterrado á su vez.

—¿Qué quereis que haga?—preguntó la duquesa.

—¿Habeis consentido?

—Todavía no; pero me veré obligada á hacerlo.

—¡Qué desgracia que yo no tenga veinte años menos!

—¿Por qué?

—Porque le daría una buena estocada que pusiera fin á vuestras inquietudes y á sus maniobras.

—¿Y con qué pretexto?

—No faltaría. Por desgracia, he cumplido setenta y cinco años y aunque le insultara no querría batirse conmigo... Y tendría razón. Es necesario buscar...

—Para qué?

—Supongo que no iréis á sacrificar á vuestra hija.

—¡Si ella quiere!...

—¿Y es que una niña como ella tiene voluntad?

—¡Si es preciso!--repitió en voz baja la duquesa, pensando en la exclamación de Blanca.

--Lo que es preciso ante todo es arrancarla de manos de ese malhechor, porque lo es...

—¿Qué lo prueba?

--Sus maneras, sus proceder es, sus amenazas, las cartas que posee y que sólo se ha podido procurar por un robo...

—¡Ella le quiere!

--¿Y eso es una razón? El amor pasa...

Ceguedad de niña, que durará algunos meses y que se disipará muy pronto. Vos debéis defenderla contra su propia debilidad.

--Eso quisiera.

--Cuando se está en vuestra situación, se puede todo cuanto se quiere.

--Error.

--Yo os diré á mí vez: «Es necesario. Es vuestro deber.» En suma: ¿Sabe él que Blanca es hija de M. de Montevrón?

--Sí.

--¿Pero respecto de vos sólo tiene sospechas?

--Es claro.

--¿No le habréis confesado nada? ¿Y á Blanca?

--Tampoco.

--¿Qué pensais responder esta noche á M. de Serigné?

--Eso es lo que me tortura. Entregarle mi hija es condenarla á sufrimientos inevitables. Sin embargo, si él la amara, si fuese sincero...

--No lo es.

--Negársela sería exasperarle, comprometer el honor de mi nombre, exponerme á todos los ultrajes. Aun si á este precio pudiese asegurar su felicidad, no vacilaría...

Cuando M. Godet meditaba sobre el modo de salvar aquella situación comprometida, se abrió la puerta y apareció la pálida fisiónomía de Blanca Carol, demacrada por el insomnio.

M. Godet había sido alguna vez severo con aquella desgraciada niña, cuyo carácter

caprichoso le inspiraba temores por el porvenir; pero en presencia de aquella imagen del dolor se apoderó de él una tierna piedad. Le tendió los brazos.

--Ven y no tengas miedo—le dijo—aquí no tienes más que amigos.

La joven se aproximó á M. Godet, que la estrechó contra su pecho, tanto por cariño cuanto por impedir que viese las lágrimas que asomaban á los ojos de la duquesa.

--Hablábamos de ti—le dijo el anciano.—¿Hace mucho tiempo que conoces á M. de Serigné?

--Sí.

--¿Y te agrada?

--Blanca guardó silencio.

--¿Sabes que ha pedido tu mano?

--Me había prometido hacerlo.

--¿Qué se le debe contestar?

El pecho de Blanca se agitó con un hondo suspiro. La joven se llevó á los labios el pañuelo, retirándolo con una mancha rojiza.

La duquesa quedó aterrada al observarlo.

Blanca se expresaba con una voz débil como un soplo.

M. Godet miró á la duquesa, leyendo en su ojos una resignación desesperada ante lo que creía una fatalidad del destino; pero tambien la expresión de un inmenso cariño hacia aquella niña condenada á muerte próxima.

Entonces dejó á Blanca en brazos de su madre. La pobre niña se arrodilló ante la duquesa, y con voz ahogada y entre sollozos, le dijo:

—Señora, venia á pedirlos perdón por mi mal proceder con vos y tambien por una falta que quiero confesaros... Soy indigna de vuestras bondades... M. Godet me pregunta lo que debeis contestar á M. Serigné. Pues bien, decidle que la hija de Susana Carol será muy feliz en pertenecerle... y para convencerlos de que no se le puede dar otra repuesta, leed esto; es mi sentencia.

Al hablar así entregó á la duquesa el duplicado del papel que Roland Beroult le había hecho firmar en el pabellón.

La duquesa, con los ojos preñados de lágrimas, dió el papel al anciano, diciéndole:

—Leed, amigo mio.

M. Godet leyó, dando muestras de profundo estupor:

«Amor eterno. 13 de agosto de 1871, á la media noche;» y las dos firmas: «Blanca Carol, Roland de Serigné.»

Levantóse y con el acento del hombre que acaba de tomar una resolución, dijo á la duquesa:

—¡Está bien! Esta noche me dejareis hablar. Vos no digais una palabra.

Blanca ocultaba su rostro entre las rodillas de su madre.

Aprovechándose de esto, Godet puso un dedo en los labios aconsejando á su amiga el silencio, guardándose luego el papel.

Aquella noche, en el gran comedor, monsieur Godet decia á los convidados:

—Tengo el honor de haceros presente, en nombre de la señora duquesa de Maillepré, que tiene el disgusto de no poder pre-

sidir esta fiesta de familia, en celebración del matrimonio de la señorita Blanca Carol, su ahijada, con Mr. Roland de Serigné, prefecto del Cher.

En seguida llevando á sus labios la copa llena de espumoso Champagne, añadió:

—Brindó por la prosperidad de los futuros esposos.

La noticia del matrimonio, comunicada tan bruscamente, produjo una sorpresa general.

El prefecto se levantó y con emoción admirablemente estudiada, respondió alzando la copa:

—Por la dicha de la noble casa que me abre sus puertas y de todos los que la habitan.

En aquel momento un caballero se apeaba á la puerta de las cuadras, y después de entregar á un palafrenero las riendas del caballo, se dirigió al palacio, en el que entró como en casa propia, y al llegar al salón, se detuvo contemplando el aspecto que ofrecía el comedor.

Allí encontróse á Justina, que indiscreta como todas las de su clase, asistía de lejos á la escena.

—¿Qué hacéis aquí, Justina?—le dijo el caballero tocándola en la espalda.

—¿Yo? Ya lo vé el señor conde: contemplando la ceremonia.

—¿Pues qué se celebra?

—Un matrimonio.

El caballero se turbó pensando en María Magdalena y el marqués de Lignerés.

—¿Qué matrimonio?—preguntó.

—El del señor prefecto, que está allí, al lado de la señora de Lignerés.

—¡Ah! ¿Ese es el prefecto? ¿Quién le ha invitado?

—La señora duquesa.

—No la veo por ninguna parte. ¿En donde está mi tía?

—Está algo indispuesta, y permanece en sus habitaciones desde ayer.

—¿Y con quién se casa el prefecto?

—Con la señorita Blanca.

—¿Qué decís?

—La verdad. El señor prefecto vino ayer á pedir su mano, y la señora duquesa se la ha concedido hoy.

—¡Diablo!—exclamó el caballero.—Esto es lo que se llama un matrimonio al vapor. ¿Y qué piensa Blanca de su futuro?

—Muy bien, seguramente, puesto que lo acepta, y con gran gusto, según creo.

La conversación quedó cortada bruscamente. Los convidados abandonaban la mesa y se dirigían al salón.

Roland de Serigné ofreció galantemente el brazo á la marquesa de Lignerés; pero ésta le dijo:

—Ofrecedlo á vuestra prometida. Yo tengo que decir dos palabras á M. Godet.

El prefecto no se hizo rogar.

Cuando Blanca enlazó su brazo con el de Roland, éste le dijo:

—Sois la mejor de las mujeres. He jurado amaros siempre, y cumpliré mi juramento.

Roger de Lignerés apretaba con amor el brazo de Margarita.

La marquesa, entre tanto, decía á M. Godet con tono sarcástico.

—¿Qué os proponíais con vuestras advertencias? El prefecto es una persona distinguida, muy instruída y de un trato agradable. ¡Buena suerte la de esa niña! Decididamente, la duquesa da la dicha á sus protegidas: es un palacio encantado el de Maillepré, en donde cualquier pastora encuentra un príncipe para casarse.

—¡Víbora!—pensó M. Godet.

Cuando Roland entró en el salón, Justina se había retirado, seguida de cerca por el caballero que antes hablara con ella.

Aquel caballero era el conde Pedro de Meillant, que había regresado de su excursión en busca de lo que los antiguos suponían escondido en el fondo de un pozo: de la *Verdad*.

VII

En expectativa.

El palacio de Maillepré no ofrecía la animación que acompaña comunmente á los preparativos de una boda. Al contrario, durante quince días hubo en aquella casa una tristeza fúnebre.

La duquesa sólo aparecía en las horas de comer, y no siempre; muchas veces se excusaba con indisposiciones repentinas.

Algunas veces había vuelto á hablar con

Blanca respecto de su matrimonio. La joven, seducida otra vez por las atenciones y los juramentos de su prometido, contestaba invariablemente á la duquesa:

—¡Puesto que está ya convenido!...

Y cuando aquélla le hacía objeciones, Blanca replicaba:

—¿Qué se le puede reprochar?

Efectivamente; ¿de qué podía acusar la duquesa delante de su hija á aquel hombre, cuya única culpa era amarla?

Por otra parte, en aquel palacio, cuya dirección había abandonado la duquesa, indiferente á todo en la apariencia, en manos de su prima la de Lignerés, el prefecto de Bourges había, por decirlo así, adquirido carta de naturaleza.

Iba y venía libremente, aceptado por los unos, aborrecido por los otros; pero tratado por todos con deferencia. Había simpatizado con la viuda, que, contradiciendo su carácter adusto, se desvivía por complacerle, hasta el punto de que Roland solamente paseaba con ella por el parque, y ella llegó á confiarle sus amarguras.

Un día, viendo á su hijo paseando con Margarita Souvray, dió rienda suelta á su odio contra la pobre joven. Fué como un desbordamiento de confianzas pérfidas y venenosas.

—¡Sí, señor—decía;—es un verdadero desastre para mí. ¡Roger ha perdido el juicio! ¿Y quién es ella? ¿De dónde ha salido?... Imposible saberlo. Sólo se sabe que es una bastarda. Mi hijo, tonto de capirote, se entrega

á todas las extravagancias por ella. Se casarán; estoy segura; pero aquel día rompemos mi hijo y yo. ¡Nunca le perdonaré este enlace tan desigual! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

—Pero yo tenía entendido que ella no aceptaba—objetó tímidamente el prefecto.

—Sí, por el bien parecer; para hacerse rogar y alucinar mejor á ese desgraciado que se obstina en cerrar los ojos. ¡Rechazar ella un matrimonio así! Era preciso que estuviese loca y que no conociera sus intereses. Por eso me resisto á creerlo. ¡Ah! ¿Por qué habremos venido?

Su llegada había sido efectivamente funesta; pero para los demás.

Roland escuchaba las lamentaciones de la marquesa con interés, limitándose á contestar con frases vagas y consuelos vanos. Pero un día le dijo:

—Teneis razón. Soy incapaz de hacer daño á nadie y mucho menos á una joven como esa; pero es preciso que ese matrimonio no se realice.

—¿Por qué?

—Permitidme que no diga más

—¿Y si os lo suplicase?

—Sería inútil.

—¿Sabeis algo?

—Demasiado comprendéis que á nosotros no se nos oculta nada.

La marquesa no pudo saber una palabra más. Pero lo que sabía era ya un germen depositado en terreno apto para producir abundante fruto,

—Lo que os he dicho—añadió el prefecto—es bajo reserva.

La curiosidad de la viuda, excitada por esta semi-confidencia, puso en juego todos los recursos para sorprender á María Magdalena, vigilándola incesantemente, tendiéndole lazos y emboscadas de todo género.

Entretanto, las cosas seguían su curso en Maillepré.

Al conde de Meillant se le veía muy rara vez, pasando ausente largos periodos.

La noticia del extraño matrimonio del prefecto se había extendido rápidamente por el departamento y por París.

Los periódicos hablaban largamente del asunto, con objeto de preparar la opinión favorablemente para este enlace de un alto funcionario con la hija de una criada, dándole el carácter de una historia de amor muy novelesca, en la que resaltaba el desinterés de Roland.

Poco á poco se fué mezclando pérfidamente con este asunto el nombre de la duquesa de Maillepré, insinuando que el origen de la prometida del prefecto era muy misterioso y relacionando esta insinuación con el hecho de llevar la joven el nombre de una gran señora que había sido su madrina.

Como en Maillepré se leía poco, estas perfidias eran ignoradas.

Pasó el tiempo; se hicieron las amonestaciones y se fijó el 10 de septiembre para la celebración del matrimonio. La duquesa pasó por todo, sin mezclarse absolutamente en los preparativos de la boda, á la que quería

aparecer extraña. No por eso era menos doloroso para ella ver aproximarse la hora del sacrificio. Su único consuelo, su única distracción, era tener á su lado á María Magdalena, á quien pensaba también perder pronto.

—¡Si me quedaseis vos al menos!—le decía.

—¡Pero si no pienso abandonaros, como no me echéis!—le contestaba la hija del coronel.

La duquesa le objetaba suspirando, que no podría resistir la influencia del amor, y acabaría por casarse.

—¡Os juro no casarme!—repetía la joven.

—¡No quiero!... ¡no quiero!...

Y al hablar así era sincera, aunque debiera violentarse mucho para hacer tal juramento, porque el apasionado amor de Roger de Lignerres, sus instancias y sus promesas, habían llegado á conmoverla.

Pasada la primera impresión de angustia producida por la aparición de Roland en Maillepré, había ido tranquilizándose poco á poco, abismándose en esa calma aparente de las sublimes resignaciones. Evitaba el encuentro con su enemigo, que parecía haberla olvidado, y aun llegó á pensar que aquel retrocedería ante una nueva infamia para perderla. Además, si ella callaba, ¿para qué había él de hablar?

Como los lazos que la unían con la duquesa eran cada día más fuertes, llegó á creer que la perdonaría si ella se resignaba á confesarlo todo. Ya alguna vez había estado

para arrojarse á sus plantas y hacerlo; pero creía que debía esperar siquiera á haber salvado del peligro á Blanca, aun sacrificando su vida; pero Blanca no quería que la salvaran.

Con Margarita, Roland se mostraba cortés en extremo, limitándose en sus conversaciones á palabras indiferentes. Sólo alguna vez una mirada centelleante turbaba la tranquilidad de la hija del coronel, advirtiéndole que quizá no había concluído todo entre ellos, como quería creer. Sin embargo, volvía á recobrar la confianza, y así pasó el tiempo hasta que un nuevo incidente trastornó todas sus esperanzas.

Dos días antes del señalado para el matrimonio de Blanca Carol, á las cuatro de la tarde, la marquesa de Lignerés acababa de entrar en la biblioteca á buscar un libro. Estaba sola. La biblioteca era una gran habitación del piso principal, rodeada de armarios y cerrada por dos altas puertas con cortinas de tapicería.

La marquesa buscaba entre los libros, cuando oyó una voz que decía:

—Venid, quiero hablaros. Entremos.

La marquesa reconoció por el timbre que aquella voz impéiosa era la del prefecto. Un presentimiento le hizo pensar en María Magdalena.

Ocultóse detrás de uno de los portiers y vió entrar á M. de Serigné delante de una joven enlutada.

Al verla, la marquesa no pudo reprimir un suspiro de satisfacción,

—Dos palabras nada más—dijo bruscamente el prefecto, después de mirar á su alrededor.—Parece que creéis que os olvido, y os equivocáis. ¿Amais á Lignerés?

Margarita calló y Roland continuó así:

Le amais, estoy cierto, porque hay apariencias que no engañan nunca. Ahora bien; yo no he cambiado, os amo cómo nunca, ardentemente, ferozmente quizá... pero soy así y no cambiaré. Nunca consentiré que seáis de otro, aun cuando necesitara pulverizaros para impedirlo. Es preciso que os hable.

—Sea—dijo Margarita con voz sorda—pero, por últimavez.

—Ya veremos. Mañana, estaré en el parque á esta hora... á las cuatro en punto... en el pabellón. ¿Ireis?

—Si lo exigis...—murmuró la jóven temblando de cólera.

—Bien. Ni una palabra más; podrían sorprendernos. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!—repitió Margarita apretando los dientes.

Y se alejaron los dos.

Dos minutos después salía de su escondite la señora de Lignerés, con la cara radiante de alegría.

—¡Al fin! suspiró más que pronunció.—Al fin conoceré su secreto. Mañana... en el pabellón, estaré yo también.

VIII

Promesas.

La marquesa de Lignerés no había experimentado nunca una alegría comparable á la que experimentaba al salir de la biblioteca con su libro en la mano. Estada verdaderamente radiante. Iba á tener razón contra todos los habitantes de Maillepré, contra la duquesa, contra M. Godet, contra su propio hijo. Había puesto la mano en aquel secreto que la preocupaba tan poderosamente. Un esfuerzo más y podría aniquilar á aquella desdichada, tan bondadosa y solícita para ella como para todo el mundo. ¡Qué felicidad tan inesperada!

Al salir al parque, con su libro en la mano, divisó á su hijo que vagaba melancólicamente por las cercanías de la terraza, en busca de compañía. Vestía un traje gris y llevaba sujeta á la espalda una silla de tijera, en la mano dos cañas enormes, de una forma particular, y colgado al brazo un cesto de mimbrés con un agujero en su cubierta.

El encuentro de ambos fué una verdadera sorpresa.

La viuda se admiró de las trazas de su hijo, y éste, á su vez, extrañó el aire satisfecho de su madre.

—Tengo verdadero placer en veros tan contenta—le dijo.—¿Qué hay de nuevo?

—Nada de extraordinario—respondió la marquesa.

—Sí, en verdad... Algo me ocultais.

—Pues bien, sí. Hay que comprenderlo lo incurable de tu locura.

—¿Mi locura?...

—Sí, tu amor por esa muchacha.

—¿Por María Magdalena?

—¿De qué otra quieres que hable?

—Bien; y ¿qué?...

—Que he reflexionado... En el fondo, estabas en lo cierto suponiéndome opuesta á una alianza que considero indigna de tí... Pero he acallado mis dudas, mis desconfianzas, porque pueden engañarme... En una palabra, yo no he tenido otro móvil que el de tu dicha. Dispón de tu porvenir como te plazca, y no volvamos sobre nuestras disputas... ¿Quién mejor juez que tú para decidir sobre lo que puede asegurarte la felicidad?

Roger quedó estupefacto.

—¿Sois sincera?—preguntó.

—¿Te hablaría así en otro caso?

—¿Consentiréis?...

—El otro día cedí por no contrariarte, pero nada más...

—¿Y ahora?...

—Con todas veras.

—¡Oh! Vereis como sé agradeceróslo.

—Pero—dijo cambiando de tono la señora de Lignerés, ¿á dónde vas en esas trazas y con esos chirimbolos?

—Hay que matar el tiempo. Maillepré no es muy divertido que digamos: parece que está infestado de microbios, según los enfer-

mos que hay en el palacio. La marquesa apenas se dá á vistas... su señorita de compañía se encierra con élla... la novia, que no está tampoco muy alegre, se ocupa en el arreglo del ajuar, y casi no sale; nuestro primo de Meillant, (cuya vocación Dios bendiga) está de mal talante, no se por qué, y se encierra en su casa, en donde hace sin duda que le cosan las sotanas. El viejo M. Godet está arisco y vá á Bourges á jugar al piquet con su amigo el procurador general; vos os complacéis con la lectura solitaria. En vista de esto he buscado una distracción apacible, á fin de no turbar esta quietud sepulcral, y me he hecho pescador.

—¡Te vés á embrutecer completamente, Roger!

—No lo creáis; es una distracción de primer orden. Hace dos días que paso seis ó siete horas en la orilla del Cher, á la sombra de un sauce, con mi caña en la mano y me entretengo mucho, os lo aseguro.

—¿Pescas algo?

—Dios me libre. Sueño... pienso que en aquel sitio me declaré á María Magdalena, que allí la obligué á escucharme, ya sabéis cuando, y este recuerdo es muy agradable para mí: me parece que vuelvo á verla.

—Basta—dijo la viuda.—¡Cuando digo que vas á perder la cabeza! Trata de encarrilarla, mi pobre Roger, porque verdaderamente, te volverás completamente loco.

—Con vuestro permiso, espero lograrlo... arreglar mi cabeza se entiende. porque en cuanto á loco, quiero serlo y lo soy, madre

mia; loco de placer por veros animada de tan buenos pensamientos... Tened cuidado porque os voy á abrazar.

Y uniendo la acción á la palabra, abrazó á su madre, diciéndole:

—Vereis como soy dichoso teniendo en Lignerés una hermosa joven que os colmará de cuidados y os llenará la casa de chicos mofletudos que se colgarán á vuestros vestidos, gorgoando canciones infantiles... una nidada de pájaros. ¿No os conmueve esto?

—Sí, sí.

—La viuda mentía descaradamente.

Más tarde debía acordarse de estas palabras y de la alegría que al pronunciarlas manifestaba su hijo en la voz y en el rostro.

—¡Convencerla!—repetía el joven.—Solo me falta eso y lo lograré ahora, que estoy seguro de no desagradaros. Voy á soñar.

—¿A dónde?—preguntó la marquesa.

—Allá abajo, á la sombra del sauce.

Había dado algunos pasos cuando volvió la cabeza hacia el palacio, viendo levantarse una cortina de la habitación de la duquesa y asomar una cabeza detrás de los cristales.

Llevó sus dedos á los labios, y con el mayor atrevimiento, ante su madre, que le miraba, envió media docena de besos á su visión, que desapareció en seguida.

Después continuó su camino.

Entonces la marquesa recobró su aire duro y altanero.

—Al menos—dijo—no me acusarás de haber sido estorbo para tu felicidad. Pero

mañana abrirás los ojos, gracias á mí.

Al siguiente día, á cosa de las tres, Margarita salió por una de las puertas para el servicio de los criados, recatándose de todo el mundo.

Creyéndose sola al ir á una entrevista, que quería fuese la última, con el hombre á quien debía todas sus desgracias, su alterada faz dejaba entrever las angustias que contenía delante de la duquesa y de sus huéspedes.

Aquellos rasgos tan encantadores cuando tenían su expresión natural, revelaban en aquel momento una resolución feroz.

Buscando los paseos solitarios, se internó en lo más sombrío del parque. Al desembarcar en uno de los paseos, se encontró con el marqués de Lignerés, que dijo con aire satisfecho:

--Al fin puedo encontraros: no me ha costado poco.

--¿Qué queréis?--dijo Margarita tristemente.

--Daros una buena noticia.

La joven movió la cabeza. ¿Qué buena noticia podía esperar?

--Sí--repitió Roger.--Mi madre está vencida. Desde ayer puedo deciros en alta voz, sin temor de censuras: «Os amo.» ¡Y os negais á escucharme! Hace veinticuatro horas que os busco.

--Amigo mío, no os canséis; estoy decidida á llevar á cabo mi resolución--dijo Margarita, absorta ante la alegría de Lignerés y conmovida por aquella pasión perse-

verante.--Puesto que me habéis dado la noticia, idos.

--Es decir, que me rechazais.

--Es inútil que nos vean juntos... debéis comprenderlo...

--Sin embargo, estando comprometidos...

--Todavía nó.

--No tenéis más que decir una palabra.

--Me guardaré bien de decirla.

--Eso es una ferocidad sin semejante...

--No--dijo ella procurando sonreír,--pero tengo voluntad y no cambio á cada instante como una veleta. ¿No he dicho que dentro de un mes?..

--¿Y esperaréis treinta días para contestarme?

--Seguramente.

--Un favor al menos--dijo Roger en tono suplicante.

--¿Cual? Decidlo pronto.

--¿Estais comprometida con otro?

--Quizás.

--¿Tenéis una cita?

--En efecto.

--¿Con quién?

--Eso es asunto mío. Decid lo que querais.

--Lo vais á saber. Podéis siempre darme á entender... un poco la decisión que pensais tomar...

--¿En un mes?

--Sí... decidme si puedo esperar... dulcificad mis amarguras... mi incertidumbre... ¡Os lo suplico!

--Quizás--dijo Margarita tristemente--me odiéis si os escucho ahora.

--¡Yo!

--Sí. Si cediendo á vuestros deseos os dijese: «¡Sí, consiento!» llegaré día en que no me lo perdonéis.

--No lo creais. Os estaría reconocido por toda la vida. Os lo juro.

--¿Me amais, pues, de veras?

--Hasta la muerte!

--Pues bien, respondedme: ¿Sería vuestro amor bastante firme, bastante ciego, para tener entera fé en mí?

--Ciertamente.

--¿Para cerrar los oídos á todas las calumnias?

--¿Quién osaría ultrajaros?

--¿Resistiría vuestro amor la prueba de mi infamia si os la ofreciesen un día?

--¡No os comprendo!

--Si os dijesen, por ejemplo: «Esta mujer que habéis escogido, creyéndola irreprochable; la que os ha cuidado con peligro de su vida en días terribles, y en la que suponéis vinculadas todas las virtudes, ha mentido al dejaros creer en su pureza; ¡es una miserable!...»

--¡Silencio! No pronunciéis semejantes frases. Destrozaría entre mis manos al que las profiriera delante de mí.

--Lo decís ahora; pero si algún día se os sometiese á esta ruda prueba, se apoderaría de vos la duda y me creeríais culpable...

--¡Jamás!

--Sin embargo, os juro que no lo soy.

--¡Pero si lo sé, si lo creo!

--Entendedme bien. Hay en mi vida un

misterio, un misterio terrible, Roger. He sufrido mucho: he soportado torturas en las cuales no me atrevo á pensar, porque su recuerdo solo me irrita y me avergüenza. Pero á vos, que me amais, que me dais la prueba más grande de amor que un hombre de vuestro rango puede dar á una mujer como yo, os lo puedo decir con la frente alta: «No he caído nunca; no tengo nada que reprocharme. Os lo juro por el amor de mimadre.»

--¡Pero si os creo, si os creo! Amadme y soy vuestro para siempre.

--¿Suceda lo que suceda?

--Sí, suceda lo que suceda.

--Pues bien, Roger;—dijo Margarita llorando—os he pedido un mes de plazo. Si en ese tiempo no habeis faltado á vuestra promesa, si persiste vuestra confianza, cualesquiera que sean las apariencias que puedan acumular sobre mí para perderme; si en lugar de abrumarme me sosteneis en los días de prueba que tal vez se aproximan; sí, seré vuestra.

--¿Lo jurais?—exclamó el marqués apoderándose de las manos de Margarita.

--¡Lo juro!

--Entonces no temais nada... Me pertenecéis para siempre.

--¿Quién sabe?—dijo la joven moviendo tristemente la cabeza.—Quizás antes de veinticuatro horas renegareis de mí. Y ahora separémonos, amigo mio., me esperan.

Roger llevó á sus lábios la mano de la joven que tenía entre las suyas, la miró un rato y la abandonó por fin.

En seguida bajó hacia la orilla del río, diciéndose con el corazón henchido de alegría:

—Al fin es mía.

En aquel instante dieron las cuatro en un reloj lejano.

IX

Sorpresa.

La hora fijada por el prefecto había pasado sin acudir Margarita.

Pero como el parque de Maillepré, aunque muy extenso, no es ilimitado, después de quince minutos de camino, la hija del coronel divisó el techo del pabellón en donde la esperaban, y poco después, al aproximarse lentamente al lugar de la cita, vió á Roland Beroult con señales de gran impaciencia.

—He creído—dijo—que ibais á faltar á vuestra palabra como otra vez hicistéis en París... ¿Os acordáis?

—¿Hice mal en huir de vos?—replicó ella.

—No discutamos puesto que estáis aquí... Es lo principal... Entremos.

Margarita examinó con cierta inquietud la fachada del pabellón.

Detrás de un peristilo formado de troncos sin labrar, terminado por un tejadillo, se abría la puerta á una gran sala elegantemente amueblada á la japonesa; el techo de bálago, de bastante elevación, tenía una ventanilla medio oculta por las enredaderas.

Detrás de esta sala se abría un misterioso gabinete hecho para los amantes de la soledad.

—¿Estáis seguro de estar aquí solo?—preguntó la joven al entrar.

—Enteramente; hace más de veinte minutos que aguardo.

Como cediendo á un instinto de defensa, Margarita se detuvo en el interior de la primera sala, cerca de la puerta, mientras Roland se sentaba en el diván en donde pocos días antes había estado con Blanca Carol.

—Hablad pronto, os lo suplico—dijo la joven.—¿Qué tenéis que decirme?

—¿Habéis olvidado nuestra conversación de allá bajo?

—¿De París?

—Justamente. En mi despacho de la calle de Jerusalem.

—Recuerdo todas vuestras palabras.

—Tanto mejor, así no necesito repetir las.

—No pienso que persistais en vuestros propósitos.

—Estais en un error. Os amo y seréis mía. ¿Será esto acaso tan gran desgracia para vos?

—Debéis suponerlo, puesto que por huir de vuestra presencia habría sido capaz de ir al fin del mundo.

—¿Por qué os habéis parado tan pronto en el camino?

—He encontrado un refugio en esta casa, una ocupación que se me negaba en otras y lo he aceptado.

—¡Con el nombre de otra!

--Porque el mío me era odioso desde que fué manchado por vos, porque no me atrevo á llevarlo de miedo que al oirlo se me abrume con una acusación cuyo solo pensamiento me avergüenza. Demasiado lo sabéis. Si he mentido, tomando el nombre de una infeliz, muerta á mi lado; si he engañado á la generosa mujer que me protege es por vuestra culpa... ¡y aun me lo echais en cara!

--No os echo nada en cara. Únicamente insisto en la línea de conducta que me he trazado. No lo dudéis: la primera parte de mi plan vá á realizarse.

—Todavía no lo está.

--Es cuestión de días, casi de horas, puesto que mañana se firmarán los contratos.

--Espero que retrocedais ante un acto tan odioso.

—¿Quién me obligará á ello?

—Vos mismo. Casaros con una niña á quien no amáis, para apoderaros de su fortuna; especular con su muerte próxima, es odioso.

—Palabras! ¡Cuántos otros no hacen lo mismo!

—¿De modo que estáis resuelto?...

—¡Pardiez!...

—Despachemos—dijo Margarita.—¿Qué más tenéis que decirme?

—Nada que no sepáis.

—Repetidlo, sin embargo.

—¿Es necesario? Pensaba que me habíais comprendido.

—En efecto; pero en París erais omnipotente, podíais prenderme. Por eso hui...

—¿Y aquí os creéis más segura?

—Tal vez.

—¡Inocente! ¿No comprendéis que me bastaría, sin dar yo la cara, hacer enviar á la duquesa un extracto de los registros de la prefectura para provocar un escándalo y haceros expulsar ignominiosamente? ¿No os convencéis de que os tengo entre mis manos? ¿Y resistiréis? ¿Estaréis loca hasta ese punto?

—¡Ah, qué miserable sois!

—¡Bueno, injurias ahora! Ya sé que soy un miserable; mi conciencia me lo ha dicho cien veces. ¡Cuando ella habla, me tapo los oídos! Sólo los abro para escuchar la voz del ardiente deseo que me inspiráis. Vuestros ultrajes sólo servirán para hacerme más gratas vuestras caricias y vuestra sumisión. ¿Qué mérito habría en reducir á un ser indefenso? Pero ¡qué triunfo tan grande el obtener la sumisión de una fiera, abatir un orgullo, poseer á una joven hermosa como vos, tanto tiempo perseguida en vano!

—Eso es lo que quiero—añadió levantándose;—ese es mi fin, y para conseguirlo no habrá nada que yo no afronte; no se me opondrá nada que yo no destruya... ¡Ah! ¡Tú no me conoces si crees que retrocederé ante ningún obstáculo para llegar á tí!... Muerta, podía olvidarte; viva, quiero poseerte... Por tí sacrificaría todo lo demás: ambición, fortuna... Pero ¿qué necesidad hay de ello? No sacrificaré nada; tú cederás porque no puedes hacer otra cosa.

Margarita se mordía los labios devorando

su indignación. ¿Que podía ella hacer, en efecto? La lógica de Roland era terrible. Estaba aprisionada en un círculo de hierro del que no podía evadirse.

—Tu honor está en mis manos—continuó él.—Y más aun: no he tenido necesidad de venir muchas veces á este palacio para saber lo que en él sucede... No sé si tú amas; pero sé que eres amada... ¿Cómo no habías de serlo? Se te adora; pero... no serás nunca de nadie mientras haya en mí un soplo de vida... ¡Nunca podrás contar á otro hombre la historia de tu pasado, en la intimidad del retiro nupcial!... ¡Nunca confiarás á otro tus secretos!... Nunca harás traición á los míos!... Mi seguridad primero, y mi amor después... Te destrozaría antes de verte en poder de ese hombre á quien has enloquecido y que te quiere... ¡Comprendeme y sabe lo que el porvenir te reserva!... ¡Por el medio que sea necesario levantaré una barrera entre tí y el marqués de Lignerés, ó cualquiera otro que aspire á poseerte!... ¡Abriré á tus pies un foso tan profundo que nadie se atreverá franquearlo!... Mi amor es así... ¡cruel, feroz quizá!... pero en cambio te devolveré, por un lado, lo que por otro te quite...; sometida á mi voluntad, gozarás de todos los bienes, serás una de las reinas de París... Elije tu destino.

—¿Qué es lo que exigís?

—Poca cosa.

—¿Más todavía?

—En primer lugar, tu promesa de no casarte con M. de Lignerés,

—¡No!—dijo Margarita.

—¿Le amarás hasta este extremo?

—No tengo que daros cuenta de mis sentimientos!..

—¿Sí, ó nó?

—¡Nó!

—Entonces, continuará entre nosotros la guerra sin piedad y sin cuartel.

—Sea.

Roland dió algunos paseos por la sala, y abandonando el tono amenazador que empleara antes, dijo:

—Se está aquí muy bien. ¡Qué habitación tan espléndida! ¡Cuando pienso que dentro de dos días tendré algunos derechos á llamarme su dueño!

Se detuvo un instante como reflexionando, y después, más tranquilo, volvió al lado de Margarita.

—¿De modo que le amais?

Margarita guardó silencio.

—Haceis mal verdaderamente—prosiguió Roland,—uniéndoos á él. Es un hombre todo superficie, pero sin ningún fondo, por más que sus apariencias sean agradables. Hubiera comprendido mejor que os inclináseis hacia el conde de Meillant, menos brillante, pero de más fondo. Verdad que es frío como el viento Norte y no ha mordido la manzana, lo cual es un mal para vos. El sí os hubiera defendido; pero del otro no teneis que esperar nada. Ya lo vereis, porque yo puedo tener mis vicios, pero conozco á los hombres. ¿Viene aquí muy rara vez el conde, verdad?

—En efecto, así es.

—¿Es cierto que es médico?

—Sí.

—¿Y que quiere ser sacerdote?

—Eso se dice.

—¿Qué idea tan extraña en un hombre de su posición!

Hubo un silencio de algunos segundos.

—¿Habéis acabado?—dijo Margarita.

—Poco menos.

—Entonces os dejo.

—¿Por qué tan pronto?

—Pueden notar mi ausencia.

—¡Pech! ¿Qué os importa?—dijo negligentemente el prefecto.—¡Ser perdida un día antes ó después, da lo mismo.

—¿De modo que estáis resuelto?...

—¿A qué?

—¿A cumplir vuestras amenazas?

—Sin duda ninguna.

—¿Queréis perderme?...

—¡Es tan fácil!...

—¡Deshonrarme á los ojos de todo el mundo!

—Y sobre todo á los ojos de M. de Lignéres, ¿no es eso?

—Efectivamente, en eso pienso.

—¡Ah! ¡Decididamente le amas!—dijo brutalmente.

—Es posible.

—¿Lo reconocéis?

—¿Quién podría impedírmelo?

—¡Mi desesperación!

—Puede ser, ¡pero tened cuidado!

—No temo nada.

—Ya me he dicho algunas veces que po-

dríamos acabar el uno y el otro trágicamente...

—¿Amenazas?

Margarita calló. Roland cambió brusca-mente de tono, y, cogiéndola de las manos, la acercó á sí, diciéndole mientras la miraba fijamente:

—Mejor te quiero así que resignada. Me ocurre una idea. Escucha... Esta es mi última concesión. ¿Qué es, después de todo, lo que ambiciono? Lo que tengo ya. No me queda más que una pasión, una sola... Tú. Hagamos un pacto... Tendré la riqueza y el poder... quiero el amor, y tú puedes [dár-melo...

—¡Nunca!

—¿Y si yo te dejase casar con el marqués?—dijo Roland, dejando caer las palabras.

—¿Qué decís? ¿Consentiríais?...

—¿Por qué no? Siendo tú rica, vivirás en los mismos sitios que yo; gozarás de la libertad que da la riqueza, y la emplearás en favor mío si comprendes tus intereses. Aun casada, aun siendo marquesa de Lignerres, estarás bajo mi dependencia... Todo puede conciliarse... pero no es este el sitio más á propósito para tratar de ellos, y por otra parte necesito una garantía...

—¿Cuál?

—Mañana—dijo Roland, bajando la voz, —después de firmar el contrato, reinará algún desorden en Maillepré. Yo me retiraré temprano, alegando cualquier pretexto. Un instante después, un coche, conducido por un hombre de confianza, enteramente á mi

devoción, te esperará en el camino de Bourges, á algunos pasos del pueblo. Tú saldrás por la puerta pequeña del parque, y te será fácil esquivar toda mirada indiscreta. No es la vida lo que te pido; es una hora, un instante. Después, ligados el uno con el otro, ya podremos encontrarnos en todas partes. Habrá entre nosotros un lazo indisoluble. Es todo lo que exijo... A este precio te devuelvo la libertad, seguro de tí en el porvenir. Dudando siquiera, me harás dudar de tu juicio.

—¿Es esa vuestra última palabra?

—Sí. Instantes fugitivos, un lazo misterioso, ¿es mucho pedir?

—¿Será el deshonor aceptado, la traición voluntaria!

—¡Palabras! ¿Sí ó no? ¿Qué decidís?

Margarita vaciló un segundo, y con voz firme respondió:

—Bien; puesto que lo exigís, sí.

—Hasta mañana, entonces.

—¡Hasta mañana!

—¿Te acordarás de todo?

Margarita se inclinó.

Al llegar debajo del tejadillo, dijo Roland:

—¿Me das palabra?

—Os la doy.

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Roland se alejó en dirección del palacio con el aire del vencedor.

Margarita permaneció un momento inmóvil; luego se encaminó por el otro lado.

Cinco minutos después asomaba por la ventanilla abierta sobre el tejadillo la arrugada cara de una vieja: era la de la marquesa de Lignerres.

X

Velar las armas.

En las tragedias más sombrías se encuentra casi siempre algún detalle grotesco ó, como menos, que rompe la monotonía del horror de las lágrimas.

El que se hubiera paseado en el parque de Maillepré una hora antes de la escena que hemos descrito por los alrededores del pabellón, hubiera presenciado un espectáculo extraño.

La vieja señora de Lignerres, cumpliendo la promesa que á sí propia se hizo al sorprender en la biblioteca al prefecto con Margarita, buscaba un sitio en donde establecerse cómodamente y penetrar el secreto que tanto excitaba su curiosidad.

El sitio no se prestaba, en verdad, para una emboscada segura. A menos de ocultarse bajo los muebles ó de envolverse en alguna cortina, era casi imposible disimular allí la presencia de una persona, y aun aprovechando este recurso, la casualidad podía descubrir el espionaje. No había, pues, que pensar en aquel medio.

La viuda, completamente desalentada, pensó en los macizos de arbustos que rodean el pabellón; pero aquel recurso, posi-

ble de noche, era peligroso y expuesto al ridículo por el día.

Ya pensaba en retirarse, declarándose vencida, cuando vió la ventana abierta sobre el tejadillo del vestíbulo: aquello era la salvación.

Pensar esto, coger una escala que había detrás del kiosko, apoyarla en el muro, trepar por ella y meterla en el desván que acababa de escalar, fué obra de un instante.

El sitio no era muy á propósito ni muy confortable.

A la llegada de la intrusa, un mochuelo que había establecido allí su domicilio, desplegó las alas y voló silenciosamente; las arañas, propietarias del desván, se refugiaron en sus agujeros; solo el polvo quedó en su sitio, salvo el que se pegó á los vestidos de la invasora; pero esto fué un detalle sin importancia para ella, que consagrada por completo á su interesante empresa, instalóse como mejor pudo, procurando ocultar su epergaminado rostro entre la yedra y las laemátidas que cubrían la ventana, y esperó, lamentando las deficiencias de su observatorio, no por su comodidad, sino porque no podría hacerse cargo de todo.

No tuvo que esperar mucho, porque casi en el acto llegó el prefecto, que entró en el pabellón y salió en seguida, demostrando gran contrariedad, y modulando con el silbido un aire de caza como para avisar á alguien.

Después caminó algún trecho, poniéndose

á escuchar y á mirar por los paseos que conducían al pabellón.

La marquesa de Lignerés, no obstante su impasibilidad, no pudo menos de sentirse penosamente emocionada ante la presencia de aquel hombre, en cuyos rasgos aparecían las huellas de indomables pasiones, juntamente con una actitud de fiera amenaza.

Roland Beroult, creyéndose solo, no se consideraba obligado á disimular, y manifestó su descontento con estas frases, cogidas al vuelo por la marquesa:

--¿Se estará burlando de mí?... ¡Lo mismo que en París!... ¡Yo la aplastaré! Y uniendo á la amenaza la acción golpeó el suelo con el pie, como si efectivamente hubiera tenido debajo el ser á quien quería aniquilar.

Después de algunos minutos durante los cuales el prefecto dió señales alarmantes de su impaciencia, llegó Margarita, que saludándole friamente, entró con él en el pabellón.

Nueva contrariedad para la marquesa, á quien apenas llegaban algunas que otras palabras y el murmullo de la conversación: únicamente sacaba en limpio que la joven hablaba poco y que su interlocutor se expresaba con gran vehemencia.

Por fin tuvo la uerte de oír distintamente la voz del prefecto, que decía con mucha exaltación:

--¡Tú honor está en mis manos!

No había pues, duda. Aquella desconocida, acogida con tanta ligereza por la señora de Maillepré, poseedora de su confianza, fa-

vorecida con su estimación y su afecto, tenía un pasado deplorable.

Pero no le bastaba á la marquesa saberlo; quería adquirir la prueba, convencida de que con palabras únicamente no lograría combatir la ceguera de su hijo. Necesitaba hechos palpables, y empezó á concebir la posibilidad de adquirirlos, cuando oyó al prefecto decir con gran energía:

--¡Te amo siempre!

La joven había sido, pues, su querida; esto era evidente para la marquesa, pero hasta allí no había más que palabras.

Al terminar la entrevista, los dos se adelantaron colocándose bajo el tejadillo, en donde Roland, obtenido ya el consentimiento de la joven, le explicaba el modo de verse con él en la prefectura, expresándose con la confianza del que está seguro de no tener testigos.

La marquesa pudo oirlo todo, llegando al paroxismo de la alegría cuando oyó decir á la protegida de la duquesa:

--«¡Bien; puesto que lo exigis, iré!»

A la madre de Roger no se le ocurrió siquiera pensar en la infamia de aquel hombre que dos días después iba á casarse con una joven que ella había visto nacer, como quien dice, y que daba á otra una cita la víspera de su matrimonio; no pensó más que en el escándalo que iba á producir para acabar con el ciego amor de su hijo. Al fin tenía en su poder las armas que por tanto tiempo buscó inútilmente... la victoria era suya.

Cuando volvió al palacio, M. Godet conoció á primera vista en el brillo de sus ojos grises, que venía de hacer algo poco favorable para el bien del prójimo. A las preguntas del anciano no respondió: contentándose con darle á entender que sabía cosas nuevas.

—Es encantador el bosque de Maillepré, mi buen M. Godet. ¡Lo que se vé en él!

Aludiendo al porvenir, dijo:

—No sé cual será, mi pobre amigo, pero temo que nos reserve muchas sorpresas.

M. Godet creía lo mismo, pero por razones distintas que la marquesa. Hacía tiempo que la tranquilidad de su amigo Pedro de Meillant traía preocupado al buen viejo, que no se explicaba el enigmático lenguaje de aquel en sus raras y siempre lacónicas conversaciones.

M. Godet, que no ocultaba su antipatía hacia el futuro de Blanca, había dejado entrever á su favorito parte de la verdad sobre las causas del consentimiento de la duquesa para aquel matrimonio, asegurándole de paso que sería capaz de recompensar largamente al que encontrase un medio de romper la proyectada unión, evitando un escándalo en la casa y á la joven las emociones naturales, demasiado violentas para su delicada salud. ¡Problema insoluble para él!

Pedro de Meillant oía sus lamentaciones y callaba ó á lo sumo solía decirle:

—No desesperéis, querido tío: Nada nos apremia... hay tiempo...

Esto sacaba de quicio al viejo.

Bueno que se reconociera la imposibilidad de poner remedio, la necesidad de someterse á las circunstancias; pero creer que no había urgencia cuando sólo faltaban veinticuatro horas para firmar el contrato y dos días para el matrimonio, esto no le cabía en la cabeza. De buena gana habría puesto de oro y azul, como se dice vulgarmente, á su amigo y discípulo, pero el joven se había hecho casi invisible y Godet había hecho muchas veces en vano el viaje entre Maillepré y Meillant, en busca del conde.

Este, por su parte, apenas dirigía la palabra á María Magdalona cuando iba al palacio impulsado por el sublime desinterés del verdadero amor, que pone sobre todo la felicidad de la persona amada.

Creyendo á Margarita enamorada de Roger, se esforzaba en preparar la defensa de la pobre joven, por si ésta la necesitaba algún día. Este día llegó antes de lo que el conde de Meillant pudo creer.

XI

La firma del contrato.

A las cinco de la tarde del siguiente día, Pedro de Meillant se apeaba de una victoria conducida por un caballo al pie de la escalinata del palacio de Maillepré.

Por vez primera aparecían en su rostro señales de preocupación, que fueron advertidas inmediatamente por M. Godet, á quien

la llegada del joven había sorprendido sentado en su sillón de junco en el sitio de costumbre.

Algo muy grave debía ocurrir, á juicio suyo, para que se alterase la imperturbable serenidad del conde.

Apresuróse á averiguarlo, pero no obtuvo de aquel más que esta contestación indiferente:

—Nada... esperaba un despacho que no he recibido, y eso es todo.

—¿Un despacho importante, segura-
te?—preguntó el anciano.

—Bastante.

—¿De dónde viene?

—De Bourges.

Pedro de Meillant ocultaba que había recibido de su amigo de Serigné, el mendigo Peschard, una carta concebida así:

«La hora se acerca. Cuando llegue el caso recibireis aviso. Procurad venir al momento. Yo vigilo siempre.»

El conde ocultaba además á su buen amigo M. Godet que había dejado á una persona en el hotel de Francia, con encargo de llevarle sin pérdida de tiempo el despacho cuando llegase.

A pesar de estas precauciones, sentía cierta inquietud, porque si podía salvar á Margarita sacrificando el amor que sentía por ella, se reconocía impotente para arrancar á Blanca, hija de una mujer á quien veneraba, de los brazos de un hombre indigno.

Contaba para ello con un arma decisiva, y no la tenía á su disposición en el momen-

to oportuno; y pasada la oportunidad, era inútil, porque una vez unido á la familia de Maillepré por el matrimonio, el lazo que le unía con ella quedaba en el secreto, y Roland Beroult era invulnerable, porque las heridas alcanzarían al corazón de la duquesa, pasando antes por el de su hija.

Pedro de Meillant no abrigaba duda acerca de la maternidad de la duquesa, aunque M. Godet no le había nunca revelado claramente el secreto.

La comida debía servirse aquella noche después de firmar el contrato de esponsales; pero sin ruido y sin solemnidad, como una fiesta de familia, á la que sólo concurrirían, fuera de los habituales comensales, los testigos de los novios.

Nadie, á juzgar por este programa, podía suponer que la dueña de aquel magnífico palacio casaba á su hija única. Todo lo que podía creerse era que la duquesa cedía complacientemente su parque y su palacio para el matrimonio de la hija de una criada, encargándose, por favor especial, de los gastos de la fiesta que, según costumbre, sigue á esta clase de ceremonias.

La duquesa, más sombría á medida que se acercaba la hora, no había aparecido aún.

—¿En dónde está?—preguntó el conde.

—En sus habitaciones—dijo Godet.—No sale nunca. Este matrimonio es un desastre para la casa.

En este momento vió Pedro venir un jinete á galope por el gran paseo que desem-

boca en la puerta del palacio, y corrió á su encuentro.

Era el propio del hotel de Francia.

—¿El despacho?—preguntó el conde.

—Aquí está.

No contenía más que estas palabras:

«Venid; no hay que perder un momento.»

El conde lanzó un suspiro de alegría.

—¡Dios nos auxilia!—dijo.—¡Al fin!...

Tengo una hora por delante—añadió, consultando su reloj.

—Dí á Marcelo—añadió dirigiéndose al recién llegado, que esté dispuesto para el primer aviso, y ni una palabra á nadie.

—¿Qué es eso?—preguntó M. Godet, señalando al papel azul.

—Lo que esperaba.

—¿Parece que estás contento.

—Sí.

Indicó con un signo el silencio á M. Godet y se dirigió á las habitaciones de la duquesa.

Susana salió á abrir.

—¿Está mi tia?

—Sí, y muy triste... Entrad, señor conde.

La señora de Maillepré más parecía preparada para asistir á un entierro que para firmar un contrato de boda. A su lado, y tan triste como ella estaba Blanca Carol, que al ver al conde se levantó del cojín en donde estaba á los pies de la duquesa, y dirigiéndose á Meillant le presentó la frente, diciéndole:

—Besadme para darme la felicidad, que bien la necesito.

El joven le dió un beso fraternal, y dijo:

—Creed que deseo veros dichosa, querida Blanca. Nunca tendréis amigo tan adicto como yo.

Se oyó el rodar de los coches que llegaban al palacio, y Blanca salió.

Entonces, á solas con el conde, la duquesa dió rienda suelta á su amargura.

—Daría todo lo del mundo por impedir este odioso matrimonio.

Pedro de Meillant cogió las manos de su tía y le preguntó:

—¿De veras deseais eso?...

—¡Ese hombre no la ama... no la ha amado nunca!... ¡Blanca no será más que una víctima!

—¿Creeis eso?

—¡Ay!...

—No temais nada... no se realizará ese matrimonio.

Esto era demasiada felicidad para que lo creyese la duquesa; así es que movió la cabeza con aire de duda.

—No se hará—repitió tranquilamente el joven, con voz tan segura que la duquesa se estremeció.

—¡Oh! ¡Si fuese verdad!...—murmuró.

—Será verdad.

—Pero si se va á firmar ahora el contrato!...

—Dejad que el notario haga cuanto se le ocurra.

—¿Para qué?

—Todo se convertirá en papeles mojados.

—¿Qué quieres decir?

—Creedme... Dejad que haga todo como si el *maire* debiera pronunciar mañana las palabras sacramentales: «En nombre de la ley, os uno...» No unirá nada, creo poder asegurároslo.

—¿Pedro?...—preguntó la duquesa admirada.

—Tía querida—dijo el conde con voz firme,—sabéis cuan adicto soy á los míos, es decir, á vos y á todo lo que os toca: existen dos personas que os son muy queridas, y á las que me propongo salvar: la una es Blanca...

—¿Y la otra?...

—Más tarde os diré su nombre. Debemos ir, como se dice, con pies de plomo. Ahora pienso en Blanca, que no será la señora de Serigné... Pero haced como si hubiera de serlo.

Rodeó con su brazo derecho el cuello de su tía, y, como había hecho con Blanca Carol, besó en la frente á la duquesa.

El futuro abate conocía demasiado bien el arte de acariciar á las mujeres; verdad es que jamás hijo alguno dió más casto beso á su madre que el de Pedro á su tía. Al recibir aquella caricia, la señora de Maillepré oyó esta recomendación hecha al oído:

—Yo sé querer bien cuando quiero. Os juro salvaros; pero ni una palabra á Blanca ni á nadie.

Cuando la duquesa, temblorosa de emoción, pero un tanto repuesta de sus angus-

tias, levantó los ojos, la habitación estaba vacía.

Pedro de Meillant bajó cuatro á cuatro los escalones de la escalera principal, dirigiéndose al salón, en donde un notario algo conocido de él arreglaba sobre una espléndida mesa los contratos, según las instrucciones del prefecto.

Este daba una prueba de admirable desinterés, aportando él solo todos los bienes matrimoniales bajo el régimen de la comunidad, y Blanca nada.

M. Roland de Serigné, prefecto de Bourges, poseía una casa en Serigné, algunos inmuebles de poco valor, y una suma líquida de un millón ciento veintisiete mil francos en títulos y valores de primer orden.

Entre el futuro y Mr. Godet, que hablaba en nombre de la duquesa, se promovió un generoso debate acerca de la dote de Blanca.

La duquesa quería dar á su protegida una suma igual á la aportada por el prefecto: éste sostenía enérgicamente su decisión, manifestada desde el primer día, de no aceptar dote alguna.

Con este proceder contestaba victoriosamente á toda sospecha de ambición ó cálculo en su matrimonio.

La marquesa de Lignerés llegó al colmo de su admiración y de su entusiasmo hacia el prefecto.

¡Ah! no sería ella ciertamente quien descubriese los secretos de Mr. de Serigné, especialmente el del pabellón rústico, haciendo

abortar aquella desastrosa unión. ¡No, por nada del mundo!

Pariente de los Maillepré en grado bastante próximo para poder sucederles, había pensado más de una vez en aquella muchacha cuya situación en la casa le parecía sospechosa, dándole mucho que pensar el apego de la duquesa á Blanca y preguntándose la causa de aquellas ternuras y qué clase de lazo los unía, cosa difícil de resolver y que daba margen á muchas conjeturas.

Pero estas quedaban desvanecidas desde el punto y hora en que la señora de Maillepré, Blanca, como decía familiarmente la vieja señora, dejaba á aquella joven casarse sin dote, con el nombre de Blanca Carol.

No quedaba, pues, entre los Lignerés y la opulenta sucesión de Maillepré, más que el conde Pedro de Meillant, sobrino de la duquesa, pero no se sabe nunca lo que puede suceder, y la probabilidad de que éste renunciase por su vocación á los bienes mundanos, alegraba el corazón de la piadosa señora.

En aquel momento unía á este otro motivo de satisfacción, el descubrimiento del pabellón, que le facilitaba el medio de dar dentro de algunas horas un golpe de muerte á la pasión de su hijo.

Margarita ofrecía aquella noche á cualquier observador atento un interesante objeto de estudio.

Estaba metamorfoseada, hasta el punto de admirar á Mr. Godet, que no se explica-

ba la causa de la alegría que había reemplazado á sus habituales tristezas.

Sin embargo, quien la hubiera seguido con atención cuando se retiraba á los sitios ménos iluminados y volvía la espalda á los huéspedes, aparentando mirar hacia el parque, habría sorprendido en su rostro contracciones que acusaban el supremo esfuerzo que le costaba aparecer serena y alegre ante los demás.

En una de aquellas momentáneas retiradas, Roger se aproximó á ella y le tocó la mano, y al volverse la joven el marqués se espantó ante la mirada que le dirigía.

—¿Qué teneis?—le dijo.

—Una indisposición súbita... no se...—balbuceaba—el calor quizá...

La temperatura era bastante baja; pero Roger no paró mientes en ello.

—¿Quereis agua?—dijo con ternura.

—No... ya ha pasado... Gracias—dijo esforzándose por sonreír.

—Cuando pienso—dijo el marqués señalando á Blanca y al prefecto—que muy pronto nos llegará nuestro turno...

Dilatóse el pecho de la joven en un suspiro, fijó sus ojos en los del marqués y pronunció lentamente estas palabras que no debía olvidar nunca:

—¿Muy pronto?... ¿Lo creeis?

—Ciertamente.

—Como queráis... Yo he dado mi palabra; pero tengo un presentimiento....

—¿Cuál?

—Que me la devolyereis,

—¿Yo?

—Si vos, y quizás antes de mañana... ¡Vereis!

El marqués movió la cabeza y agitando el índice de un lado á otro ante la mirada de Margarita, dijo:

—Vos, quizá; yo, nunca.

Y repitió tres veces aquella especie de juramento, que Margarita quería creer, á despecho de las dudas que le asaltaban aun después de oír los juramentos de amor inalterable, sin límites, que formulaba Roger con vehemencia, mientras cogidos del brazo daban vueltas por el salón.

—¿Podía—pensaba ella—extinguirse de pronto un fuego tan vivo?

Roland Beroult observaba atentamente los movimientos y la mímica de la pareja, pues por absorbido que estuviese en su principal objeto realizado con tanto éxito, no olvidaba la cita concedida por la hija del coronel, y la resignación por ésta aparentada, le hacían creer que su víctima estaba satisfecha por haber otorgado la concesión que ponía término á sus ansiedades devolviéndole la libertad á cambio del sacrificio de un momento.

Si Roland Beroult se engañó juzgando por el aspecto de Margarita Souvray, Pedro de Meillant experimentaba verdadera sorpresa ante el cambio operado en la joven, concluyendo por creer que cedía por fin á las instancias de Roger de Lignerres, concediéndole su mano.

Fiel á la línea de conducta que se traza-

ra, el conde de Meillant aparentaba no ocuparse de Margarita, pero se puede asegurar que todos sus pensamientos se dirigían á procurarle la seguridad y la dicha.

El contrato de esponsales se estaba firmando.

Acababa de poner su firma, después de los novios, la duquesa y Mr. de Serigné se inclinaba ante ella pronunciando frases de agradecimiento, cuando Pedro de Meillant se inclinó á su vez ante el prefecto, diciéndole con extremada cortesía:

—¿Seríais bastante amable para escucharme por dos minutos?

—Estoy á vuestras órdenes—contestó Roland, mirando á su interlocutor con desconfianza.

El conde le indicó un asiento algo apartado del sillón de Mr. Godet.

—¿Estáis decidido á realizar este matrimonio?

—No quisiera ofenderos,—repuso Roland—pero debo preguntaros si estáis cierto de no tener trastornado el juicio.

—Hablad más bajo, señor prefecto—dijo Meillant, encogiéndose de hombros;—vuestra voz es muy penetrante, y, por interés común, sería de desear que esta conversación quedase entre nosotros.

—¿Qué podía suceder en caso contrario?

—Primero podría suceder que me creyese en la precisión de enviaros mis testigos...

—¡Bah!

—Os aseguro que me sería muy desagradable tener una querrela con vos...

—En vuestra calidad de hidalgo os crearíais obligado, sin duda, á enviarme al otro mundo de una estocada...

—Podiera suceder muy bien.

—O de un lancetazo, en calidad de médico, porque lo sois, según tengo entendido.

—No os han engañado al decíroslo.

—En suma: ¿de qué se trata?

—Voy á decíroslo; pero ante todo sabed que conservo todo mi juicio. ¿Estais decidido á llevar esta aventura hasta su fin?

—¿Mi matrimonio?

—Exactamente.

—No dudéis que si.

—¿Estais enteramente decidido?

—Voy á contestaros, según deseais. Mañana, á medio día, Blanca Carol habrá cambiado de nombre y se llamará la señora de Serigné. Esto es absolutamente cierto; y aun me atreveré á añadir que si realmente teníais intención de oponeros al matrimonio, habéis llegado algo tarde.

—Es que deseaba ver hasta dónde llevábais vuestra osadía. Ahora me permitiré daros un consejo.

—Os ruego tengais en cuenta que no os lo he pedido.

—A pesar de eso, voy á dároslo.

—Es el colmo de la obstinación.

—Será así, lo reconozco; pero cuando tengo una idea no desisto de ella. Os recomiendo, pues, que renunciéis á vuestro proyecto...

—Sólo os diré que ese proyecto será una realidad antes de veinticuatro horas. ¿Seríais bastante amable para decirme en qué

calidad os tomáis la molestia de preguntarme?

—No tengo inconveniente. Soy el conde Pedro de Meillant...

—Lo sé...

—El pariente más próximo de la señora de Maillepré. Además, como aquí no hay más que señoras, soy en este momento el jefe de la familia.

—Muy bien.

—Habéis hecho ya mucho mal en vuestra vida, señor Beroult, y tengo el propósito de oponerme á que lo hagáis en adelante.

—¡Oh! ¿Decididamente tenéis esa intención?

—La tengo.

—¿Si no me equivoco, esto es una declaración de guerra por vuestra parte?

—Sin duda alguna.

—Es admirable. Se me había asegurado que eráis hombre de gustos pacíficos.

—¿Os han dicho eso, señor Beroult?

—Sí, y que no os ocupabais más que en la práctica de las obras de misericordia.

—¿Y no es una de ellas desembarazar á las familias de seres perjudiciales.

El prefecto hizo como que no entendía, dispuesto á divertirse á costa de aquel enemigo de aspecto tan dulce, que le decía con la mayor tranquilidad verdades tan crudas.

—También me han asegurado—añadió—que pensabais haceros sacerdote.

—Y no he renunciado á ello.

—¿Os habré desagradado entonces hasta

el punto de haceros romper vuestros hábitos conciliadores?

—Podría ser; pero antes tenía que proponeros un arreglo.

—Veamos.

—Decía hace poco que habiais hecho mucho daño.

—Eso es una suposición.

—Poco importa. No os impido continuar; siempre que no sea en mi terreno...

—¿Vuestro terreno?—dijo el prefecto apartando reflexionar.—Es justo. Sois sobriño de la señora de Maillepré.

—Acabo de deciroslo.

—Y su heredero eventual... Comprendo pues lo que podría perjudicaros, á menos de que no apareciese algun heredero directo de M. de Maillepré ó de la duquesa.

—Tenéis razón; pero no me preocupo en este instante de mis intereses.

—¿Queréis concluir, entonces, señor de Meillant? Porque el tiempo apremia.

—Es verdad—dijo el joven mirando su reloj.—En dos palabras: si renunciáis á este matrimonio, os prometo no ocuparme más de vos.

—Sois verdaderamente generoso—dijo irónicamente el prefecto.

—Más de lo que podéis suponer, pero esta no es la única condición.

—Adelante.

—La otras es—entendedlo bien—no volver á poner los pies en esta casa y no mezclaros directa ni indirectamente en los asuntos de los que habitan en ella y están en re-

lación con la señora de Maillepré, sea como parientes ó como servidores. ¿Está claro?

—Seguramente. ¿Y á este precio?...

—A este precio os dejaré gozar tranquilamente el fruto de vuestras especulaciones y continuar vuestra carrera política.

—Es muy original, por cierto.

—¿Rehusáis?

—Enérgicamente. Con toda franqueza, en este trato vos ganarías mucho y yo muy poco. Y además, ¿qué diría Blanca? Tengo, por consiguiente, el sentimiento de negaros esta pequeña satisfacción.

El conde saludó al prefecto con la misma cortesía que al comenzar la conversación.

—Ya tendré el honor de volveros á ver— dijo á Roland.

—Nadie hubiera podido suponer que aquella conversación había sido una verdadera declaración de guerra. Sólo M. Godet presentía que los dos interlocutores no discutían de acuerdo.

Cuando Pedro se separó de Roland, M. Godet llamó á su discípulo con la mano.

—¿Qué deciais á ese Beroult?

—Poca cosa... que haría bien renunciando á su matrimonio.

—¿Así, sencillamente?...

—Sí, muy amistosamente.

—¿Y ha rehusado?

—Desde luego; pero ha hecho mal.

—¿Por qué?

—Porque, aquí para entre nosotros, yo pienso impedirlo.

—¿De qué manera?

—No lo sé aún de cierto; lo meditaré.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, en cuanto me ponga en marcha.

—¿Nos abandonas?

—Al instante.

—¿Y cuando volverás?

—Creo que mañana.

—Ya sabes que el matrimonio se celebrará á las diez.

—Dispongo aun de quince horas. Es bastante.

—Según.

—En quince horas con un buen caballo y el ferrocarril, se pueden andar muchos kilómetros.

—¿A dónde vás?—le preguntó el anciano inquieto.

—A los alrededores de Tours.

—¡Diablo!... es muy lejos. ¿Y con qué objeto?

—Voy á buscar el medio de obligar á M. Beroult á que nos libre de su presencia.

—¿Y si no lo logras?

—Pasaré por Bourges y consultaré con un abogado.

—¿De qué te servirá eso?

—Para detener la marcha de este intricante. En Francia se encuentra siempre medio, con un abogado habil, para detener cualquier asunto. Así ganaré tiempo para hacer otras investigaciones.

—¿En dónde?

—En París.

—¿Y piensas encontrar allí lo que necesitas?

—Sí.

—¿Y si las cosas no suceden como tú deseas?

—Abofetearé al prefecto en medio de la calle, con un pretexto cualquiera... un pretexto siempre se encuentra... y si no es el último de los cobardes, le enseñaré una de esas bonitas estocadas que me habeis enseñado.

—Mal paso para un abate—dijo M. Godet;—pero ¿por qué no comenzar por ahí?

—Ya sabéis que hay gentes con las cuales no gustan las cuestiones. Y después hay que pensar en esa pobre Blanca, que lloraría mucho á su futuro... Morir de tan hermosa manera es para gentes honradas. Mientras de otro modo creo que me agradecerá más tarde el haberla desembarazado de él.

—Vaya, bien—dijo el viejo muy emocionado;—puedes triunfar.—¡Qué encantador serías si abandonases tus extravagantes ideas de monje!

—Quisiera poder prometéroslo, pero no puedo.

Los dos amigos se estrecharon las manos. El conde miró por última vez al salón, buscando con la vista á Margarita Souvray, que se apoyaba con abandono en el brazo de M. Lignerés.

El corazón de Pedro se oprimió y se pasó la mano por los ojos como para desvanecer aquella visión.

—¡Hasta mañana!—dijo á M. Godet.

Cinco minutos después, su victoria había franqueado la verja de Maillepré.

En el gran salón se anunciaba entre tanto:

—La señora duquesa está servida.

A las diez el carruaje del prefecto tomó el camino de Bourges. Poco antes de partir, la señora de Lignerés vió á Roland decir algunas palabras á Margarita, que se inclinó ante él.

M. Godet se dirigió á sus habitaciones, en el piso bajo y, según su costumbre, porque los viejos duermen poco y suelen tener sus manías, registró los dos departamentos de que se componía, deteniéndose ante una panoplia de armas raras, coleccionadas con verdadero gusto de aficionado artista y rico.

De pronto corrió hacia la chimenea y tiró del cordón de la campanilla.

A los pocos momentos se presentó el ayuda de cámara, antiguo soldado, que respondía al nombre de Geraud.

—¿Quién ha entrado aquí?—le preguntó M. Godet con severidad.

—Aseguro al señor...—balbuceó Geraud.

—¿Y esto?—preguntó M. Godet, señalando con el dedo hacia un gancho dorado que brillaba sobre el fondo de peluche grana.

Geraud se contentó con abrir la boca.

En efecto, faltaba de aquel sitio un precioso puñal que se suponía perteneciente á los Médicis.

Quizá esto no fuese exacto, pero en ninguna cosa salva tanto la fé como en materia de colecciones.

—El señor mismo lo habrá sacado—se aventuró á decir Geraud.—El señor suele ponerlo sobre la mesa de noche. Y verdaderamente... el señor hace mal en incomodarse por tan poco... Mañana tal vez se explique esa falta... quizá alguno que se haya entretenido con esa arma... tal vez alguna de esas señoritas... que alguna vez entran en la habitación del señor...

Después de todo, el consejo no era malo. M. Godet despidió á Geraud, diciéndose como éste:

—Mañana veremos.

Y se acostó.

Al día siguiente, en efecto, debía encontrar su puñal de los Módicis, pero no en donde él esperaba encontrarlo.

XII

La noche terrible.

Los habitantes de Maillepré se habían encerrado en sus habitaciones. La supuesta María Magdalena y Blanca Carol acababan de despedirse en el largo corredor iluminado por lamparillas, que semejaban estrellas rojas y brillantes.

Blanca, admirada por las pruebas de desinterés de su futuro esposo, fluctuaba entre la esperanza y el desaliento. La esperanza, porque M. de Serigné se esforzaba en demostrarle la sinceridad de su amor, multiplicando los juramentos, las atenciones y la solicitud con que tan fácilmente se puede

engañar á una joven sin experiencia. El desaliento, porque á su alrededor solo veía caras serias y espíritus descontentos.

Pero ella quería engañarse, inclinándose hacia la esperanza y cerrando su espíritu á los sombríos presentimientos.

Al abandonarla, Margarita Souvray la había abrazado con mucha ternura, sin decirle una palabra. Después entró en su habitación y se puso á escribir la siguiente carta, dirigida á la duquesa:

«Señora:

»Soy una gran culpable: mi delito consiste en no haber tenido bastante confianza desde el primer momento en vuestra generosa bondad para confesaros toda la magnitud de mi desgracia. Pero vuestra casa era para mí el último y supremo refugio y temía que, como tantos otros, se cerrara para mí.

»Sin embargo, os juro que no soy indigna de vuestra protección. Como quiera que sea, he contraído con vos una deuda de gratitud, y voy á pagarla con riesgo de mi vida.

»Si no vuelvo y no puedo acabar esta confesion á vuestros pies, solo os pido una gracia: que no me condenéis sin oirme.

»Envilecida, despojada de todo, hasta de mi honra, no hubiera tenido tal vez valor para vengarme si con el golpe de mi venganza no salvase también de un porvenir odioso á una persona que os es muy querida.

»Vuestra adicta y desgraciada,

»MARÍA MAGDALENA.»

»P. S.—Es la última vez que uso este nombre, que no es mio, que fué de mi mejor, de mi última y quizá de mi única amiga.

»Desde mañana volveré á llevar el honrado nombre de mi padre, porque habré lavado la inmerecida mancha en la sangre del que lo mancilló indignamente.

»Perdonadme, señora duquesa, como Dios me perdonará, por el suplicio que he soportado.»

Colocó esta carta en el sitio más visible sobre su mesa de trabajo, y en dos minutos terminó su sencillo tocado de viaje, poniéndose sobre el traje de luto una pelliza que le cubría todo el cuerpo y rodeando á su cuello una sedosa piel.

Antes de salir se miró al espejo: estaba densamente pálida. Su corazón latía con violencia extrema; pero no vaciló. Había tomado su resolución. Se encontraba en uno de esos instantes en que se desafían todos los peligros y se arrostran todos los riesgos para llegar al fin.

Siguiendo el ejemplo de Blanca Carol cuando algunas semanas antes acudía á la cita del hombre que quería perderla, Margarita dejó la puerta entreabierta y se deslizó con precaución por los corredores, sin encontrar á nadie. Al final de la escalera

excusada por donde bajó Blanca, corrió el cerrojo de la puerta de servicio y salió al parque, dirigiéndose hacia la salida por el mismo camino que la hija de la duquesa.

La plaza estaba desierta y oscura: la iglesia se destacaba melancólicamente bajo un cielo brumoso. La joven atravesó la plaza como una sombra fugitiva, sin haber escuchado un solo ruido sospechoso en la travesía, creyéndose por lo tanto sola. Se engañaba.

La vieja señora de Lignerés, desconfiada y astuta, sabía que una acusación sin pruebas solo serviría para aumentar la pasión de su hijo, y para el combate decisivo, quería hallarse provista de todas las armas, para lo cual había adoptado sus precauciones.

Apostada al pie de un enorme tilo había visto salir á la joven, la siguió á través del parque y se detuvo en uno de los pilares de la plaza. Desde allí estuvo oyendo los ligeros pasos de Margarita sobre la arena del camino.

La fugitiva anduvo durante algunos minutos y pronto distinguió el cabriolé que la esperaba. El hombre que lo conducía se inclinó sobre el pescante al verla llegar, y le dijo en voz baja:

—¿Vais á casa del prefecto?

—Sí, señor.

—Subid.

Margarita se acomodó sin vacilar en el carruaje al lado de él, y el caballo partió al trote.

La marquesa de Lignerés experimentó

BIBLIOTECA
MEXICO
1925 MONTEKREY, MEXICO

una inmensa satisfacción al oír el ruido del vehículo, y radiosa, triunfante, esperó para entrar en el parque á que aquel rumor se desvaneciese por completo. Entonces se dirigió al palacio pero no entró en su dormitorio.

Entretanto el cochero del cabriolé entablaba conversación con la viajera, quien en el tono y en los atentos modales de su compañero comprendió que era casi un amigo para ella.

En pocas palabras se dió á conocer; le dijo que se llamaba Bruno, que había estado al servicio del conde de Magny y actualmente estaba al del prefecto del Cher, tanto por conveniencia como por curiosidad.

Un tipo admirable del cual había que esperar todo.

Aunque Bruno no revelaba todo su pensamiento, decía lo suficiente para que la joven comprendiese que tenía en él un aliado y que en el fondo se hubiese alegrado el ayuda de cámara de poder prestarle algún servicio.

Al llegar á las primeras casas de Bourges el improvisado cochero pudo ver á favor de la luz del gas el temblor de la joven y observar la agitación revelada en su semblante, todo lo cual le convencía de que no iba voluntariamente á aquella entrevista.

Para Bruno aquello era evidente.

Cuando servía al conde de Magny, había oído tantas historias, conocido tantas intrigas en los seis ó siete años que pasó en la calle de Jerusalén con su amo, que su ima-

ginación, predispuesta á lo novelesco, le representó en seguida la singular escena á que él cooperaba, preguntándose por qué el prefecto recibía en su casa, el día antes de casarse, la visita de aquella joven que, lejos de demostrar en todas sus maneras la satisfacción propia de este género de entrevistas, expresaba contrariedad y disgusto.

En vez de ir directamente á la prefectura, condujo el cabriolé á una casa de la calle de los Franciscanos, dejó el caballo enjaezado en la cochera y dijo galantemente á la joven:

—¿Os dignais seguirme?... Dadme el brazo y todo irá bien.

Margarita aceptó sin darse apenas cuenta de lo que hacía y temblando de pies á cabeza

Bruno, sintiéndola temblar, comprendió que aquella visita nocturna escondía una nueva infamia del bandido á quien servía.

—¿Qué teneis? —le dijo, procurando dar á su acento una entonación amistosa.

—Nada.

—¿Estais temblando?

—Tengo frío.

Bruno conoció que ella no quería hablar, pero no perdió la esperanza de saberlo todo.

—Ya llegamos—dijo—señalando al parque de la prefectura y los grandes árboles, entre los que brillaban las luces.

Entraron por una verja, atravesaron los jardines y después de pasar un largo corredor se encontraron en una gran antesala.

—El señor prefecto—dijo Bruno—os es-

pera en su despacho. Nadie os ha visto entrar y nadie os verá salir; estad tranquila. Yo soy el encargado de conducirlos, y soy discreto como un sepulcro.

Y añadió por lo bajo:

—*Allí está el monstruo.*

Bruno no se comprometía al hablar así, porque esta palabra lo mismo podía ser una injuria que una adulación.

Además el antiguo ayuda de cámara del conde de Magny no era tonto y sabía que un secreto como el que le entregaba su amo por la necesidad de un cómplice, le daba el derecho de ser insolente.

Al disponerse á abrir la puerta del despacho vaciló, impulsado por un sentimiento generoso, repugnándole la idea de entregar aquella encantadora joven á aquel ser odioso; pero de pronto se abrió la puerta y apareció en el umbral el prefecto, que dijo bruscamente:

—¿Qué esperais?

Hizo una señal con la mano invitando á entrar á Margarita, que penetró en la habitación, cerrando la puerta tras ella y oyéndose después el ruido del cerrojo, que el prefecto echó para mayor seguridad.

Bruno, picado por la curiosidad, se dirigió á la puerta de la antecámara cerrándola y procurando que su amo oyese el ruido para hacerle creer que estaba completamente á solas con su visita; después se ocultó detrás de un mueble próximo á la puerta del despacho y esperó, pensando en lo que allí iba á suceder.

A decir verdad, no era fácil averiguarlo, porque el despacho del prefecto estaba garantido contra toda indiscreción por tapicerías que sofocaban todo ruido.

Bruno tuvo, pues, que contentarse por de pronto con conjeturas, en las que le dejaremos engolfado para seguir al prefecto y á la hija del coronel.

Roland Baroult lo olvidaba todo en presencia de su víctima, incluso las amenazas del conde de Meillant, seguro de que antes de veinticuatro horas sería invulnerable por su casamiento con Blanca Carol, que seguramente era hija de la duquesa.

La única que podía inspirarle recelos, se le entregaba al fin, animada por el deseo de recobrar la libertad y una riqueza superior á la que había perdido.

En lo sucesivo no podría acusarle sin que el recuerdo de aquella noche la hiciese callar, ocultando aquella inexcusable falta cometida la víspera del matrimonio de Blanca con el prometido de ésta y cuando acababa la culpable de comprometerse con el marqués de Lignerés, dispuesto á darle el nombre y la fortuna de que ella carecía.

Así razonaba Roland Beroult en presencia de lo que creía el triunfo supremo de su afortunada existencia.

—Y bien,—dijo sonriendo á Margarita,—¿á que tanta resistencia? ¿Tan difícil era lo que os pedía?

La cogió de la mano y la condujo á un gran diván colocado en un ángulo del despacho, sentándose al lado de ella.

—¿Qué es una hora en la vida? No soy realmente generoso al devolveros vuestra independencia por algunos instantes, que me dejarán eterna alegría y os valdrán mi gratitud.

Margarita no le escuchaba, embebida en examinar la habitación para asegurarse de que estaban solos.

Roland tomó por inquietud aquella distracción y le dijo:

—No tengáis miedo; no tenéis que temer nada. En Maillepré nadie sabe que habéis salido, y cuando volváis todos estarán entregados al sueño. Aquí os aseguro que nadie os ha visto entrar ni os verá salir; he cumplido mi palabra. Confíad en mí—añadió cogiéndole la mano. Ahora que me pertenecéis en secreto, os juro ser más celoso de vuestro honor que vos misma.

Su voz vibraba con el acento de la pasión; sus ojos procuraban penetrar á través de la pelliza que la joven ciñó con indiferencia á su cuerpo, y diciendo con leve sonrisa:

—Un poco de paciencia.

Roland podía creer que Margarita se doblaba al fin, dejándose engañar por aquella sospechosa sumisión en una mujer valerosa y casta, tan violentamente ultrajada.

Pero no era el caso para inspirar dudas ni sospechas. ¿No estaba en su casa, cediendo á la fuerza de las circunstancias, aterrada ante el escándalo, sacrificando á su tranquilidad el honor defendido hasta entonces contra todas las asechanzas y todas las tentaciones de la miseria? Además el ofrecimiento

de Roland era seductor: su mismo amor por Lignerres le aconsejaba ceder.

Estrechando con su brazo el talle de Margarita, que no hizo un movimiento siquiera, le dijo bajando la voz:

—¿Comprendes la magnífica suerte que nos ofrece la casualidad, si sabemos aprovecharla? Yo soy ambicioso y me envanezo de serlo, porque sólo el hombre débil oculta sus aspiraciones bajo el misterio. La realidad ha sobrepujado mis esperanzas: mañana habré dado el último toque al edificio é izado en él la bandera. El plebeyo Beroult de Serigné podrá alternar con los más linajudos de París. Con Blanca Carol, cuyo verdadero nombre, que espero darle, es Blanca de Maillepré, decuplicaré mi fortuna. Por lo pronto, tendrá la herencia de su padre, tres millones, sin contar las economías é intereses acumulados durante su menor edad: ¡una suma enorme! Ella lo ignora; pero yo lo sé: el testamento en regla se halla depositado en casa del notario de París, M. Champier. Pero esto no es nada. Hija de la duquesa de Maillepré, como yo demostraré, tiene derecho á una parte de sus bienes, que es también enorme, dada la opulencia secular de esta familia. ¿Qué más puedo pedir?

Al decir esto, se aproximó más á la joven. Como le había dejado rodear su talle con el brazo, Margarita le dejó rozar su cara con los labios y respirar el aroma de su cabellera.

—Piensa, pues—continuó Roland—en lo que vas á ser: marquesa de Lignerres. ¿Quién

había de decirlo? Segun mis informes, que tengo por exactos, los Ligneres son propietarios de soberbios dominios en Normandía y están ligados con lo más escogido de la nobleza de Francia. Serás, pues, una gran señora, y ¿á quién se lo deberás? A mí, á quien acusas de haber causado tú desgracia. La vida encierra estos contrastes. Bien pronto en París, adonde volveremos, porque solamente allí se puede vivir, dueños de lo que se necesita para brillar, cuando tú pasees triunfante tú hermosura y tú riqueza, saludaré en tí al amor, la embriaguez de las horas que me concederás á veces, y que el misterio hará más hermosas y más anheladas.

En un trasporte de pasión, la estrechó contra su pecho.

Margarita se desasíó bruscamente, y levantándose, arrojó sobre el diván la pelliza con que se cubría, apareciendo á los ojos de Roland en todo su esplendor de mujer, los brazos desnudos, el cuello medio cubierto con el boa de piel y su blanco y turgente seno, en el cual se destacaba como una mancha de sangre una rosa aterciopelada.

Roland Beroult no pudo contener un grito.

—¡Qué hermosa eres! Serás mía para siempre. ¿Verdad?

—Sea—dijo ella con tono seco y haciendo un movimiento de coquetería.—Pero ¿no me hablasteis de un pacto?

—En efecto.

—Firmemosle.

—¿Lo quieres?

—¿No será mi emancipación?

—Y tú cadena.

—¿Está preparado?

—¡Oh! No hay más que escribir dos líneas: no es cosa larga.

—Como el compromiso de Blanca Carol.

—¡Ah! ¿sabes?—preguntó Roland admirado.

—Blanca no tiene secretos para mí. Sois hombre precavido.

Margarita se apartó unos pasos.

Roland recobró su sangre fría en presencia de la calma de la joven, que parecía tan en posesión de sí misma, como si aquel acto no fuese ya más que una de las futuras entrevistas con que soñaba el prefecto.

Margarita se quitó sus guantes negros y los arrojó sobre la mesa de despacho.

—Veamos, ¿dónde está ese papel? Os preveggo que no lo firmaré después. Ahora ó nunca.

Roland se levantó apresuradamente, como hipnotizado, á pesar de su presencia de ánimo, por aquella joven seductora que se revelaba ante él como no había podido imaginarse nunca.

—¡Ah! ¡Qué porvenir el nuestro!—murmuró pasando por su lado y besándola en la desnuda espalda.

Margarita le indicó la mesa con un gesto decidido, diciéndole alegremente:

—Vamos, poneos á escribir. Lo habéis dicho: eso será á la vez mi cadena y mi libertad.

El obedeció. Margarita, inclinada detrás de él, iba leyendo:

«Amor eterno. Diez de setiembre, á la una de la madrugada. Prefectura del Cher. Bourges. Roland de Serigné.»

—Este sitio es para la firma—dijo poniendo el dedo al lado de su nombre y volviendo la cabeza hacia la joven:

Esta le había echado el brazo por el cuello, y Roland lo besaba con frenesí; pero, como si hubiera sido herido por un rayo, mientras se entregaba á la embriaguez de aquel goce, apenas pudo oír esta palabra pronunciada á su oído:

—¡Miserable!

Y resbaló del sillón, cayendo pesadamente al suelo, con un puñal clavado hasta la empuñadura en la garganta.

Preso de convulsiones, torturado por el dolor, con la faz contraída horriblemente, procuró arrastrarse hasta los pies de la que le había herido; pero se agitó inútilmente en su impotencia, permaneciendo, con los dedos crispados, sobre la alfombra, en la cual se extendía su sangre, mientras Margarita, á dos pasos de él, en pie, cruzada de brazos, lívida, le contemplaba en silencio agitarse en los últimos estremecimientos.

No se acercó hacia él; no procuró socorrerle: permaneció inmóvil, la mirada fija, estupefacta por lo que acababa de hacer, admirada de lo fácil que es apagar la llama de la vida. De pronto bajó los ojos y vió algunas gotas de sangre en su brazo derecho. Entonces sacó un pañuelo con su cifra, se

limpió y lo arrojó sobre la alfombra. No cuidaba, como se ve, de preparar su defensa, de sustraerse al rigor de la ley. ¿Para qué? ¿No había concluido todo para ella? Ni siquiera quitó el puñal de la herida, no atreviéndose á aproximarse á aquel hombre que espiraba á sus pies, asesinado por ella.

Con una calma espantosa se envolvió en su abrigo, se puso los guantes, echóse la piel al cuello; después dobló y guardó los papeles en los que constaba la confesión de la falta no cometida, y mirando por última vez al que creía un cadáver, se dirigió hacia la puerta por donde había entrado, abriéndola sin ruido y cerrándola inmediatamente.

En la antecámara encontró á Bruno, que habiendo renunciado á inútiles tentativas para enterarse, descansaba tranquilamente sobre un sillón.

—Venid... estoy dispuesta—le dijo Margarita.

Bruno obedeció, deplorando no haber podido descubrir nada, sin que hubiese llegado á sus oídos ni una palabra.

Hicieron en sentido inverso el camino por donde habían venido hasta la casa en donde les esperaba el cabriolé, y desde allí emprendieron la marcha hacia Maillepré.

La joven no pronunció una palabra. En vuelta en su abrigo, la cabeza inclinada sobre el pecho, cedía á la obsesión del crimen que acababa de cometer.

De pronto, apenas habían recorrido una legua, se volvió hacia el ayuda de cámara y le dijo:

- Separémonos... yo iré sola.
 —¿A esta hora?
 —Sí... lo deseo... necesito respirar...
 —Tengo orden de acompañaros...
 —No, no— insistió ella;—dejadme bajar...
 —¿A media noche?... ¡pensadlo bien!...
 —¿Qué importa?... No tengo nada que temer... Además, podéis hacer falta allá.
 —¿Quién puede necesitarme?
 —Vuestro amo.
 —¿Qué queréis decir?
 —Vos veréis...

Bruno resistió, pero su curiosidad ya muy excitada, se estimuló más observando la agitación de la joven y relacionando este estado con lo breve de su visita.

—Creedme—repitió la joven... id allá... y apresuraos.

—Si me lo ordenais...

—Si, os lo ruego.

Bruno consintió al fin, impaciente por conocer lo que se le aparecía oscuro, y que debía ser sin duda el desenlace del drama imaginado por él en el camino de Maillepré á Bourges.

—Hacéis mal—dijo—os habría acompañado muy gustoso, pero puesto que lo exigís, os dejo... ¡Buen viaje! Margarita se apeó, y esperó en el camino á que desapareciese de su vista la luz de los faroles del coche.

Estaba aun á legua y media de Maillepré.

En su marcha por aquel camino solitario, continuaba su obsesión.

—He matado á un hombre, decía.

Sin embargo, no experimentaba horror, ni sentimiento. Se admiraba únicamente de haberlo realizado tan fácilmente. Después pensaba en los sufrimientos que experimentaría su verdugo, si hubiese por casualidad quedado con vida, y esta idea le traía el recuerdo de aquellos heridos de la guerra que tan esmeradamente había cuidado el invierno anterior, pensando sinceramente que si estuviese al lado del herido, le curaría la herida abierta por sus propias manos.

A la vez pensaba en el porvenir, cerrado para ella por todas partes.

Al siguiente día estaría seguramente presa y abandonada como una mujer indigna por todos los que la habían conocido.

Poco á poco iba aproximándose á Maillepré. La noche estaba oscura y una ligera bruma cubría los árboles, las praderas y los campos: cuando la infeliz pasaba por el bosque, temblaba de pies á cabeza, no de frío, sino á causa de su misma exaltación. Sentía impulsos de llorar y deseos de sentarse en cualquier piedra del camino, esperando allí que fuesen á prenderla.

¡Aprenderla! Esta frase le hacía estremecer; á eso había llegado la hija del coronel Souvray.

No tardó mucho en llegar á los límites del dominio de Maillepré. Pasó por delante de la gran verja cerrada, cuya forma se destacaba sobre el horizonte, iluminado como por una luz de incendio, producida por la salida de la luna.

Al llegar cerca del cementerio, pensó con

envidia en los que dormían bajo la verde yerba, á la sombra de la cruz, más dichosos que ella: recordó á su amiga María Magdalena, que reposaba al pie de la iglesia de Chapelle-aux-Ifs, y se repitió lo que tantas veces se había dicho:

—¿Por qué el obús prusiano no me hirió en lugar de ella?

Al fin llegó á la puerta secreta del parque, deteniéndose ante ella, como si vacilase en traspasar sus umbrales.

Al día siguiente vendrían á buscarla á aquel palacio.

¡Qué humillación! ¡Qué escándalo!

¿No era preferible ir á llamar á la puerta del juez y decirle: «Prendedme; he cometido un crimen?»

Por un momento pensó en volver sobre sus pasos, pero se sintió muy fatigada, y dijo hablando consigo misma:

—¡Mañana! ¡Mañana!

Al fin decidióse á entrar y avanzó algunos pasos, pero en el instante en que llegaba á la puerta y se disponía á abrirla, destacóse del muro la silueta de un hombre, y oyó decir con voz irritada:

—Al fin, sois vos; ¡gracias á Dios! ¡Cuánto os habéis hecho esperar!

XIII

Lo que vale un juramento amoroso.

La marquesa de Lignerés no había perdido el tiempo.

Esta clase de viejas, secas y apergamina-das, cuando se trata de hacer daño, son diestras como clowns, industriosas y activas como las hormigas.

Cuando se extinguió el ruido del carruaje, que llevaba á Margarita Souvray á Bourges, la viuda regresó al palacio; pero en vez de entrar en su habitación, subió algunos escalones más y se dirigió á la de su hijo, que estaba en el piso segundo.

Roger de Lignerés, que estaba en el balcón fumando un cigarro, admiróse de la intempestiva llegada de la marquesa, que no podía presagiarle nada bueno: tenía de su madre el mismo concepto que el perspicaz Mr. Godet.

—¿Vos, madre mia, tan tarde?—le preguntó.

La marquesa repitió, como un eco:

—Sí, yo, tu madre, ¡tan tarde!

Por la inflexión de voz de la viuda, el heredero de Lignerés conoció que sucedía algo insólito y que iba á oír noticias importantes.

—¿Queréis tomaros la molestia de sentaros?

—Con mucho gusto.

La marquesa se instaló en un hermoso sillón, estilo Luis XVI, como todo el elegante mobiliario de aquella habitación, y dijo:

—Etais divinamente instalado, Roger.

—Es verdad.

—Es admirable el número de cosas hermosas que hay en Maillepré.

—Tenéis razón.

—Se reuniría una hermosa fortuna malvendiendo lo que encierra.

El marqués respondía casi maquinalmente, por decir algo, preocupado exclusivamente con el objeto de la visita de su madre y temeroso de que se tratase de algo relativo á María Magdalena, respecto de la cual la marquesa solo podía decir cosas desagradables. Resignóse pacientemente y siguió chupando el cigarro.

—¡He aquí lo que me trae!—dijo bruscamente la vieja.—Maillepré es admirable; el parque es soberbio; la cocina excelente; el *comfort* completo; pero deploro que hayamos venido... ¡Sí, lo deploro amargamente!

—¡Bah!

—Lo deploro infinitamente.

—¡Me admirais!

—A decir verdad, me mortifica estar aquí....

—¿Se habrá atrevido alguien á faltáros?

—No, por cierto.

—La duquesa solo atenciones tiene para vos....

—Es verdad.

—Ya sé que M. Godet os mortifica algo con sus disputas....

—Eso no me molesta; un poco de polémica no es motivo de disgusto.

—Entonces, ¿todo va bien?...

—No. ¿Dudas de mi afecto hacia tí, Roger?—preguntó con cierto enternecimiento la marquesa.

No; ciertamente el joven no dudaba, solo

que hubiera preferido ser objeto de un cariño menos egoísta.

Al fin le dió su madre la solución de aquel enigma.

—Si lamento tanto—dijo—nuestra estancia en Maillepré, es porque no puede ser para tí más que manantial de pesares. No quiero gloriarme de mi perspicacia; pero los había previsto hace tiempo. Hoy, por desgracia, los hechos me dan la razón.

—Por Dios, madre mia,—exclamó el joven—explicáos con claridad y decidme cuáles son esas desgracias que flotan en esta atmósfera de Maillepré.

—¿Estás enamorado de esa muchacha?

—¿De María Magdalena?

—Sí, de María Magdalena—dijo la marquesa procurando dar á sus palabras la inflexión del desprecio.

—No lo oculto... la amo sinceramente, con pasión, menos de lo que ella se merece, y me casaré con ella si Dios quiere.

La marquesa quemó sus naves.

—¿Casarte con ella? ¡Vamos! Pues bien, no, no sucederá eso.

—Quisiera saber—dijo el antiguo oficial, dispuesto á rebelarse—quien me lo impedirá.

—Tú, Roger, tú mismo, tú solo, hijo mio,—respondió la marquesa con inusitada ternura.

—Os confieso que dudo en este instante si estoy soñando...

—Espera.

La marquesa se levantó y llevó á su hijo hacia el balcón que aquél había abandonado

al entrar ella: una vez allí le hizo notar el pálido reflejo que salía por las persianas cerradas de una habitación del primer piso.

—Ves aquella luz.

—Perfectamente.

—¿De dónde procede?

Roger lo sabía mejor que nadie, porque todas las noches pasaba largo tiempo contemplando aquella luz.

—De su habitación ¡pardiez!

—¿De modo que crees que se encuentra en ella ahora?

—Lo supongo, por lo menos.

—¿Pues bien, hijo mío, te equivocas!

El enamorado miró á su madre con inquietud; pero como la conocía á fondo, su confianza no se debilitó, sospechando que se le tendía un lazo.

—Si no está en su habitación—dijo—será que la habrán llamado ó estará con la duquesa.

—¡Error! María Magdalena no está con la duquesa, ni siquiera en el palacio... Está más lejos, mucho más lejos.

—¿En dónde?

—En Bourges.

—¿A esta hora?

—Justamente: es media noche.

—¿Y qué va á hacer tan tarde en Bourges?

El semblante de la marquesa expresó un desdén indecible y dijo con voz segura, recalcando las palabras:

—María Magdalena, tu futura; esa niña por la cual sientes una adoración extrema y

á quien quieres dar tu nombre, está en Bourges en este momento con su amante.

Roger iba á exclamar: «Eso es mentira», pero el respeto á su madre le contuvo, y se limitó á expresar con un gesto su duda.

—No me crees—continuó la marquesa, como compadeciéndole.—Lo temía; la pasión te ciega hasta el punto de no prestar crédito ni á la palabra de tu madre. Yo te engaño, yo miento: eso es lo que ibas á decir, lo sé, porque no necesito oírte para saber lo que piensas. Tú tienes por un modelo de virtud á esa mujer á quien crees tener á dos pasos de tu habitación, y te equivocas. Verdad es que pocas veces se oculta tanta perversidad bajo un rostro tan casto. Pues bien, anda, llama á esa puerta, y verás qué escándalo provocas en esta casa, en donde hay tanto ciego incurable... Pero si quieres evitar este escándalo y asegurarte de mi veracidad, sigue mi consejo... Tú tienes necesidad de refrescar la sangre, Roger, y nada más á propósito que un paseo nocturno. Anda á tomar el aire solo por una ó dos horas, colócate en acecho cerca de la puerta del muro que linda con la iglesia. Allí, al cabo de un tiempo que no puedo precisar, oirás llegar un carruaje por el camino de Bourges, y verás volver á esa niña á quien crees en su cuarto ocupada solamente en soñar con las dulzuras del matrimonio que has tenido la bondad de proponerle, y en el honor de llamarse la marquesa de Lignerés.

Esto es lo que te quería decir, no por apenarte, sino para abrirte los ojos y evitar un

enlace indigno de tí. La casualidad, que me ha permitido sorprender esta intriga, nos salva de un oprobio seguro. En tí está ahora reflexionar y resolver sobre tu porvenir y el mío.

Segura del efecto de este discurso, pronunciado con mucha dignidad, al ver á su hijo con la cabeza inclinada, los dientes apretados, inmóvil, se acercó á él y le dijo, fingiendo una emoción que no sentía:

—¡Valor, Roger! Piensa que el primero de los bienes es el honor, y que los sacrificios que por conservarlo se hacen, son ampliamente recompensados por la satisfacción del deber cumplido.

Dicho esto, se retiró sin que su hijo hubiese respondido.

Cuando la marquesa entraba en su habitación, Roger abrió la puerta de la suya, disponiéndose á salir.

Inútilmente se esforzaba en dudar, pensando que aquello era imposible. Sentíase arrastrado hacia la puerta por la que debía volver María Magdalena.

Descendió la escalera, abrió la puerta del vestíbulo, y se encontró en la escalinata. Después se aventuró en el parque, atravesando los paseos, sin apresurarse, porque tenía tiempo sobrado.

María Magdalena estaba allí hacía poco. Si había ido á Bourges, por corta que fuese su estancia en la ciudad, no podía volver antes de la una de la madrugada lo más pronto.

Roger sentía arder su cabeza y golpearle

ias sienes, sintiéndose á la vez poseído de un insaciable deseo de saber la verdad.

¡Su amante Serigné, el prefecto! Eso era absurdo. Y en el momento preciso en que iba á casarse, la víspera misma de su matrimonio... no se podía creer semejante cosa... Su madre había debido engañarse, dejarse alucinar por falsas apariencias.

Después se acordaba de aquellas palabras de María Magdalena:

«Dentro de algunas horas ó de algunos días vos mismo me acusaréis. No seré vuestra sino en el caso de que no dudéis de mí.»

¿Qué significaba este lenguaje? ¿Qué podía haber de sospechoso en su existencia actual ó en su pasado?

Roger apenas podía ordenar sus ideas; el golpe que acababa de recibir de manos de su propia madre era rudo. Sin embargo, á su pesar le dominaban las preocupaciones. Nunca se había visto sometido á una prueba parecida ni estaba habituado á vivir entre misterios.

De vez en cuando dirigía la vista á la fachada del palacio, y veía, á través de las persianas de la habitación de María Magdalena, la luz, que le hacía estremecerse. Todas las de las demás habitaciones se habían extinguido sucesivamente.

El reloj dió las doce, la una, las dos. Continuó paseándose para reaccionarse, porque la noche estaba fría; pero siempre siguiendo el muro del parque contiguo al camino de Bourges, y prestando oído á todos los rumores lejanos. Dos ó tres carruajes pasaron;

pero sin detenerse siguieron su marcha más allá de Maillepré.

A las dos y media disponíase á retirarse, pensando que su madre estaba engañada y que María Magdalena no había abandonado el palacio, cuando oyó á lo lejos los ladridos de los perros de las granjas situadas á los bordes del camino. Entonces esperó aún.

Cuando daban las tres vió una especie de espectro que se aproximaba á él, pero lentamente, como fatigado y vacilante. A pesar de la obscuridad, sobre la que se destacaba aquella negra silueta, no pudo engañarse: era la culpable.

Cuando él la detuvo, ella no pareció sorprenderse, y se limitó á decir:

—¡Ah! ¿me esperábais?... ¿Y por qué?

—Para convencerme de vuestra falsedad y de vuestras mentiras—dijo Roger colérico.

Margarita Souvray, herida en el alma, le dirigió una mirada apagada y le dijo:

—Está bien; ¡todo ha concluido! ¡Habéis visto!... Dejadme pasar.

Roger la cogió violentamente del brazo, diciéndole:

—¿De dónde venís?

—¿Queréis saberlo?

—Sin duda, puesto que os lo pregunto.

—Pues vengo de Bourges.

—¿De ver al prefecto?

—Efectivamente.

—¿Entonces le conocéis?

—Sí, le conozco.

—¿Cuánto tiempo hace que sois su querida?

—¡Su querida!—murmuró la joven.

—O si os parece mejor: ¿Desde cuando es él vuestro amante?

—¿Qué os importa que lo sea hace dos meses ó diez años?

—¿Y tenéis la osadía de preguntármelo?

—Es claro, puesto que nada hay de común entre nosotros dos.

—¡Felizmente!—exclamó Roger.—¿De modo que no podéis alegar nada para justificaros?

Margarita calló.

—¡Hablad!—gritó Roger.

La joven no desplegó los labios: un frío mortal la invadía de piés á cabeza.

—Pero entonces—continuó Roger, desesperado ante aquel silencio,—¿por qué me engañábais?

—¿Yo?

—¿Por qué, puesto que amábais á otro, habéis correspondido á mi amor, prometiéndome ser mía, para que la deshonra entrase con vos en mi casa el día de nuestro matrimonio?

Margarita, obstinada en su silencio, se dispuso á marcharse, pero él la contuvo con tanta violencia, que se abrió el abrigo, ofreciendo al marqués el espectáculo de su hermoso pecho á medio cubrir, con la rosa encarnada prendida en el corsé y sus desnudos brazos.

—¡La infame!—gritó él exasperado—viene aun con la púrpura de las caricias de ese miserable que mañana se casará con otra!

Ante aquel insulto, la joven se retiró: mi-

ró un instante al marqués, dirigiéndole un mudo reproche, y cerrando su abrigo, dijo:

—¡Adiós! Os había advertido lo que iba á suceder. No habéis aguardado siquiera á las veinticuatro horas que os puse de plazo! ¡Adiós para siempre!

Roger permaneció inmóvil, apoyado en uno de los pilares de la puerta, mientras que ella se alejaba silenciosamente como una sombra.

Cuando el marqués se decidió á regresar al palacio, Margarita acababa de cerrar atrás de sí la puerta baja de la escalera de servicio.

Se dirigió á su habitación sin cuidar de ocultarse; como si todo le fuera indiferente, y una vez en su cuarto, dejó caer al suelo la ropa y se acostó, cayendo en ese sueño febril, poblado de mónstruos y visiones horribles, que sigue á las grandes conmociones del espíritu.

XIV

El temor á lo desconcido.

En aquella misma hora, á cuarenta leguas de allí, el conde de Meillant se consagraba á reunir las pruebas de la rehabilitación de Margarita.

Al llegar á Serigné, Pedro había sido recibido por Peschard, que daba muestras de una gran preocupación, porque á su regreso de Chateau-Lavalliere, adonde fué á llevar el despacho para el joven, había en-

contrado una carta de Margarita, que un vecino complaciente había recibido por él.

En aquella carta, Margarita le decía que, ignorando lo que iba á ocurrir, le cedía la pequeña casa que habitaba, terminando así:

«Mi paciencia ha llegado á su término. Mañana, á media noche, habrá dejado de existir el que tanto mal nos ha hecho; nada puede salvarle. Otros me condenarán, quizás; vos, que conocéis el pasado, me absolveréis. Adiós.

El inválido recibió esta carta á las seis de la tarde; no tenía, pues, medio de impedir la desgracia que anunciaba. A la hora en que el conde llegaba á Serigné la muerte debía haberse consumado.

El mendigo estaba espantado, no por Beroult, á quien odiaba, sino por la desgraciada hija del coronel. Al verle, el conde hizo al cochero que detuviese los caballos.

—Esperadme —dijo apeándose;—tardaré una ó dos horas.

Al mismo tiempo le dió dos luises de propina, único modo de tranquilizar al automedonte, respecto de las intenciones de aquel singular parroquiano que hacía pasar la noche cerca de los cementerios y era esperado por los mendigos á las dos de la madrugada. Semejante parroquiano podía ser un original ó un loco; pero no era un ladrón.

El conde y el mendigo no tardaron en llegar frente á la casa del usurero de Serigné. En la oscura fachada veíase una luz

por las junturas de una ventana carcomida.

—Mirad dijo el mendigo,—hay quien vela cerca de la vieja. Es una amiga mía, una viuda llamada la Huguette, que quería mucho á los Souvray, porque las niñas eran buenas para ella.

Peschard empujó la puerta de la casa, que no estaba guardada por nadie.

Brígida, la criada de los Beroult, la vieja escrupulosa y devota, á quien su amo había obligado á ser su cómplice; agonizaba en una habitación del piso bajo; el médico había dicho que no pasaría de la madrugada. La infeliz hubiera podido vivir algunos años todavía; pero el secreto que guardaba desde la muerte del viejo Beroult era demasiado peso para sus débiles fuerzas.

El sacerdote había venido á auxiliar á la moribunda, que representaba la imagen del espanto. La presencia del mendigo, que había ido á verla varias veces, la causaba una emoción extrema.

Al penetrar los dos hombres en la casa, ya visitada por la muerte, permanecieron ocultos en una habitación próxima á la en que la criada estaba hacía algunas semanas, retenida en el lecho por una incurable debilidad.

Al oír el ligero rumor de los pasos de los recién venidos, la asistenta fué á su encuentro. Era una campesina de sesenta años, de rasgos suaves, de maneras dulces y de aspecto bondadoso. Después de cambiar un signo de inteligencia con el mendigo, dijo al viajero:

—Podeis entrar.

—¿Conserva el conocimiento?—preguntó el conde.

—Sí, señor; seguidme.

Al oír ruido de pasos, la moribunda hizo un esfuerzo y preguntó con voz quejumbrosa y casi irritada:

—¿Quién está ahí?

Y luego dijo entredientes:

—El cura seguramente, que viene aun á atormentarme. ¡Ah, Dios!...

—La Huguette se inclinó hacia el lecho y le dijo:

—Calmaos, Brígida; es un caballero joven que quiere hablaros.

—¿De qué?

Pedro de Meillant se aproximó:

—Miradme—dijo con voz grave y persuasiva,—no temais nada. Os traigo el reposo, la paz del alma...

Brígida se volvió hacia él, pero con desconfianza, poniendo sus descarnadas manos sobre el pecho, como si tratara de defender su precioso secreto.

—¿La paz?—balbució.—¿cómo me la dareis?

Al hablar así se incorporó en el lecho.

Sus cabellos desordenados sobresalían por entre un gorro de tela, cubriéndole la faz arrugada. La desdentada boca se agitaba al impulso de una emoción extraordinaria. Sus ojos, fijos, devoraban al inesperado visitante con ardiente curiosidad. Todo en ella revelaba la postración producida por la encarnizada lucha que contra sí misma sostenía

hacía tanto tiempo. Cediendo á un instinto de pudor, cubrió con la camisola su descarnado pecho, mientras la asistenta la ayudaba á enderezarse colocando las almohadas á sus espaldas.

La moribunda rompió el silencio.

—Y bien, ¿qué aguardais?... ¡Hablad, hablad pronto, porque solo tengo algunos instantes de vida!

El mendigo, apoyado en el dintel de la puerta, invisible para la enferma, esperaba con angustia el final de aquella escena, que le oprimía el corazón, pensando en que la salvación de Margarita estaba pendiente de los labios de la moribunda.

Pedro de Meillant contemplaba á esta con ojos de piedad.

—¿Quién sois? ¿De dónde venís? — murmuró la vieja. — No os he visto nunca... no os conozco....

—¿Qué os importa, si vengo á salvaros?

—¿Cómo sabéis que tengo necesidad de que me salven?—preguntó ella con estupor.

—Lo sé. Estais torturada por un punzante recuerdo....

—No me lo recordéis!

—Al contrario... En esta hora suprema debe pensarse en reparar el daño de que fuisteis cómplice.

—¿Quién os lo ha dicho?...

—Lo sé—repitió el conde con inalterable calma.

—No hace mucho tiempo —añadió—se representó en esta casa una escena presente siempre en vuestro pensamiento. Una no-

che llegó un hombre, el hijo de vuestro amo, é hizo desaparecer papeles en que constaba que su padre era el depositario de la fortuna de un amigo. Este hombre se llamaba Roland Beroult... el amigo del padre era el coronel Souvray. El coronel estaba próximo á morir, como lo estaremos cada uno en su día á esa hora desconocida en que debemos dejar de pertenecer á la tierra, como lo estais vos misma esta noche en que temblais, frente á la eternidad que os aguarda.

Brígida ocultó el rostro entre las manos, como si quisiera no ver á aquel hombre, aparecido ante ella como un ser sobrenatural.

El conde continuó:

—Aquella fortuna debía pasar á dos jóvenes puras, dulces y generosas, que nunca habían hecho daño á nadie.

Brígida ahogó un suspiro.

—En la mañana que siguió á la muerte de vuestro amo, aquel hombre, convertido en ladrón por sus ambiciones, se dirigió á una casa aislada en el campo, encontrando en ella al padre de las dos jóvenes. ¡Sólo Dios sabe lo que allí pasó! El joven era fuerte; el coronel estaba moribundo. Cuando el primero salió, había muerto el coronel, sus títulos habían sido robados, y tal vez la ambición que convirtió en bandido al niño que vos habiais criado, le hizo convertirse también en asesino.

—¡No, no!—dijo Brígida juntando las manos.—¡Decidme que eso es imposible!

—Los justificantes del depósito habían desaparecido: el miserable podía gozar en paz del fruto de su crimen. No sé—continuó aproximándose á la moribunda—si ha sentido alguna vez remordimientos; pero sé que vos los habeis tenido siempre: sois creyente y temblais por vuestra eterna salvación.

—¡Es verdad!

—Escuchadme aun, pobre mujer,—siguió Pedro.—Margarita, la primogénita del coronel, vino á preguntaros inútilmente. Aquel crimen, que pudisteis impedir, debía tener funestos resultados. Bien pronto, reducida á la miseria, desahuciada por los médicos, la más joven de las dos hijas del coronel espiraba en París sin poseer siquiera un céntimo para comprar una medicina que aliviase su agonía: si no os maldijo al morir fué por que era un ángel de bondad. Sus restos yacen muy apartados de los de sus padres, en una sepultura que la caridad de un desconocido compró para ella.

—¿Y la otra?—preguntó Brígida temblando.

—La otra arrastra una existencia precaria, expuesta á todos los peligros y á todas las injusticias, por culpa vuestra.

—¡Es verdad, es verdad! Pero, ¿qué puedo yo hacer?

—Confesar la verdad en vuestra última hora, descargaros del peso que os anonada.

Brígida estaba conmovida en presencia de aquel hombre tan tranquilo, que le hablaba amistosamente, evitándole el horror de una confesión superflua, puesto que conocía su

delito tan bien como ella, y le inspiraba una confianza sin límites.

Por otra parte, había llegado á la hora en que la enferma se sentía sin fuerzas y empezaban á flotar delante de su vista las nieblas de la tumba. Acordóse de la especie de maldición de Margarita Souvray en su última entrevista. Entonces con una vivacidad de que no se la hubiese creído capaz, dijo extendiendo hacia el conde su brazo, en el que se podían contar los huesos:

—Puesto que lo sabeis todo, debéis saber también que yo no puedo hacerle traición: yo lo he criado; yo le he servido de madre. ¿Puedo acaso hablar? ¿Debo acusarle y perderle? No, aun cuando yo me condenase...

—Me condenaré, pues—añadió con acento desesperado.

Entonces otro hombre, de imponente talla, con la cabeza desnuda, terrible en su traje de mendigo, salió de la sombra y dijo á la moribunda:

—Brígida, teniais razón en callar ántes, ahora nada os impide hablar...

—¿Cómo?

—No podéis ya perjudicarlo.

—¿Por qué?

—Porque ha muerto.

—¡Muerto!—murmuró Brígida con acento hosco.

—Muerto por Margarita Souvray, su víctima.

—¿Quién os la ha dicho?

—Ella misma.

—¿Cuándo?

—Esta noche.
Y enseñó la carta de la joven al conde, tan aterrado como la moribunda.

Brigida interrogó con la mirada al viajero.

—Es verdad — dijo este bajando la cabeza.

—Entonces — exclamó la moribunda — puedo decirlo todo... puedo confesarme, declararlo todo. Haced venir al cura, al doctor, á los vecinos: lo voy á revelar todo. Sí, Roland Beroul, mi niño, mi hijo casi, ha robado la fortuna del coronel Souvray, quinientos mil francos, una suma enorme. Sí, los títulos estaban allí.

Y al decir esto señalaba con el dedo tembloroso la gran arca de hierro que servía de caja á su amo.

—Sí — continuó; — arrojó al fuego los libros; sí, robó los documentos de casa del coronel... esta es la verdad. Ahora pido que Dios me perdone. Pero apresuraos, que voy á morir.

La enferma dejóse caer en el lecho. Pedro Meillant le tenía cogida la mano; el pulso apenas se notaba.

La agonía comenzó, pero sin dolor y sin angustia.

—Calmaos — le repetía — y no temáis... Dios os perdonará, como vuestras víctimas os han perdonado.

Pedro esperaba con ansiedad la llegada de los testigos, que el mendigo y la asistente habían ido reuniendo alrededor de Brigida.

Serigné no es una población grande. Las

casas más importantes se hallan en la plaza. El cura vivía á dos pasos; el doctor algunas casas más allá. Un labrador, vecino de los Beroult, llegó poco después.

La moribunda repitió ante ellos su confesión pública, que el doctor escribió bajo su dictado, y firmó con los testigos de aquella tardía reparación.

Cuando concluyó, la anciana recobró su serenidad de otro tiempo. A las cuatro expiró.

A aquella hora, Pedro Meillant, con el acta de la confesión de Brigida en el bolsillo, tomaba el camino de Tours, sin poder dominar su preocupación.

¡Mr. de Serigné muerto por Margarita Souvray! ¿Era posible? Hubiera querido llegar á Maillepré de un vuelo.

A las cinco y tres cuartos subió en el tren de Tours á Viesou, maldiciendo la lentitud del vapor.

A las ocho lanzaba su caballo al galope hacia el palacio, y á las nueve llegaba á la escalinata de la puerta.

Nada de particular se ofreció á sus ojos; nadie hubiera dicho que pocos instantes después debía salir de aquel imponente y tranquilo palacio una boda.

En el vestibulo, Pedro vió á Justina, que pasaba.

—¿Y la duquesa? — le preguntó.

—La señora está en sus habitaciones.

—¿Y Blanca?

—Está vistiéndose.

—¿Y María Magdalena?

—Debe estar en su habitación.

—Bueno... voy allá.

El conde subió cuatro á cuatro los escalones; y llegó á la puerta de María Magdalena en el momento en que ésta salía.

—¿A dónde vais?—le preguntó bruscamente.

—A ver á la duquesa.

—¿Para qué?

—Para confesarle quién soy y lo que he hecho.

—Es inútil—dijo Pedro con tono imperioso.—Entrad—dijo mostrándole la puerta—tengo que hablaros.

XV

El primer juez

Margarita retrocedió, impresionada por lo que le parecía indignación en las maneras de aquel hombre, tan indulgente de ordinario.

Apenas entró en la habitación, Pedro de Meillant cerró la puerta y dijo:

—Apresuremos... el tiempo es precioso... ¿Qué ibais á decir á la señora de Maillepré?

—Lo que le escribí ayer en esta carta, que no ha leído.

Al decir esto, entregó al conde la carta que había dejado la víspera para la duquesa y que encontró á su regreso.

—¿Y qué más que esto?—preguntó Pedro.

—Que yo no soy María Magdalena...

—Sino Margarita Souvray, ¿no es eso?

—¿Lo sabíais?—exclamó la joven sorprendida.

—¿Qué más ibais á decirle?—continuó él sin responder á la pregunta de Margarita.

Que la verdadera María Magdalena, vuestra amiga, muerta en la guerra, está enterrada en el cementerio de una aldea del franco-condado, en Chapelle-aux-Ifs...

Margarita le miró con ojos extraviados y se dejó caer sobre una silla, cubriéndose el rostro.

—¿Cómo debéis despreciarme!—murmuró.

—¿Por esta mentira?

—Sí.

—La religión prohíbe el desprecio y ordena la caridad.

—¿Y es eso todo lo que ibais á revelar á la duquesa?—continuó Pedro.—No, no es eso solo. Ibais á decirle además que habéis hecho algo peor, que habéis cometido un crimen.

—¿Cómo? ¿Lo sabéis también?—dijo la joven temblando.

—Que habéis herido esta noche al prefecto del Cher, M. de Serigné, de una puñalada ó de un tiro...

—Con un puñal; no disponía de otra arma.

—¿De dónde la habéis tomado?

—De la habitación de M. Godet.

—¿Dónde la tenéis?

—Ha quedado clavada en la herida.

—¡Desgraciada! Eso ha sido venderos vos misma.

—No quiero salvarme—dijo Margarita bajando la cabeza.

—Bueno—dijo el conde, esquivando la discusión;—pero no acabo de comprender por qué habéis matado á ese hombre.

—¿Por qué?—gritó Margarita, abandonando su reserva y rehaciéndose.—¿Me lo preguntáis vos, que tantas cosas sabéis? Pues bien; voy á decíroslo. Yo vivía dichosa con mi hermana en un pueblo de la Turena. Mi padre era un antiguo militar, el coronel Souvray, cuyas heridas le obligaron á abandonar el servicio en el vigor de su edad. Poco aficionado á los negocios, depositó su fortuna en casa del padre de Roland Beroult.

—Lo sé—dijo el conde;—el hijo llegó y robó los títulos justificativos del depósito y os arruinó. ¿Es eso todo?

—Eso no es nada todavía. Se puede vivir sin dinero; pero no se puede vivir sin honor. Temeroso aquel miserable de que me quejase, quiso perderme y me infligió el ultraje más sangriento que se puede hacer á una mujer honrada.

Una noche—prosiguió después de una pausa—tuve que abandonar á mi hermana enferma. Vivíamos en la calle de Douai... os acordaréis, puesto que acudisteis á socorrerla... No había nada en casa... A mi no me faltaba resolución, y hubiera querido trabajar; pero la fatalidad se encarnizó contra nosotras, y busqué inútilmente ocupación por todas partes. Aquella noche había salido resuelta á todo—quiero decir toda la verdad:—á mendigar para poder cuidar á mi Luisa... Os encontré... Después proseguí mi camino, satisfecha por aquella casualidad

que venía en nuestra ayuda... No sé cómo fué, pero es lo cierto que pocos pasos después, extraviada, sin saber qué camino tomar para volver á mi casa, fuí detenida en medio de un gran tumulto de agentes de policía y de mujeres perdidas, y llevada con ellas á la prefectura de policía. ¡Qué noche tan horrible! No podía volver al lado de Luisa, y me veía confundida con la escoria y el fango de París, mezclada con las infelices degradadas por el vicio y tratada como ellas... Al siguiente día no sé quién me interrogó, leyéndome un proceso verbal, en el que se me formulaban cargos por el momento que hablé con vos y por los insultos que me habían dirigido algunos desocupados. Protesté inútilmente; supliqué que se me devolviera la libertad, diciendo que mi hermana se moriría, desesperada por mi ausencia. Se me llevó...

Vaciló la joven un instante; después dijo con rabia:

—A San Lázaro... ¿Comprendéis? Monsieur Beroult era entonces secretario del conde de Magny, y lo podía todo en la prefectura de policía... Pero esto no era nada aún. Estuve encerrada tres días en San Lázaro, sin ver más que á una religiosa que apenas me hablaba y á un hombre que todas las mañanas me presentaba un registro á la firma, diciendo que no sería libre hasta que lo firmase... «por orden superior». Al fin, desesperada, no sabiendo lo que era de Luisa, y presa de un afán vehemente de volver á su lado...

—¿Consentísteis?

—Sí, es verdad—dijo con voz débil, ocultando el rostro entre las manos.—Mi nombre, el nombre del coronel Souvray, está allí escrito de mi puño y letra. ¿Qué queríais que hiciese—prosiguió, animándose.—¿Podía dejar que mi infeliz hermana espirase sin abrazarla por última vez, sin cerrarle los ojos.

Apenas me ví libre, corrí á la calle de Douai: encontré vacía la casa. Os busqué por todas partes en vano.

Ya no tuve más que un pensamiento: morir, renunciar á una vida que no me reservaba ya más que la miseria y la vergüenza.

En esto estalló la guerra, y me alisté como enfermera.

Procuraba buscar los puntos más peligrosos con la esperanza de ser barrida, como tantas otras, por el huracán desencadenado sobre Francia. ¡Vana ilusión! La muerte me rechazaba.

Encontré una amiga, una joven casi tan desgraciada como yo, sin parientes, abandonada y entregada á sus propias fuerzas. Su aislamiento, la pena de su abandono habían hecho de ella otra desesperada como yo; esta comunidad en la desgracia nos unió. No conoceréis una joven más digna de ser amada, más noble, más pura y más generosa que ella. Y sin embargo, también ella quería morir. Un día brilló un rayo de felicidad para ella. Hallándonos en las cercanías de Ornans, cerca de Besanzón, María Magdalena recibió una carta que casi había

recorrido el mundo antes de llegar á sus manos; era de la señora de Maillepré.

Ved la carta de que hablo, que fué para ella algo así como la aurora de una felicidad desconocida.

Margarita sacó de un cajón la bolsa de tafete que perteneció á su amiga y entregó á Pedro de Meillant la carta de la duquesa.

—Ya la veré luego, continuad...—dijo él.

—María Magdalena vió próximo el fin de su desgracia... y tenía razón. Si hubiese venido aquí, la hubiera adorado, porque lo merecía...

La joven se limpió las lágrimas que le hacía derramar el recuerdo de su compañera.

—Dios no lo quiso—prosiguió diciendo.—Naufragó cuando entraba en el puerto. Dos ó tres días después de recibir aquella buena noticia... ¿para qué he de contaros tan triste escena?

—La conozco—dijo Pedro de Meillant.—Apresuraos.

—Algunos instantes antes de morir, Magdalena, asaltada por el presentimiento de su cercano fin, escribió una carta recomendándome á la duquesa. Aquí está con todo lo que me queda de ella.

—Ella fué—añadió—la que me hizo prometerle que recurriría á la protección de la duquesa cuando no tuviera otra que invocar.

Pedro de Meillant leyó la carta de la muerta con emoción mal disimulada.

—¿Por qué—dijo—no vinistéis antes?

—Luché algún tiempo entre la vida y la muerte: además me costaba trabajo pedir lo que no podía ser para mí más que una limosna. ¿Qué derechos podía invocar para la protección de la duquesa, por bondadosa que ella fuese? Esperaba, por otra parte, poder vivir con mi trabajo.

Había encontrado ocupación, y creí que mi perseguidor habría sido despojado del poder de que tan mal uso hacía, y que podría vivir en paz; pero me engañaba, porque era más poderoso que antes. Me hizo arrojar del establecimiento en donde trabajaba; me obligó á comparecer en su presencia y me propuso un arreglo... Había él conocido á una joven á quien no amaba, de naturaleza enclenque, hija de un conde que le había legado secretamente su fortuna, y de una gran señora. Esta heredera sería su mujer; yo sería su querida... ¿lo entendéis?... Y en caso de negarme, me aniquilaría empleando todos los recursos de su poder... Aquella misma noche huí, buscando aquí un refugio y temiendo no ser admitida... M. Godet me encontró sentada en el banco, desesperada y sin aliento... y sin atreverme á entrar. ¿Por qué me tomó por María Magdalena, con cuya recomendación venía á presentarme? No lo sé; el caso es que no me atreví á desengañarle. Esta fué mi falta... ¡Pero era tan desgraciada!

—No creais — siguió, haciendo un esfuerzo — que yo quise aprovecharme de esta involuntaria mentira. Hace algún tiempo que no tenía más que el deseo de arrojarle

á los pies de la duquesa y confesarle todo, cuando mi dulce tranquilidad fué turbada de nuevo...

—¿Por la llegada de Roland Beroult?

—Efectivamente. Esto fué para mí como un rayo. No sólo veía comprometida mi tranquilidad, sino la de los que me rodeaban y á los cuales amaba. La heredera, con la que había echado sus cuentas... era Blanca Carol. Como él me había confiado sus secretos, ella me confió también los suyos, y pronto supe cuanto había pasado entre ellos. No había más que un medio de impedir el matrimonio: sacrificándome yo... El prefecto me propuso de nuevo las condiciones ya dichas, exigiendo una entrevista conmigo en la prefectura, con lo cual él me permitiría casarme con Roger de Lignerres, á quien sabía que yo amaba...

—¿Le amabais, decís?

—Tal vez.

—¿Y ahora?

—Todo ha concluido.

—¿Por qué?

—Yo no había prometido nada al principio á M. de Lignerres; pero vencida por sus súplicas, ayer le dije: «Si durante un mes no dudáis de mí, cualesquiera que sean las apariencias que puedan condenarme, seré vuestra mujer.» Esta noche, cuando volví al palacio, extenuada de fatiga, loca, M. de Lignerres me esperaba... No sé quien me había vendido. ¡Ay! Su confianza se había extinguido, ¡su entusiasmo había muerto! Sucedió lo que debía suceder... M. de Lignerres

me ha considerado indigna... Ha supuesto que venía de casa de mi amante... Entre nosotros todo ha concluido.

—¿De veras?

—De veras.

—Eso decís ahora; pero después os atormentarán amargos pesares...

—Jamás—dijo Margarita.—Yo sabía qué clase de acusaciones podían levantarse un día contra mí, y por la fatalidad de mi situación no puedo probar mi inocencia. Despojada de mi fortuna, soy impotente contra el que me la ha robado; despojada de mi honor, nada puedo hacer por defenderlo. Estoy perdida... por eso me ha costado tan poco mi sacrificio. Blanca sufrirá quizás algún tiempo; pero al fin se abrirán sus ojos y yo habré librado á mi bienhechora de la pesadilla de haber entregado á ese bandido una niña á la que adora tan tiernamente. Así—dijo sonriendo tristemente—habré pagado la deuda que con ella tengo. Ahora, que hagan lo que quieran conmigo... No tengo más que deciros... ¡Ah, sí! Sólo una cosa.

—¡Tomad!—dijo entregándole el escrito del prefecto.—He aquí lo que él quería y lo que yo he rehusado: «Eterno amor.» ¡Qué irrisión! Su firma está en ese infame papel... no se encontrará la mía... Ya lo he dicho todo... Vos también me abandonaréis quizá, porque no me creéis... no podéis creerme.

El conde le cogió la mano, y le dijo:

—¡No lo penséis! Yo os defenderé con todas mis fuerzas, Margarita... Tened confianza.

Iba á dejar escapar su secreto; pero se detuvo bruscamente.

—Prometedme tan solo—dijo recobrando su tranquilidad habitual—dejadme hacer cuanto yo quiera en vuestro favor, no consultar á nadie más que á mí y seguir los consejos que os dé. Tengo que defender al mismo tiempo el honor de la casa de Maillepré y vuestra vida... ¿Me lo prometéis?

—Sí.

—Vendrán á prenderos.

—Ciertamente.

—Os pondrán incomunicada, os interrogarán con parcialidad, seguramente... No neguéis nada. Decid sencillamente la verdad en pocas palabras.

—No me harán caso.

—¿Qué importa? Tened paciencia y valor.

—Sí.

—No desesperéis.

—¡Ay!

—Al contrario, esperad.

—¿Puedo yo esperar algo por ventura?

—¿No sois inocente? Sobre todo, no os dejéis abatir... no cedais ante ninguna amenaza... tened el valor de vuestra virtud. Os lo pido por el honor de esta casa... ¡por el honor de Maillepré!

La joven no tuvo tiempo para responder. Acababa de abrirse la puerta y de aparecer la duquesa.

—¡Ah! ¿tú aquí?—exclamó al ver al conde.—¿Y qué haces?

—Confieso á una culpable, á una gran...

—¿Qué dices?

—Digo que el matrimonio señalado para hoy es imposible.

—¿Por qué?

—Porque M. Serigné ha sido muerto esta noche.

—¡Muerto! ¿Por quién?

—Por una niña á quien debéis bendecir, tía mía—dijo el conde en voz baja—por una mártir.

—¡Pobre niña!—exclamó la señora de Maillepré, que comprendió la verdad—¿Por qué habeis muerto á ese hombre?

—Porque—contestó Margarita—es el último de los miserables, y yo quería salvar á vuestra hija.

Estas palabras llegaron como un suspiro á los oídos de la duquesa.

Al mismo tiempo se oyó ruido de carruajes delante del palacio. La duquesa miró por el balcón y vió detenerse al pié de la escalina dos viejos coches de alquiler, escoltados por gendarmes, apeándose de aquéllos seis hombres de grave aspecto.

Pedro de Meillant apretó la mano de la hija del coronel y le dijo sumamente emocionado:

—¿Os acordáis de lo que me habeis prometido?

—Sí.

—¿Me elegireis por defensor á mí, solo á mí?

—Sí.

—Valor y no temais nada.

XVI

Hábitos negros.

Véase lo que había pasado en Bourges.

Impresionado por la agitación de Margarita, Bruno pensó que iba á encontrar á su regreso alguna cosa extraordinaria. Sin embargo, nada había oído mientras estuvo de centinela en el antedespacho, que revelase una escena violenta.

Con este pensamiento, creyóse en el deber de apresurar su vuelta, no por simpatía hacia Roland, á quien instintivamente odiaba, ni por el deseo de socorrerle si por casualidad necesitaba socorro, pues conocidos son los sentimientos que al antiguo ayuda de cámara del conde de Magny inspiraba el indigno protegido de su amo, y no estaba dispuesto á cambiar de opinión.

Había visto á este hombre de fortuna elevarse con una rapidez sin ejemplo. Deseaba verle caer, y en aquel momento pensaba con cierta satisfacción que la caída estaba próxima, que el prefecto había debido sufrir una gran decepción. Reflexionando sobre las ambiguas palabras de la joven, se preguntaba cómo su amo podía tener necesidad de él, y no le había llamado. ¿Qué significaba este enigma? Por desgracia para su curiosidad, á cada momento más excitada, el caballo no era ni con mucho un caballo de primera, y empleó tres cuartos de hora en

recorrer el camino que otros hubiesen hecho en veinte minutos.

Al llegar Bruno á la prefectura vió luz en el despacho del prefecto: llamó y como no le contestasen, entró, sin observar á primera vista nada extraordinario en la inmensa pieza, que estaba vacía, y alumbrada débilmente por una lámpara cubierta.

Pero cuando sus ojos se hicieron á aquella semiosecuridad, Bruno quedó verdaderamente espantado viendo al pie de la mesa un gran charco de sangre sobre la alfombra y caída una silla dorada tapizada de seda azul, en la que aparecían las huellas de dedos ensangrentados. Más allá vió otros muebles que presentaban las mismas señales, y un rastro de sangre desde la mesa hasta la puerta de la escalera.

No había duda: se había cometido un asesinato, pero la víctima no estaba allí. Bruno, con todo, no se apresuró á buscarla. No se podría afirmar que aquello le agradase; pero en el fondo no podía reprimir la satisfacción del hombre que ve realizada su profecía.

Yendo del corredor al despacho, examinando las huellas, procuraba reconstruir la escena, y le llamó la atención un punto brillante debajo de la mesa: era un puñalito triangular, de punta aguda, casi completamente ensangrentado, que con un esfuerzo supremo, el herido debió arrancarse y dejarlo caer al suelo.

El brillo que hirió los ojos del ayuda de cámara era un pequeño diamante incrusta-

do en el puño. A alguna distancia Bruno recogió un pañuelo de batista, marcado con dos *M* entrelazadas: era el que había servido á Margarita para limpiarse el brazo. Pero aun sin esta prueba flagrante, Bruno hubiera comprendido desde luego que su amo había sido herido por la joven á quien acababa de dejar; así se explicaban las ambiguas frases de Margarita.

Bruno, después de hacer rápidamente estas reflexiones, volvió á poner el puñal debajo de la mesa, arrojó sobre la alfombra el pañuelo y se dedicó á buscar á su amo, empresa fácil siguiendo el rastro de sangre que iba del gabinete á la escalera y desde allí á la habitación del prefecto, situada en el primer piso, casi encima del despacho.

Aunque la distancia era corta, el herido había necesitado una energía sobrehumana y casi increíble para recorrerla.

Bruno lo encontró tendido en la cama, vestido, anhelante, con la garganta agujereada por una estrecha herida que penetraba en el pecho y que debía producirle horribles dolores.

No obstante, la expresión del herido era la del lobo preso en la trampa é impotente para hacer daño. El castañeteo de sus dientes indicaba tanta cólera como dolor. Al ruido que hizo el ayuda de cámara, abrió los ojos, que tenía cerrados, y con voz anhelante le dijo:

— ¡Ni una palabra!... ¡Silencio!

— ¡Estáis herido... necesitáis un médico...

—Sí... un médico... pero en secreto... ó estoy perdido.

Y al decir esto cayó en una postración completa.

Bruno se preguntaba la causa de aquel misterio, y conociendo á su amo, pensó que no le movía á la reserva ningún sentimiento generoso hacia su matador, sino su egoísmo, su interés personal.

Exigía el silencio, porque la publicidad era su perdición. Pero Bruno, ni quería ni podía tampoco evitar el escándalo; porque se hiciera lo que se hiciera, la noticia correría como un reguero de pólvora, poniendo en movimiento á la policía y á la justicia.

Además aquello prometía un espectáculo de que no se quería privar el antiguo ayuda de cámara del conde de Magni.

Sin embargo, podía cumplir por el momento las órdenes de su amo. Avisó á un médico de la vecindad, estimado por su ciencia y por sus cualidades de carácter.

Al primer examen, el doctor conoció la gravedad de la herida y envió á buscar á un compañero para hacerle participe de sus responsabilidades.

El golpe había sido violento y el arma, afilada y puntiaguda, penetró hasta el vértice del pulmón.

Los dos médicos se miraron con inquietud, sin atreverse á formular un diagnóstico preciso y sin poder obtener ningún dato útil del herido, obstinado en no hablar.

Al rayar el día acababan de hacer la primera cura.

La noticia empezó á saberse en la ciudad sin que Bruno necesitara mezclarse en ello. En casos semejantes siempre hay un vehículo desconocido que conduce las nuevas sin que se pueda precisar cuál es el punto de partida.

El conserje de la prefectura vió entrar á los médicos; de allí salieron los primeros indicios. Además, los dependientes de los médicos debían hablar.

A las siete de la mañana no se hablaba de otra cosa en las tiendas, en los cafés y en las oficinas de la ciudad: y poco tiempo después todo el mundo sabía que el prefecto había sido asesinado.

—¿No sabéis lo que sucede?—se oía preguntar.

—¿En dónde?

—En la prefectura.

—¿Qué ha pasado?

—No se sabe á punto fijo; pero se habla de un crimen, de un asesinato.

—¡Diablo!

En el fondo, se hablaba de esto con cierta satisfacción, porque aquel suceso venía á romper la monotonía de la vida del pueblo.

En una población como Bourges escasean las distracciones, y el crimen contra Roland daba materia para entretener á la gente por algunos días.

Además, el prefecto acababa de llegar y era muy poco conocido. Su desgracia no impresionó, por lo tanto, los sensibles corazones de aquellas gentes más que si se tratase

de un accidente ocurrido á un mandarín de China.

Pronto se oía por todas partes el relato del suceso, delante del edificio de la prefectura, y á las ocho de la mañana se repetían por todas partes diálogos como este:

—Han asesinado al prefecto.

—¡Bah!

—Es como lo digo.

—¿Quién ha podido ser el criminal?

—Eso es lo que no se sabe.

Bruno llegó á convertirse en una figura importante. Soportó una série de interrogatorios á los que contestaba invariablemente:

—No he visto nada... no sé nada... nada puedo decir.

El ex ayuda de cámara del conde de Magni experimentaba un gran menosprecio por la especie humana, producto de su larga experiencia al lado de uno de los hombres que conocían más á fondo á sus semejantes. Así es que de buena gana hubiera gritado á todos aquellos curiosos como se grita á una trahilla de perros en el monte... ¡Busca! ¡Busca!

A las ocho de la mañana, la vieja sirvienta de M. Alberto Tabouret, juez de instrucción, entró precipitadamente en el dormitorio de este. El juez dormía profundamente.

—¡Señor!—gritó al oído la criada.

—¿Qué hay? ¿Qué hay?—preguntó Tabouret abriendo con espanto los ojos.

—El procurador os manda llamar.

—¿Para qué?

—Para un crimen... segun dice el criado de M. Dubronier,

M. Dubronier, procurador general, era hombre muy considerado entre la magistratura de Bourges, por tres razones: por su indulgencia con las debilidades humanas, por tener un cocinero sin igual y por su excelente bodega. Era el reverso de M. Tabouret, hombre presuntuoso é implacable, que hubiera armonizado divinamente con la vieja marquesa de Lignerés.

—¡Un crimen!—exclamó M. Tabouret al oír á su criada.—¡Un crimen en Bourges! ¿Qué crimen?

—Parece que han asesinado al prefecto.

—¡Eso es admirable!—dijo sencillamente el juez, saltando de la cama con la agilidad de un clown.

Efectivamente, el hecho era admirable desde el punto de vista en que se colocaba M. Tabouret.

El asesinato de un prefecto era un negocio de sensación que le proporcionaba un motivo para ponerse en evidencia. No se trataba más que de una bagatela, de descubrir al culpable y arrancarle la confesión pe su crimen.

—¡Pronto! ¡La ropa, las botas, el sombrero!

En dos minutos el juez de instrucción estuvo vestido, transformado, dispuesto para entrar en funciones.

A las ocho y media entraba un conquistador en la prefectura, en donde se encontraban ya reunidos el procurador monsieur Dubronier, siempre sonriente, y el médico forense Mr. Perchon, dispuesto á re-

dactar un informe prolijo y oscuro, en desacuerdo siempre con el de los demás médicos.

Encontrábanse, además, en la prefectura seis gendarmes para escoltar á los jueces, el comisario central y dos escribanos: todos comentaban el suceso, pudiéndose resumir sus impresiones en tres palabras.

—¡Va á ser un asunto bonito!

—¿Se ha encontrado alguna pista?—pregunto el juez de instrucción.

—Ninguna todavía.

—¿Y piezas de convicción?

—Veremos ahora.

—¿Qué dice el prefecto?

—Nada: está muy mal.

Efectivamente. Después de la primera cura, cayó en un abatimiento completo sin darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor.

En honor de la verdad debe decirse, que lo mismo entre las autoridades, que entre los vecinos, dominaba la mayor indiferencia.

Los hombres como Roland Beroult pueden subir muy alto, imponerse, y dominar á los demás, conquistar la riqueza y el poder, pero no llegan á tener amigos: á lo sumo solo consiguen escitar la curiosidad pública.

Así sucedió en este caso: nadie se interesaba por la víctima; pero todos buscaban con ansia los pormenores del hecho.

Para el público, lo mismo que los magistrados, se planteaban estos tres problemas: Quién era el asesino,

Cómo se habia realizado el crimen.

Y las causas eficientes de él.

Comenzó el examen ocular y desde luego quedó comprobado un punto importante: el móvil del crimen no habia sido el robo, puesto que no habia ni un mueble forzado, ni un cajón abierto, ni un objeto fuera de su sitio.

El herido se encerró en un obstinado silencio, que los magistrados se explicaban fácilmente por lo grave de su situación. En realidad, aparte del daño físico, se sentía muerto moralmente, pero devoraba su ira. ¿A quién podía confiar sus secretos?

Se daba cuenta exacta de su situación, á consecuencia de aquel golpe, funesto para él en cualquier caso.

Detenido bruscamente en pleno éxito, en el instante en que tocaba la meta de sus ambiciones, la realización de todos sus deseos, veía cernerse sobre él un escándalo horrible que no podía contener. Las amenazas enigmáticas y frias del conde de Meillant le espantaban: conocía que tenia en él un enemigo peligroso. Hubiera querido á costa de todo hacer el silencio á su alrededor; alejar á aquellos magistrados que se arrojaban con verdadero encarnizamiento sobre aquella causa, llamada á obtener celebridad: pero era imposible.

No estaba en Bourges más de seis semanas y ya conocía á fondo á aquel Tabouret, célebre en el departamento por su severidad implacable, que necesitaba todos los días un delincuente á quien confundir, lamen-

tando no disponer de los medios de tortura de pasados tiempos, para obligar á hablar á los que se encerraban en el silencio. ¿Quién era capaz de impedirle que consagrarse toda su actividad al esclarecimiento de un asunto que podía darle tanta reputación?

Allí estaba aquel Tabouret examinando todas las fisonomías, inspeccionando los muebles, olfateando las huellas de sangre, las señales de las ensangrentadas manos, buscando al criminal para arrancarle la verdad, ni más ni menos que como el cirujano, en un parto laborioso, extrae con el forceps del seno materno al feto rebelde que se resiste á salir al mundo.

De pronto sus ojos se fijaron en el puñal que Bruno colocó deliberadamente debajo de la mesa, arrojándose á él como puede lanzarse un lobo sobre su presa, y agitándolo como un trofeo á la vista del procurador, gritó en un trasporte de alegría, intercalando latinajos en sus palabras:

--¡Eh! mirad.... *Hic jacet*.... Ya tengo la prueba... *lepus*... la liebre... Basta esta pequeña arma para dar con el criminal... y ¡pronto.

¡Ah! la empresa no podía ser larga ni difícil: un niño hubiera descubierto al dueño del puñal.

--Un arma de valor--dijo el excelente Dubronier.--Y aunque no os agrade, puedo decirlo de quién es.

--¡Vos!--exclamó el juez, relampagueándole los ojos.

--¡Yo!--dijo modestamente el procurador,

--¿Estais seguro?

--Como que forma parte de una colección que he admirado muchas veces.

--¿En dónde?

--En Maillepré.

El juez dió un salto en su asiento.

¡En Maillepré!--pensó.--Luego el asesino debía estar ligado á la altiva duquesa.

Alberto Tabouret se creció: el negocio que tenía á su cargo entraba en la categoría de las causas célebres, sin faltarle siquiera el sabor romántico que tanto las realza. Con ella se mezclaba el apellido de una gran señora del departamento.

Mientras pensaba en esto, el comisario recogía del suelo el pañuelo marcado con dos *MM* entrelazadas.

El juez lanzó un nuevo grito de sorpresa.

--Eureka... Este es el hilo de Ariadna: el asesino es una mujer.

--Es probable--dijo el procurador con ironía suavizada por cierta amabilidad.

M. Tabouret miró el pañuelo, examinándolo en todos sentidos, y de pronto tomó su resolución:

--A Maillepré--dijo--allí es donde debemos ir sin perder un instante. ¿No es ese vuestro parecer, mi querido procurador?

--Como gustéis--dijo Dubronier con indiferencia.

La alegría del juez de instrucción no tenía límites: nunca se le había ofrecido tan magnífica ocasión de adelantar en su carrera.

¡Qué causa!

¡Un asesinato!
¡Y qué asesinato!

Nada menos que el del primer magistrado del departamento, herido la víspera de su matrimonio en las circunstancias más tenebrosas.

¿Por quién? Por alguno muy próximo á esta opulenta familia, la flor y nata del país.

Tabouret estaba transfigurado. No tenía un céntimo; pero hubiera empeñado dos años de sueldo por un caso así.

—¡En marcha!—gritó con el mismo tono con que un general puede decir á sus ayudantes: «¡A caballo, señores!»

En casi todos los pueblos hay un servicio destinado á los miembros del tribunal, cuando tienen que trasladarse de oficio de un punto á otro, que corre á cargo de un contratista. Al poco tiempo de dar la orden Tabouret se detenían delante de la prefectura dos grandes landós, escoltados por los seis gendarmes de que ya hemos hablado, con gran admiración de la multitud extasiada ante aquel aparato de fuerza.

En uno de los carruajes se instalaron el procurador, el juez de instrucción, el médico forense y el sustituto.

En el otro tomó asiento el comisario con el escribano y dos agentes.

Bruno vió partir esta comitiva con la satisfacción del deber cumplido.

Había ejecutado al pie de la letra las órdenes de su amo.

Los dos coches fueron arrastrados al tro-

te de los cuatro caballos que tenían el honor de conducir á lo más florido de la magistratura de Bourges.

Los vecinos los veían pasar hablando del drama de aquella noche.

De todos los labios salían palabras parecidas á estas:

—Sí, querido, el prefecto ha sido asesinado, y hoy debía casarse.

—¿Con quién?

—Con una señorita del palacio de Maillepré, con la hija de una ayuda de cámara de la duquesa.

—¡Es increíble!

—¿Y ha muerto?

—Todavía no; pero está muy en peligro.

—¿No ha sido de la policía?

—Parece que sí.

—Entonces será alguna venganza.

—Es posible... De todos modos, la puñalada ha sido mortal.

—Así es.

El atentado y sus causas permanecían aún en el misterio.

Sin saber nadie de donde había venido el golpe, la mayoría se inclinaba á creer que no siendo un ladrón el asesino, aquello había de ser forzosamente el resultado de un drama de amor.

XVII

El puñal de los Médicis.

La primera persona que vieron los magistrados y su escolta, al llegar al palacio de la duquesa, fué á M. Godet, que no sospechaba nada del drama de Bourges.

El confidente de la señora de Maillepré estaba de muy mal humor á causa de la intrusión de Roland Beroult en la familia por su matrimonio con Blanca.

La proximidad de este odioso enlace, señalado para aquel mismo día, aumentaba su disgusto, y para distraerse fué á dar un paseo á caballo.

Al divisar á la comitiva, espoleó su cabalgadura, llegando detrás de los magistrados, á los que saludó cortesmente, estrechando la mano de su amigo Dubronier.

—¿A qué debemos el placer de veros?— le preguntó.

—¿No sabéis nada?—dijo el procurador admirado.

—¿Qué queréis que sepa?

—Lo que sucede, amigo mío.

—¿Pero qué sucede?

—¿Cosas de una gravedad!...

—¡Extraordinaria!—añadió solemnemente Tabouret.

—¿Cuales?

—Esta noche han intentado asesinar á M. de Serigné.

—¡Bah!—dijo el anciano sin expresar mucha emoción.—¿Y cómo?

—De una puñalada—contestó el juez de de instrucción, escudriñando en la mirada y en el aspecto del honrado M. Godet.

—¡Es muy extraordinario!

—Así es.

—Habrà sido alguna venganza—dijo M. Godet,—el desquite de algún pobre diablo á quien habrá perseguido...

Tal vez iba á añadir:

—Y á fé mia, que ha hecho bien.

Pero M. Tabouret, con el propósito de producir su efecto, enseñó de pronto al anciano el puñal diciéndole:

—¿Conoceis esto?

—¿Cómo si lo conozco?—dijo Godet frunciendo las cejas.—No solo lo reconozco, sino que lo reivindico como propiedad mia.

—¿Declarais que os pertenece?

—Seguramente: y podeis creer que me ha costado bastante.

—Pues bien; esta es el arma con que ha sido herido el prefecto.

—No tenía ninguna simpatía por ese jacobino, pero no podía suponer que me acusáseis de ser el asesino.

Al decir esto, entregó las riendas del caballo á un palafrenero y trató de apoderarse de su precioso puñal; pero Tabouret lo entregó al comisario, diciendo:

—Es una pieza de convicción y pertenece por ahora á la justicia. Mas tarde veremos. Ahora tenemos que interrogaros.

—¿A mí?

—Sin duda, á vos. Debemos buscar la verdad por todos los medios y teneis obligación de ayudarnos.

—Entremos, —dijo el anciano inclinándose.

Inútil es decir que la presencia de la justicia puso toda la casa en movimiento: á los dos minutos nadie ignoraba la noticia de que no había boda, porque el prefecto estaba muerto ó agonizando.

Al ver al procurador y al juez, Pedro de Meillant cogió las manos de Margarita, diciéndole vivamente emocionado:

—Ha llegado el instante crítico, y necesitais resolución. ¿La teneis?

—Sí.

—Juradme no abandonaros y defenderos diciendo la verdad, nada más que la verdad.

—Lo juro.

—Que resistireis á todas las amenazas, que no hareis nada sin consultarme.

—Sí, —dijo la joven.

—No recurrir á otro defensor,...

—Si vos quereis serlo...

—Yo os salvaré: os lo prometo. ¿Creeis que os salvaré?

Y al preguntar esto, procuraba penetrar con la mirada hasta el fondo de la conciencia de la joven.

—Sí, —murmuró ésta, como si la esperanza hubiera entrado en su corazón con la mirada del conde.

—Ahora, ni una palabra más. ¡No temais, yo vigilaré!

El procurador, el juez y su acompaña-

miento se habían posesionado del salón.

El escribano extendió sus papeles sobre la magnífica mesa en donde el día antes se había firmado el contrato de boda de M. de Serigné con Blanca Carol.

M. Tabouret, encantado, como se dice vulgarmente, por tener bajo su jurisdicción personajes tan importantes como los habitantes de Maillepré, se había apoderado de M. Godet y lo sometía á un interrogatorio.

—¿Vuestros nombres...? —le preguntó, añadiendo, por condescendencia especial: «si tenéis la bondad?»

—Ricardo Godet.

—¿Edad?

—Setenta y seis años.

—¿Vuestra profesión?

—Rentista.

El excelente anciano se preguntaba si aquello iba á durar mucho, cuando el procurador intervino diciéndole:

—¿No sabéis nada?

—Nada absolutamente. No sé más sino que ayer advertí la desaparición de ese pañal, que tengo en gran estima.

—¿Quién lo tomó?

—No tengo la menor idea de quién haya podido ser.

—¿Conocéis este pañuelo?

M. Godet lo examinó ligeramente y se estremeció al ver las iniciales bordadas en él: aquel pañuelo no podía ser más que de María Magdalena, su protegida, á la que amaba con ternura verdaderamente paternal.

—Yo no sé nada—dijo.

En este instante se abrió la puerta del salón y entró Pedro de Meillant seguido de la supuesta María Magdalena y de la duquesa, que acababa de dejar á Blanca, trastornada por la noticia que había impresionado á todos los habitantes de Maillepré.

M. Godet se levantó, y dirigiéndose á la duquesa la dijo en voz baja:

—¿Y vuestra hija?

—Se halla menos abatida de lo que pensé. Susana está con ella.

—¿Sabeis lo que sucede?

—Sí.

—¿Sabeis quién ha herido á ese hombre?

—Sí, lo sé: ¡mirad!...

M. Godet vió á Margarita aproximarse á los magistrados y la oyó decirles:

—Señores, no os molestéis buscando al culpable; soy yo.

—¿Vos?

M. Godet intentó avanzar hasta ella y taparle la boca; pero Pedro le contuvo con un gesto enérgico, diciendo á la vez:

—Dejadla que se explique.

M. Tabouret se volvió hacia los agentes; pero la joven movió desdeñosamente la cabeza, comprendiendo esta orden muda:

—No temais—dijo;—no trataré siquiera de huir. Si hubiese querido escapar á vuestra acción, no hubiera dejado esos objetos en vuestras manos, ese puñal que de me he servido, ese pañuelo con el que me he limpiado la sangre. Ese hombre me había robado, envilecido, haciéndome abandonar

el honrado nombre de mi padre, mancillado indignamente: me he vengado... y he vengado á otros conmigo.

—¿Tenéis cómplices?—preguntó el procurador con amabilidad.

—Ninguno: nadie conocía mi propósito.

—¿Cómo os llamáis?

—Margarita Souvray—dijo levantando la cabeza,—hija del coronel Souvray, caballero de la Legión de Honor, fallecido hace dieciocho meses en Serigné, cerca de Tours.

—Pero entonces—balbució M. Godet interrogando á Pedro de Meillant—esta no es María... la hija del...

—Ya os lo explicaré todo—dijo el conde estrechando la mano del viejo.—No la condenéis, porque es el corazón más noble que he conocido.

Al mismo tiempo entregó á la señora de Maillepré, aturdida por esta revelación, la carta que Margarita había escrito la víspera.

La duquesa la leyó rápidamente y la entregó á M. Godet, que la leyó á su vez, verdaderamente emocionado.

—¿De modo... qué confesáis?—preguntó de nuevo M. Tabouret.

—Todo—respondió Margarita.

—¿Habéis premeditado el crimen?

—Sí.

—Señores—dijo el juez levantándose,—nuestra misión ha terminado y queda extraordinariamente simplificada.

Dirigiéndose á los agentes, les dijo:

—Prended á esa mujer.

El procurador se sintió hondamente conmovido ante aquella hermosa joven de rasgos tan puros, de semblante franco y abierto, y le dijo:

—¿Tenéis que decir algo á las personas á quienes vais á abandonar?

Margarita hizo una inclinación de cabeza.

—Decidles lo que queráis.

La joven se dirigió hacia la duquesa, diciéndole en voz baja:

—Perdón, señora, por haberos engañado.

Fué á arrodillarse; pero la señora de Maillepré la recibió en sus brazos, diciéndole:

—Estáis perdonada. Defendéos, y nosotros os salvaremos.

Era un espectáculo verdaderamente extraño el de aquella joven acusada de un crimen, confesándose culpable, y que en el momento de caer en manos de la justicia se encontraba rodeada por una familia poderosa y colmada por todas partes de testimonios de amistad y estimación.

M. Godet, sin saber por qué, la encontraba heroica, faltándole poco para ponerla al nivel de Carlota Corday. Unicamente la señora de Lignerres se mantenía reservada, desdeñosa, agitada por sentimientos contrarios, sobre los que dominaba el temor por su hijo, aun no bien curado de su pasión; sorprendida también por la invasión de la justicia en aquella casa, turbando su paz, á consecuencia de un crimen, cuyo fin y causas no acababa de comprender. Estaba verdaderamente disgustada de lo que sucedía; pero en medio de todo, hubiera deseado me-

nos miramientos y más severidad hacia aquella criminal, á quien su hijo Roger, no atreviéndose á acercarse á ella, contemplaba con aire compasivo: le irritaba el enternecimiento que revelaban las fisonomías de casi todos los presentes.

Felizmente, M. de Tabouret estaba sobre aviso, y éste fué el único á quien la marquesa de Lignerres encontró á la altura de sus funciones. El juez no ocultaba al procurador, con el que por otra parte no se atrevía á romper, á causa de las excelentes comidas de la casa Dubronier, que le admiraba su excesiva indulgencia. De nuevo intimó la orden á los agentes, que se acercaron á Margarita. Esta, cambiando una mirada con Pedro de Meillant, se dispuso á seguir á sus guardianes.

Roger de Lignerres la esperaba en la terraza, extinguidos ya sus celos; pues si Margarita había herido á aquel rival á quien el marqués odiaba instintivamente, era prueba de que no le amaba. Era lo único que le importaba en aquel asunto, en todo lo demás lleno de oscuridades para él.

—¡Señorita!—murmuró con voz suplicante, cuando pasó ella por su lado.

—Ya veis que os habían engañado—le dijo ella dirigiéndole una mirada llena de reproches.

Y con acento de amargura añadió de una manera que cerraba la puerta á toda esperanza:

—Adiós... para siempre.

Un momento después los carruajes toma-

ban el camino de Bourges al trote de los caballos.

En el primero, M. Tabouret decía al procurador:

—¿Qué asunto! ¿eh?

—¡Oh, hay que esperar!... ¡Ya veremos!— contestó M. Dubronier.

En el segundo carruaje, Margarita Souvray, entre los dos agentes, con las esposas en sus delicadas manos, la cabeza inclinada sobre el pecho, bajo el ojo vigilante de sus guardianes, abandonaba tristemente el magnífico palacio de Maillepré, último asilo de donde la arrancaba el genio del mal, y que iba á cambiar por una triste celda de cárcel.

XVIII

El testamento.

No habría la comitiva judicial recorrido la mitad del camino de Maillepré á Bourges, cuando se detuvo otro coche á la puerta del palacio.

En aquel momento, M. Godet, Pedro de Meillant y la duquesa, acababan de tener una entrevista, por lo que se vió, muy tranquilizadora para el anciano y para la señora de Maillepré, pues sus semblantes aparecían serenos.

M. Godet se disponía á marcharse con la agilidad de un hombre á quien acaban de quitar cien kilogramos de peso de las espaldas; para producir este resultado fueron suficientes algunas palabras de Pedro de Mei-

llant. La duquesa, por su parte, se disponía á volver al lado de Blanca Carol, retirada en su habitación, cuando entró un criado llevando una tarjeta en una bandeja de plata.

M. Godet se apoderó inmediatamente de ella y leyó en alta voz:

«M. Champier, notario, calle de Richelieu.»

—Hacedle pasar—dijo M. Godet.

¿A qué iba á Maillepré este notario, á quien ninguno conocía personalmente? Monsieur Godet revelaba gran curiosidad, el conde parecía adivinar el objeto de aquella visita: la duquesa, presa de grandes inquietudes, se dejaba dirigir como una niña por su viejo amigo y por su pariente.

El misterio se iba aclarar en seguida.

M. Champier era uno de los notarios más reputados y más ricos de París; uno de esos hombres que honran una carrera y ejercen como un sacerdocio su profesión, que les hace depositarios, lo mismo que á los confesores, de secretos de que dependen la honra y la fortuna de las familias.

Al entrar saludó á la duquesa, diciéndole:

—Vengo á cumplir una misión delicada de que estoy encargado hace tiempo—veintiún años próximamente—por uno de mis mejores clientes. ¿Puedo hablar delante de estos señores?

La señora de Maillepré hizo una inclinación y dijo:

—M. Godet es mi mejor amigo: el conde de Meillant es mi sobrino, á quien considero como hijo, y no quiero tener secretos para ellos.

Al decir esto invitó á sentarse al notario, el cual siguió diciendo:

—Tenéis á vuestra lado, señora duquesa, una niña á la que profesais gran afecto.

—¿Blanca Carol?

—Ese es su nombre, efectivamente. ¿Esta joven debía casarse hoy mismo, si no me equivoco?

—Es exacto.

—No he tenido noticia de este matrimonio hasta ayer por los periódicos, de otro modo os hubiera hecho ántes la notificación que hoy vengo á haceros. ¿Esta joven debía contraer matrimonio con M. de Serigné, prefecto del Cher?

—¿Sabéis la novedad?—observó M. Godet.

—¿Os referis á la tentativa de asesinato del prefecto?—preguntó el notario.

—Justamente.

—Lo supe en Bourges al llegar anoche, pero como el matrimonio solo está aplazado por una circunstancia imprevista, creo de mi deber ponerlos al corriente de un asunto del mayor interés para la joven Blanca.

Ved de lo que se trata. M. de Montevrón, mi cliente, segun acabo de manifestar, ha legado, por razones que no he de investigar, toda su fortuna á Blanca Carol, que debía tomar posesión de ella al entrar en la mayoría de edad ó al contraer matrimonio. El testador no ha perjudicado á nadie por favorecer á esta joven, puesto que no tenía más que unos parientes lejanos, y estos han recibido importantes sumas por su orden.

—¿De modo—preguntó M. Godet—que el

pobre Montevrón dispuso las cosas como decís?

—Seguramente, y yo estoy encargado de su ejecución.

—Su fortuna era grande, por lo que yo recuerdo.

—Cerca de tres millones en inmuebles de primer orden. Poco capital, porque el conde gastaba mucho tren. Pero desde su muerte se han realizado economías obligadas, y la fortuna pasa hoy del doble.

M. Godet miró á la duquesa y á su amigo, los cuales comprendieron la significación de esta mirada, que quería decir: «He aquí el secreto del gran amor y del hipócrita desinterés de ese odioso Beroult».

Y dirigiéndose al notario, preguntó:

—¿Sabéis si el secreto de estas disposiciones del conde Huberto de Montevrón ha trascendido fuera de vuestro despacho?

—Desgraciadamente, sí—contestó monsieur Champier.

—¿Qué os induce á creerlo así?

—Tengo en los alrededores de París una casa de campo, rodeada de un parque muy extenso, y tenía la costumbre de guardar en ella los papeles y la correspondencia que quería sustraer á la curiosidad. En aquella casa tenía bastante personal de jardineros y de guardas para garantir la seguridad de estos papeles. Me engañaba al creerlo así, porque un día, sin que yo haya podido averiguar cómo ni por quién, el armario fué forzado, robados muchos papeles que yo creía que sólo tenían valor para mí, entre

ellos la correspondencia del conde de Montevrón.

—¿No os robaron dinero? — preguntó M. Godet.

—Ni dinero ni objetos preciosos, ni nada que tuviese valor intrínseco.

—Pues bien; yo puedo indicaros algo acerca de lo que sucedió entonces.

—¿Vos?

—Yo. El hombre herido esta noche en Bourges ha ocupado un puesto importante en la policía...

—¿M. de Serigné?

—Sí, M. Roland Beroult, llamado de Serigné... Este Beroult conoció, no sé cómo, á la pobre Blanca en el colegio...

—Adonde algunas veces fui yo á verla—añadió Champier:—al colegio Beringer...

—De odiosa memoria—concluyó el viejo.

—Este personaje no llevaba más fin que el de una especulación al casarse con Blanca: conocía el secreto que hoy venís á revelarnos.

—¡Me dais mucha luz! —murmuró el notario medio convencido.

Pedro de Meillant escuchaba sin hablar; pero su excelente memoria iba catalogando estos nuevos datos: apenas le faltaba uno para completar su colección, y ese sabía en dónde encontrarlo.

—Mi querido notario—continuó M. Godet,—nunca os agradeceremos bastante el paso que habéis dado, aunque al presente no se hayan realizado las condiciones impuestas por el conde de Montevrón. Blanca Ca-

rol no será mayor de edad hasta dentro de algunos meses; no se ha casado, y su matrimonio se ha aplazado indefinidamente, y si he de revelaros todo mi pensamiento, abrijo la esperanza de que no se realizará, dicho sea entre nosotros. Sin embargo, os agradeceremos que reveléis en nuestra presencia á esta pobre niña lo que nos habéis revelado, y de este modo conocerá los verdaderos sentimientos de su futuro, cuya pretendida generosidad ha sido, seguramente, su más eficaz medio de seducción.

M. Godet tocó un timbre, y al instante apareció la graciosa figura de Justina Savart.

—Decid á la señorita Blanca que tenga la bondad de bajar—ordenó el anciano.

La señora de Maillepré se había dejado caer sobre un sillón y ocultaba el rostro entre las manos.

Blanca entró pálida y abatida, trocadas sus galas de novia por un sencillo traje negro. Al ver al notario, pareció inquietarse y dió un paso atrás. M. Godet la llamó con un gesto paternal, diciéndole:

—No temas nada... acércate.

La joven obedeció; pero manteniéndose en actitud tímida, como una colegiala sorprendida en falta.

La noticia del atentado contra M. de Serigné fué para ella un golpe terrible, no porque el prefecto le inspirase uno de esos amores inextinguibles, sino porque tantas sacudidas eran demasiado para su organización débil y nerviosa, y además porque se

sentía avergonzada de su falta, por la cual parecía haberse turbado la tranquilidad de aquella casa, que había amparado su juventud y en donde siempre había sido ella bien tratada.

M. Godet la tomó en sus brazos, y dijo señalando á Champier:

—Mirale; es la fortuna, la riqueza que viene á buscarte; una fortuna inmensa.

—¡No comprendo!—murmuró Blanca.

—Uno de mis clientes—dijo el notario—muerto hace años, os legó todos sus bienes, que deben seros entregados el día de vuestro matrimonio ó al cumplir la mayor edad.

La frente de Blanca se nubló, y estremióse como si viera abrirse á sus pies un precipicio. Aquella declaración, en vez de alegrarla, pareció sorprenderla dolorosamente.

Acababa de ver con claridad. Ella era rica y él lo sabía: no era, pues, á ella, sino su riqueza lo que él ambicionaba.

—¡Ah!—exclamó, llevándose la mano al corazón.

Después, haciendo un gran esfuerzo para aparecer serena, dijo friamente:

—¿A cuanto ascienden esos bienes?

—De cinco á seis millones.

Acababa de comprender el secreto de la adoración de Roland.

—¿Y de dónde procede esa riqueza?

—El donante—contestó el notario—se llamaba el conde Huberto de Montevrón.

Blanca quedó un instante pensativa, en seguida preguntó, dirigiéndose al notario:

—¿No acabais de decir que murió hace muchos años?

—Sí, poco después de vuestro nacimiento. Reinó en el salón profundo silencio.

Blanca Carol permaneció indecisa por espacio de un minuto: sus miradas iban desde M. Godet y Pedro de Meillant, fijos en ella, al semblante de la duquesa, que ésta procuraba ocultar entre sus manos.

—Caballero—dijo por fin al notario—yo no pienso casarme, y tal vez no llegue á mi mayor edad... No puedo, pues, entrar en posesión de esta fortuna: la rehuso.

Y esforzándose por contener las lágrimas, fué á arrodillarse delante de la duquesa, diciéndole con voz dolorosa:

—Señora, os pido perdón por mi falta... No quiero aceptar nada de nadie... porque me basta con vuestra protección... Permittedme que no os abandone... nunca.

La señora de Maillepré, vencida al fin por esta sumisión, la rodeó con sus brazos estrechándola contra su pecho, mientras murmuraba á su oído:

—¡Hija mia, hija mia!

XIX

La última correría de M. de Meill'ant.

Lo que los periódicos de París y de toda Francia llamaban el acontecimiento de Bourges, hacía mucho ruido.

Por mañana y tarde se publicaban extraordinarios con nuevos pormenores de

aquel drama, que en definitiva más demostraban el ingenio de sus autores que la seguridad de sus informes.

Realmente, en la misma prefectura fueron pocos los sorprendidos por esta catástrofe, y menos los que simpatizaron con la víctima.

El paso de Roland por la calle de Jerusalen había dejado recuerdos poco favorables, y si nadie negaba su inteligencia superior, todos apreciaban sus cualidades morales como él merecía.

Los agentes subalternos no se privaban de manifestar sus sentimientos, y especialmente Pablo Bordier trataba á su antiguo jefe con una despreocupación que acusaba la existencia de antiguos rencores.

Cuando la noticia del hecho estalló en Bourges como una bomba, el antiguo agente del secretario general se encontraba con el compañero moreno, que le había ayudado en la *razia* del boulevard Clichy.

—Ahora bien, Pitot—le decía,—el patrón ha sido castigado, y muy severamente, á lo que parece. No soy profeta, pero habría apostado treinta contra diez, á que se llegaba á esto que ha sucedido.

Bordier se alegraba: aquella puñalada hacía pagar á Roland sus mezquindades, su avaricia y su insolencia.

Pero la alegría del agente llegó á su colmo al publicar los periódicos el nombre de la heroína del drama, Margarita Souvray.

—Ya sabes quien es—decía á su compañero—la muchacha del boulevard Clichy,

la que hizo llevar á San Lázaro... ¡Ah! ¡si yo fuese jurado, no la condenaría!... Dicen que solo está herido... verdaderamente merecía más.

Y mientras decía esto, pensaba Bordier en que si encontraba el joven que había ido á la calle de Douai á preguntar por Margarita, seguramente pagaría bien lo que él podía contarle.

El agente no se engañaba; ¿pero en dónde encontrar al desconocido que daba dos lises á una portera por algunas palabras?

Aquella misma noche, después de leer en los periódicos el nombre de la joven que había herido al prefecto, fué á dar una vuelta por la calle de Douai, con el propósito de adquirir informes por la portera. Encontró á ésta, como de costumbre, en su habitación.

—Hay novedades, señora Mederic—dijo Pablo.—Ya se sabe quien es el autor del crimen de Bourges.

—¿Ya?

—Sí, y cuando os lo diga, os asombrareis. Ha sido una joven.

—¿De veras?

—Una joven á quien conoceis.

—¿Yo?

—Vos: como qué ha vivido aquí.

—¿Hace mucho?

—Poco, y lo que es más; aun tiene aquí su habitación.

—¿La señorita del quinto piso?—exclamó la portera.

—Habeis acertado.

—¿Os burlais?

—Os digo la pura verdad.

—¡Nunca lo hubiera creído! Una muchacha mansa como un cordero.

—Lo era efectivamente.

—¿Habrá cambiado?

—Se puede ser muy bueno, pero llega un instante en que se pierde la cabeza... No creeríais si os lo dijera, lo que ese bandido ha hecho padecer á esa infortunada.

—¿Está presa?

—Ya lo creo... Y á propósito—dijo interrumpiéndose, ¿no ha venido nadie á buscarla?

—No.

—¿Os acordais de aquel joven?...

—¿El de los dos luises? Esas personas no se olvidan.

—¿Y no ha vuelto?

—¡Ay, no! Ahora comprendo que no os disgustaría encontrarlo.

—Es posible.

—No es probable que se ocupe ya de ella: una mujer que ha asesinado á un hombre y presa en la cárcel...

—¿Quién sabe?—dijo Pablo Bordier.

En el fondo, él creía lo mismo que la portera.

Salió de la casa muy contrariado y con muy mal humor, dirigiéndose hacia el Sena, encontrando á su compañero Pitot y á otros camaradas en un innoble restaurant de la calle de la Grande Truanderid, en donde comió, pensando en el modo de sacar provecho del ruidoso crimen de Bourges.

Al volver á su casa de la calle de Orfèvres, se detuvo contra su costumbre, para preguntar á la portera si habia alguna noticia ó carta para él.

—¿Para vos?... ¡ah! sí!.. esperad... ha venido un señor...

Bordier estuvo para dar un salto.

—¿Un señor?... ¿Cuándo?

—Hará unas dos horas.

—¿Joven ó viejo?

—Joven.

—¿Qué señas tiene?

—Solo me he fijado en que no lleva barba.

Bordier respiró fuertemente: aquel era el joven desconocido. No podia ser otro.

—¿Qué le habéis dicho?—preguntó á la portera.

—Que no estabáis.

—¿Y él?...

—Ha dicho que volverá mañana, á las siete sin falta, y deseaba que le esperaséis si era posible.

—Sí, sí, le esperaré,—se dijo Bordier.—¿No sabéis nada más?—preguntó en alta voz.

—Sí, se que este señor es muy generoso... me ha dado...

—Dos luises—interrumpió el agente.

—¡Calla! ¿Cómo lo sabéis?

—Es su costumbre. Buenas noches.

Pablo Bordier subió con una agilidad sorprendente la escalera hasta el quinto piso.

Arregló los pocos muebles de su habitación, y se acostó satisfecho de su fortuna.

Pensando en su antiguo jefe, decía:

—¡Ah! miserable, egoísta, avaro, ladrón, ya se te atará corto! ¡Canalla! ¡Bandido!

Al día siguiente, á las seis y media, estaba preparado para recibir la anunciada visita.

A las siete, con exactitud militar, llamaron á la puerta, apresurándose Bordier á franquear la entrada al desconocido, que era, como él había pensado, el joven de la calle de Douai.

—¿Mr. Bordier?—preguntó el conde.

—Servidor vuestro.

El agente ofreció cortesmente una de las dos sillas que tenía, diciendo:

—La administración no nos proporciona un alojamiento muy lujoso: ¿queréis sentaros, señor?

—De buena gana.

—¿En qué puedo servirlos? ¿Acaso se tratará de algo referente á la joven de la calle de Douai?

—¡Ah! ¿Sabéis?...—dijo tranquilamente Pedro de Meillant.

—Se muchas cosas que le conciernen.

—Así lo he creído.

—¿Os interesais por ella?

—No lo oculto, pero no deseo saber más que la verdad.

Bordier sonrió, como si quisiera indicar al joven que la verdad que él sabía respecto de su protegida era bastante agradable, contra lo que suele acontecer generalmente; pero se guardó de hablar esperando las proposiciones del conde, pues tenía por seguro

que quien daba dos luises á una portera por una noticia insignificante, no vacilaría en derramar el oro para obtener las revelaciones importantes que buscaba.

Pedro de Meillant no le hizo esperar mucho.

—Lo que sabéis—dijo al agente, lo sé también yo. Pero tenéis sobre mí la ventaja de poder probarlo, y de esta prueba depende la vida, ó por lo menos la libertad de la joven de que se trata. Hablaré con toda franqueza: quiero salvarla, y la salvaré, con vuestra ayuda ó sin ella; pero no tropezaré con tantos obstáculos si os decidís á cumplir un deber de hombre honrado, confirmando con vuestro testimonio las declaraciones de esta infeliz, impulsada por ultrajes sin número á una venganza casi legítima. ¿Lo habeis entendido?

El conde hizo una pausa, que aprovechó Pablo Bordier para reflexionar.

—Lo que me proponéis—dijo al fin—es grave. Se trata del secreto profesional. ¿Qué dirían mis camaradas? Convendréis conmigo, pensándolo bien, que no es tan fácil como parece. Cada oficio tiene su especie de dignidad.

Y bruscamente, añadió:

—Comprendo perfectamente lo que queréis. Esa joven os habrá referido la historia de su inscripción en la prefectura, su estancia en San Lázaro..... Entre nosotros, no tengo inconveniente en decir que era tan culpable como las monjas del Sagrado Corazón. Pero nosotros teníamos órdenes superiores...

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALFONSO RAYOS
1926, 1625 MONTERREY, MEXICO

Supongamos que accedo á lo que me pedís, y me expongo no solo á la prisión, sino á ser vejado de todas maneras cuando tenga que andar por esos mundos ganándome la vida. No esto solo, sino que los jurados pensarán que he recibido dinero por mis declaraciones, me encarcelarán por falso testimonio y se sostendrá la perfecta legalidad del proceso verbal que hicimos contra esa muchacha... El caso es más escabroso de lo que imagináis.

Pedro de Meillant no dejaba de conocer que en parte era cierto cuanto decía el agente; pero creía que se encontraría un medio para vencer los obstáculos. Pensaba cuál sería éste, cuando Bordier dijo de pronto:

—Comprendéis, seguramente, la dificultad; pero, á pesar de todo, puede arreglarse.

—¿Cómo?—dijo el conde.

—La noche en que detuvimos á vuestra joven, íbamos dos compañeros... El otro es un verdadero perro de presa; pero está tan harto como yo del oficio y... como yo, no desea más que vivir desahogadamente en un rincón... Nosotros obedecíamos... se nos daban algunos centenares de francos por la comisión... ¡Dos testigos valen más que uno!... ¡Sois rico!... Sacadnos de la miseria y nuestro asunto irá como sobre ruedas... He aquí el medio.

—¿Qué necesitáis?

—¿Por declarar sencillamente la verdad?

—Nada más que eso, entendedlo bien... como testigos ante el tribunal de Bourges... nada más que la verdad.

Pablo Bordier miró al joven como queriendo saber hasta qué punto podía ser exigente; pero no leyó en aquella fisonomía franca más que una lealtad bondadosa.

—Escuchadme—dijo,—siempre he soñado con marcharme lejos de aquí... á Argelia por ejemplo, establecerme y vivir tranquilamente en medio de una posición desahogada.

—Es una excelente idea.

—Pitot, el camarada de quien os he hablado, que ha servido en el ejército, me la sugirió.

—¿Y él querria hacer lo mismo?

—Seguramente: no pasa día sin que me hable de ello.

—Tiene razón.

—Sí, pero falta el dinero... Ya veis este mobiliario, que no es de ningún potentado... pues es todo cuanto poseo: Pitot no está mejor que yo. Y con esto no se puede fundar una colonia.

—Por consiguiente—añadió Bordier animándose—si queréis salvar á la joven, esta sería una excelente ocasión. Pitot y yo diríamos: «Serigné nos mandó detenerla á toda costa... de orden superior», según él decía. Nosotros eramos unos pobres agentes y obedecemos.

¡Qué triunfo para vuestro juego! ¿Eh?

—Tengo otros—dijo el conde sonriendo.

Bordier se estremeció viendo desvanecerse su sueño.

Pedro de Meillant adivinó su angustia y le dijo;

—Tengo, otros, efectivamente, pero necesito este. ¿Qué os hace falta para estableceros en Argelia.

—Os vais á espantar.

—Decidlo.

—Sería cosa de treinta mil francos para cada uno.

—¿Nada menos?

—Se podría tal vez reducir un poco la suma, insinuó Bordier; pero pensad que se necesitan tierras, una casa, caballerías, muebles, todo un ajuar, no contando el viaje...

—¿Y jurais decir lo que sepais?

—Desde luego.

—¿Respondéis del otro?

—Como de mi mismo.

—Pues bien, trato hecho. Podéis hacer una buena acción, salvar á una inocente, y realizar vuestro sueño, comenzando una vida nueva. Yo os prometo los treinta mil francos que pedís.

—¿Para cada uno?

—Sí, para cada uno de vosotros—repitió el conde.—Podéis fiaros de mí... tengo una excelente memoria... la mejor prueba es que no he olvidado vuestro nombre á pesar de no haberlo oído más que una vez.

—Sois una excelente persona y habréis hecho felices á dos hombres.

El agente se desahogó á su gusto. Réfrío todo cuanto había pasado, los vergonzosos secretos de la calle de Jerusalem, las infamias de que había sido testigo y á veces actor.

Cuando el conde lo supo todo y lo hubo

coleccionado en su memoria, sacó de su cartera dos billetes de quinientos francos y dijo:

—Para vos y para vuestro amigo. La noche de la vista de la causa recibiréis la suma que os hará libres. Y si el éxito corona nuestros esfuerzos, no os daré treinta mil francos, sino doble cantidad. Quiero que bendigáis más tarde el nombre de la pobre mujer á cuya salvación contribuiréis. Hasta la vista.

El conde salió y Bordier, fascinado como si la fortuna hubiese entrado en su casa, pasaba la vista por la tarjeta que el joven dejó al lado de los billetes, en la cual se leía:

PEDRO DE MEILLANT

Meillant (Cher.)

Al siguiente día entró el conde en su casa repleto de placer.

Había ido á París en busca de un testigo y volvía con dos, que no creyó que le costaban muy caros, decidido como estaba á recobrar el honor y la libertad de Margarita á costa de su fortuna entera.

XX

Torquemada fin de siglo.

Margarita quedó incomunicada en su celda.

La incomunicación separa al preso del

mundo, le aísla en medio de sus pensamientos por una muralla peor que la de la China. No se vé á nadie, no se oye hablar, no se reciben cartas ni periódicos: si el mundo se volatilizase todo él, menos la cárcel, el incomunicado no sabría nada.

Los sabios creen que este sistema es excelente para volver locos á los presos. Al cabo de algún tiempo, más ó menos, según la resistencia del preso, un buen juez de instrucción puede sacar todo el partido que quiera.

Esta es la regla general; pero en toda regla hay excepciones. M. Alberto Tabouret, tiranuelo de Bourges y terror de los criminales del departamento en el año de gracia de 1871, tenía entre sus uñas á Margarita Souvray y no esperaba soltarla sin un éxito para él, es decir, sin haberla deshonrado con una sentencia en forma, condeñándola á trabajos forzados cuando menos, ó á veinte años de reclusión.

Para él constituía una voluptuosidad indecible analizar detenidamente su pasado; estudiarla en todos sentidos, sorprender sus más íntimos pensamientos y tenderle en cada entrevista un nuevo lazo, en que ella nunca caía.

Como los mártires cristianos, estaba sostenida por la fuerza inmensa de la fé.

Pensaba en las palabras de Pedro de Meillant, meditaba sus consejos, se forjaba la ilusión de oír su voz grave y dulce, y tenía confianza en aquel defensor que se le había ofrecido cuando se creía abandonada de to-

dos. Complaciase pensando en él, y sostenida por una vaga esperanza, resistía con energía los ataques del juez, á quien nadie, por otra parte, disputaba su presa.

Los demás magistrados, Mr. Dubronier, por ejemplo, esquivaban modestamente aquel honor, dejándole la gloria y las responsabilidades de sus descubrimientos.

El juez de instrucción era, por lo tanto, entonces la persona de más viso en Bourges: todos los ojos se fijaban en él.

A los ocho días del crimen, no había adelantado un paso. Su prisionera se negaba á toda explicación, limitándose á decir por toda respuesta:

—Ya oireis á mi defensor.

M. Tabouret fruncía el entrecejo y se mordía los labios.

¿Quién sería aquel defensor misterioso?

La presa no lo decía, estrellándose en su firmeza amenazas, súplicas y benevolencia.

Entonces pensó el juez vencer esta resistencia por la soledad. De buena gana habría sometido á su paciente al régimen de pan y agua y á todas las torturas, para hacerla hablar; pero, por desgracia que él deploraba amargamente, sus derechos, en este punto, estaban bastante restringidos por la ley.

Al engolfarse en la investigación de los antecedentes de la joven, el juez caminaba de sorpresa en sorpresa. Poseía documentos concluyentes, pruebas abrumadoras, de las que hablaba á sus compañeros enigmáticamente, dejándoles entrever que les reservaba una serie de extraordinarias sorpresas,

—¡Oh!—decía á Dubronier—¡lo que se descubre al examinar este proceso! Ya vereis, amigo mio... ya vereis... ¡Condena segura!

—Pero, ¿y la causa del atentado?—objeta-ba Dubronier.

Sí, la causa. ¿Por qué aquella joven había querido matar al prefecto? Este era el punto oscuro de aquel proceso para todos.

Cuando se preguntaba esto en presencia de Tabouret, sonreía maliciosamente. ¡La causa del crimen!—pensaba él—¡Si era la cosa más fácil del mundo averiguarla!

El tenía su sistema, como lo tienen todos los jueces; solo que el suyo no lo había inventado él: le había sido inspirado en dos palabras por el prefecto mismo, que apenas podía hablar; y este sistema á los ojos del juez era inexpugnable. Además, esperaba confirmarlo con la confesión de la prisionera.

El 20 de septiembre, creyendo que estaría suficientemente debilitada para sufrir el interrogatorio decisivo, dió orden para que Margarita se presentase ante él.

Al verla pálida, con las señales de la fatiga en sus maneras, el juez la examinó con cierta complacencia, como recreándose en aquella obra exclusivamente suya.

El escribano, joven todavía, bromista, gran jugador de dominó y de naipes, nada tonto, detestaba, como todo el mundo, á Tabouret.

Casimiro Boulard, este era su nombre, contempló á la joven con ojos en que se leía cierta piedad y mucha admiración.

—¡Hermosa joven!—se dijo.

Y completó su pensamientos con este otro:

—Sería verdaderamente sensible privar á la sociedad de tal ornamento.

Y efectivamente, las huellas de los sufrimientos hacían aparecer más hermosa á la desgraciada joven.

Tabouret, á pesar de sus buenos deseos, solo había conseguido, con su feroz sistema, hacer resaltar la belleza de Margarita.

—Tened la bondad de sentaros—le dijo; —tengo que hablaros largamente. Ha llegado el instante de dar por terminada la causa y remitirla al tribunal, y no debo ocultaros que la instrucción está completa.

El escribano se apresuró á ofrecer á la detenida, guardándole verdaderas atenciones, una silla, colocándola próxima á la mesa del juez.

—Señor juez—dijo la joven, admirada de la cortesía de M. Tabouret,—¿me será permitido hacer una pregunta?

—Hacedla.

—He preguntado á mi carcelero.....

—¿Sobre qué?

—Acerca de M. Beroult.

—Podriais decir M. de Serigné.

—M. de Serigné, si así lo deseais.

M. Tabouret acababa de ceder á su temperamento autoritario, corrigiendo con dureza lo que él tomaba por una insolencia de la prisionera. Procuró dominarse en seguida, porque en aquel empeño definitivo no quería perder ninguna de sus ventajas.

Hasta entonces no había habido, puede

decirse, más que escaramuzas sencillas: el interrogatorio de aquel día era á los ojos del juez el combate decisivo, con el cual pensaba coronar su triunfo.

—¿Y el carcelero no os ha contestado?— dijo el juez en tono familiar.

—En efecto—respondió ella.

—No es entrafño, porque tiene sus órdenes.

—Eso me ha dicho.

—¿Os interesa la salud de M. de Serigné?

—Desearía sencillamente saber si ha muerto.

—¿Os apesadumbraría eso?

La joven guardó silencio.

—Sería tener un buen sentimiento natural. Nada me impide tranquilizaros respecto de este punto.

—¿Vive?

—Sí; pero debo añadir que no está bien. Los médicos no se atreven á dar esperanzas, porque se ha declarado una gran inflamación y está expuesto á una fiebre intensa. Yo le he interrogado, obteniendo solamente algunas palabras razonables. ¡Ah! herís con demasiada fuerza para manos tan pequeñas. Y ahora vamos al objeto de esta audiencia. Recapitulemos—prosiguió.—¿Vuestro padre era coronel retirado?

—Sí, señor.

—¿Se había retirado á Serigné y habitaba el hotel llamado del Fresne?

—Sí, señor.

—¿Murió el año pasado, el día 21 de febrero, en aquella casa?

—Sí, señor.

—¿Teníais una hermana menor llamada Luisa?

—Sí, señor.

—¿Esta hermana padecía una enfermedad incurable, la tisis? ¿Después de morir vuestro padre os encontrasteis sin recursos y fuisteis á París en busca de trabajo? ¿Allí murió vuestra hermana, en una casa de la calle de Douai?

—Sí, señor.

—Todavía tenéis alquilada esa casa... Os he dejado tranquila durante los últimos días; pero yo no he perdido el tiempo. Habéis confesado vuestro crimen sin dificultad y debo aplaudir vuestra franqueza... Lo mejor siempre es declarar sinceramente la verdad... Esto es un buen precedente que se tiene muy en cuenta.

El escribano hizo una mueca con los labios, procurando advertir con una mirada á la presa; pero inútilmente. Margarita tenía sus ojos fijos en los del juez de instrucción.

M. Tabouret continuó:

—En París estabais casi sin recursos.

—Es verdad.

—Sin embargo, asegurabais que vuestro padre tenía fortuna.

—Sí, señor.

—En vuestra opinión, os había sido robada.

—Efectivamente.

—¿Por quién?

—Por el hombre á quien he herido.

—Convenid en que eso es muy inverosímil.

—¿Por qué?

—M. de Serigné gozaba de buena posición, como hijo único de un padre que pasaba por rico.

—Se puede ser rico y aspirar á serlo más.

—Además, ¿cómo podía apropiarse monsieur de Serigné la sucesión de vuestro padre? Parece una cosa muy difícil.

—Mi defensor lo dirá.

—Hariais mejor diciéndolo vos misma.

—No tengo pruebas y no me creeriais.

El escribano se volvió hacia la pared para ocultar una sonrisa de satisfacción.

—¡Muy mal, muy mal!—pensaba.

—Esa fortuna no era imaginaria ni fabulosa—dijo Margarita con gran seguridad—existía.

—Ya sé...—dijo Tabouret, consultando sus notas—Tengo documentos que acreditan haberse propalado por el departamento después de la muerte del coronel, rumores infundados, según certifican las autoridades.

—No eran infundados; carecían de pruebas; lo cual es distinto—afirmó la joven.

—¿A cuánto ascendía aquella fortuna, según vuestros cálculos?

—A veinte mil francos de renta próximamente.

—¿Y se evaporaron como humo, sin dejar rastro?

—Sí, señor.

—Es bien singular. ¿No os parece?

—Así es.

—¿Y osais lanzar una acusación tan grave como inverosímil contra vuestra víctima? Margarita no respondió.

—Debo preveniros—continuó diciendo severamente el juez—que os será funesto el calumiar así ante los hombres honrados que deben juzgaros.

Margarita continuó callando, acordándose de la recomendación de Meillant: «Decid la verdad en pocas palabras.»

—Continuemos—dijo el juez con síntomas evidentes de impaciencia.—¿Qué hicisteis en París?

—Busqué trabajo sin encontrarlo.

—Y entonces—tengo el disgusto de entrar en este terreno—recurristeis á los medios más viles y vergonzosos para procuraros los recursos de que carecíais.

—¡Eso es falso!

—Está confirmado por documentos irrefutables que tengo en mi poder.

Margarita se puso pálida de indignación, pero no discutió; limitándose á replicar:

—Mi defensor contestará por mí.

—¿Os negais á proporcionar datos acerca de esta etapa vergonzosa de vuestra existencia?

—Me niego.

—Pasemos adelante. Llegó la guerra y en aquel momento parece que tuvisteis la intención de levantaros y reparar un pasado, por desgracia irreparable. ¿Os alistásteis como enfermera?

—Sí, señor.

—No se ha encontrado vuestro nombre

en los registros: probablemente daríais otro. ¿Quereis explicar esto?

—Es inútil.

—¡Tened cuidado!—exclamó M. Tabouret.

—Teneis buen juicio y no se os debe ocultar que os perjudicais mucho con ese sistema.

El escribano se complacia viendo á la joven defenderse como debía ante la insistencia de aquel inquisidor de nuevo cuño, y todas sus simpatías estaban por la procesada. Debe decirse que lo mismo sucedía en el vecindario de Bourges, que detestaba al juez porque era detestable, y al prefecto, obedeciendo á la prevención general del pueblo contra los funcionarios que han pasado por la prefectura de la calle de Jerusalen.

Empezaba á contarse una leyenda sobre aquel asesinato, á lo que contribuía Bruno esparciendo rumores favorables á la acusada. ¡La desventurada! «La infeliz.» «La infortunada.» Tales eran las frases empleadas para designar á Margarita. M. Dubronier no la nombraba de otro modo. Su amigo Godet, á quien visitaba reservadamente durante el curso de la instrucción del proceso, le aseguraba que la joven era buena, encantadora, delicada, y que todos la querían en Maillepré.

Aparentando seguridad en el éxito, Pedro de Meillant no entraba en pormenores, limitándose á decir:

—¡Esperad... ya vereis!

—Pero todas estas cosas no eran más que

murmuraciones, impresiones aisladas, deseos, que no eran obstáculo para que M. Tabouret esperase una sentencia condenatoria.

Si Margarita tenía partidarios, tenía también en el juez de instrucción un encarnizado enemigo, que no descuidaba la causa y la llevaba adelante con el mayor interés.

—Continuemos — dijo M. Tabouret siguiendo su interrogatorio. —Llegamos á los hechos por los que estáis procesada. Después de la guerra volvistéis á Paris. ¿Podéis fijar la fecha?

—En el mes de junio.

—¿Porqué tan tarde?

—¿Porqué estuve enferma?

—¿Qué hicistéis al volver á Paris?

—Trabajé en un almacén de la calle de Aboukir.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres ó cuatro semanas.

—¿Qué ganabais?

—Cien francos al mes.

—¿Porqué salistéis de allí?

—Por causa de las hablillas contra mí.

—En efecto... Se supo en aquella casa, honrosamente conocida, que teniais un expediente en las oficinas de policia y se os expulsó.

No podían hacer menos.

—Es posible; sin embargo, no era culpable, no lo fui nunca.

—Eso es fácil de decir; pero por desgracia vuestra los procesos verbales dicen lo contrario.

—Pues mienten.

—¡Tened cuidado!... que agravais vuestra situación.

—Para todo juez de instrucción, el acusado que no participa de sus opiniones, agrava siempre su causa: esto es tradicional.

—En una palabra—continuó Tabouret— os encontrastéis de nuevo en la calle, apercebida de severas represiones por infracción del reglamento especial á que estabáis sujeta. ¿Qué hicistéis?

—No podía pensar en encontrar trabajo, porque me lo negarían en todas partes.

—¿Por vuestra falta?

—No.

—¿Por las de los demás entonces?

—Sí, por la de otros—respondió con firmeza Margarita.

—Precisemos: ¿cuales otros?

—Los que se habían propuesto perderme.

—Nombradlos.

—Demasiado sabéis quien quiero decir. Por lo demás mi defensor se encargará de ello.

«¿Quién será ese defensor?»—pensaba Tabouret.

—¿Tenéis, pues, un defensor?

—Si no lo tengo, lo encontraré.

—Todo el mundo lo encuentra—dijo el juez asperamente.

—Debistéis quedaros en París—prosiguió— cumpliendo el vergonzoso compromiso que habiais firmado. ¿Porqué lo abandonastéis?

—Por que no tenia otro medio de sustraerme á aquella vergüenza.

—¿Fuistéis entonces á Maillepré?

—Sí.

—¿Quién os sugirió esa idea?

—Tenía una amiga en la guerra, que era enfermera como yo, desesperada como yo, y como yo sin familia. Un día recibió una carta de una persona para ella desconocida, la señora duquesa de Maillepré, la cual le ofrecía su protección. Dos días después mi amiga fué muerta por los proyectiles prusianos, dejándome una carta para la duquesa.

—¿Preveía ella su muerte?

—Tenía el presentimiento de su próximo fin.

—¿Qué decía en esa carta?

—Que en caso de cualquier desgracia, rogaba á la señora de Maillepré hiciese por mí lo que estaba dispuesta á hacer por ella.

—En Maillepré os presentastéis con un nombre supuesto; no lo podéis negar. Esto era conducirse como una aventurera.

—Es la única falta de toda mi vida,—dijo la joven bajando la cabeza.—Pero después de todo—añadió alzando la frente—¿qué mal he causado? Un miserable mancilló mi nombre hasta el punto de hacérmelo odioso á mí misma... Tomé el de otra, el de mi amiga casi tan infortunada como yo, el de Maria Magdalena, una muchacha sin padre, sin familia, sin fortuna... ¿A quién he perjudicado? Por otra parte yo estaba aniquilada... Temí que quien tanto daño me había hecho, me cerrase la puerta del último asilo en que podía refugiarme.... Pero, en fin, de cual-

quier modo, es una falta; ya lo he dicho; pero una falta hija de la casualidad y que estaba reparada cuando me prendistéis, porque entonces ya lo había confesado todo.

—Los jurados apreciarán—, dijo el juez. —Llegamos al momento crítico. Llegó á Bourges un nuevo prefecto, hijo de vuestro mismo país y con el cual estabáis ligado por una amistad de la infancia: os conociais porque frecuentaba la casa de vuestro padre...

—¡Ay!

—Puede suponerse que á causa de su posición y de su fortuna, del brillante porvenir que todos le pronosticaban, pondriais en él vuestros ojos fundando en el matrimonio con él vanas esperanzas. Mr. de Serigné amaba á otra joven, con quien debía casarse. La noche antes del matrimonio tuvistéis una entrevista con el prefecto, y se le encontró gravemente herido en su despacho... Los indicios os acusan desde luego; se os prendió y confesastéis: demasiado comprendéis que no podéis ocultarnos nada: decid sinceramente lo que sucedió.

—Mr. de Serigné me obligó á aceptar esta entrevista.

—¿No la habiais pedido antes?

—No.

—Admitámoslo. ¿Aceptasteis?

—Sí.

—¿Con qué objeto?

—Mi defensor lo dirá.

—¡Siempre el mismo sistema!

—Me repugna entrar en ciertos pormenores, y no lo haré.

—Tendréis que hacerlo antes ó después.

—Otros se encargarán de ello.

—Sea; de todos modos es indudable que hubo premeditación en vuestro crimen.

—Tal vez.

—¿Robasteis el arma con que herísteis á M. de Serigné?

—La tomé con intención de devolverla. Estoy segura que su dueño no diría lo que vos.

—M. Godet es un hombre original y un excéntrico; pero nadie se atrevería acusarle de complicidad en vuestro crimen.

—No es eso lo que he querido decir.

—¿Pues qué es... entónces?

—Mi defensor lo explicará.

M. Tabouret sudaba. Había creído que el aislamiento durante diez días con sus noches cambiaría el carácter de la acusada, y que se presentaría ante él mansa como un cordeiro, blanda como la cera; pero la encontraba más firme y decidida que nunca.

Al encontrarse ante este increíble fenómeno, se mordió los labios y dijo con tono amenazador:

—Os obstináis en vuestro silencio; pero será preciso que habléis y se os obligará á hacerlo.

Referid la escena del asesinato...

—¿Para qué os servirá?... M. de Serigné estaba sentado delante de su bufete... le herí y cayó... Nunca lo he negado... ¿Qué queréis que os diga más?

—¿Y después?...

—El arma quedó en la herida... Le miré

un instante, y creí que se hallaba herido de muerte... Sali... él tuvo fuerzas para sacarse el puñal y arrastrarse hasta su aposento... Yo ya no estaba allí... había huído... Sabéis lo demás... El ayuda de cámara del prefecto ha debido referiroslo.

—¿Regresasteis á Maillepré en el coche que os había conducido á Bourges?... ¿Quisisteis apeáros y continuar sola el viaje á pie?...

—Pensaba que quizás vivía aún el prefecto y que necesitaría socorro... Esta fué la razón que tuve para hacer á su criado que se volviese.

—¡Buen corazón!—pensó Casimiro Boulard, enternecido.

—En suma—dijo el juez de instrucción:—no veo necesidad de ir más adelante... Estamos ante un crimen indudable, un culpable confeso que alardea del atentado...

—Yo no me vanaglorio por haber herido á un hombre. Explico sencillamente el hecho...

—¿Persistís en vuestro silencio sobre el móvil del crimen?

—No tengo nada que añadir á lo que ya he dicho.

—¿Intentasteis el crimen impulsada por los celos?

—No he amado nunca á M. de Serigné.

—Entonces debemos buscar en otra parte la causa del crimen, y la encontraremos fácilmente, clara y tangible, por decirlo así.

—Veámosla.

—Se asegura que habiais sido pedida en

matrimonio por M. de Lignerés en Maillepré. ¿Es cierto?

—No tengo por qué negarlo.

—Esperad. El marqués de Lignerés es muy rico, y además es pariente y heredero eventual de la duquesa. Después de haber resistido á los ruegos de su hijo, que os amaba locamente, la anciana señora de Lignerés, que sospechaba vuestra indignidad, cedió, contra su gusto... Ella misma lo ha confesado. Naturalmente, debía tentaros un matrimonio así; pero aparte de vuestra ambición, también parece que estabais enamorada del conde.

—¿Qué os importan mis sentimientos? Rechacé muchas veces ese matrimonio.

—Sí... durante algunos días... para excitar más el deseo y la pasión... Por último, cedisteis, según declaración unánime de todos los moradores de Maillepré.

—¿Adónde queréis ir á parar?

—A esto. La llegada á Maillepré del prefecto, que conocía vuestra deplorable historia, fué un golpe terrible para vos, un desastre para vuestra ambición desmedida... El prefecto habrá censurado lo indigno de vuestra conducta, os amenazaría, y para salvaros le propusisteis una entrevista, que él aceptó, porque no se puede negar que sois seductora, facilitando así la ejecución de vuestros criminales proyectos. Creísteis que nadie sospecharía de vos; pero el criminal siempre deja algún rastro, y la justicia puede seguir por él la pista del culpable. En este sentido. pues, establezco mis conclusiones, que

no hay para qué ocultaros. Los hechos son patentés... Un funcionario de categoría superior, asesinado, ó poco menos... El crimen solo puede haber sido inspirado por un deseo de venganza ó por un cálculo odioso... Mi misión termina aquí. Tenéis quince días para preparar vuestra defensa, y compareceréis, probablemente, ante el tribunal en las audiencias de Octubre. ¿Conocéis algún abogado?...

—No.

—Es preciso designar uno. Ahora resumiremos el interrogatorio.

M. Tabouret dictó al escribano, con gran majestad, dando un sentido desfavorable á las contestaciones de Margarita, que protestaba inútilmente.

—Firmad—le dijo el juez cuando hubo terminado.

La joven vaciló; pero el escribano la invitó á hacerlo con una significativa mirada, y le ofreció la pluma, levantándose para cederle su sitio; mas apenas estuvo de espaldas al juez, dijo al oído de Margarita:

—¡No firméis!...

La joven tomó la pluma que el escribano la ofrecía galantemente, la tuvo suspendida en el aire sobre el papel diez segundos, y la dejó sobre la mesa, diciendo:

—Decididamente, no firmo.

—¿Os lo han aconsejado así?—dijo el juez con acritud.

—Sí.

—¿Quién?

—Mi defensor.

—¿Pues no decís que no conocéis á ningún abogado?

—¿Quién os dice que me refiero á un abogado?

Los dedos del juez se agitaron nerviosamente. Si hubiese tenido á su disposición los más terribles medios de tortura, los hubiera aplicado seguramente á aquella extraña mujer.

—Ya veremos si respondéis mejor al tribunal, Mi misión ha concluido... ¡Hasta la vista!

Margarita fué conducida á su celda entre dos guardias.

—¡Soberbio!—exclamó el escribano sin poderse contener.—Hé aquí, M. Tabouret, una hermosa criatura que no tiene nada de tonta.

—Lo cual no impide que tenga su expediente en el registro de higiene de la prefectura de policía... No es más que una buscavidas... una miserable... una simple aventurera... una mujer peligrosa.

—¿Es posible?

—Es exacto.

—¡Nadie lo diría!

—Y que ha asesinado al prefecto.

—Sí; ¿pero por qué?

—¿Que os parece el criterio que mantengo en la instrucción?

—Bien, bien; pero será preciso ver. ¿Y del prefecto, qué se dice?

—Siempre muy mal... no hay modo de sacarle una palabra...

—Termina la audiencia, Boulard. Podéis

ir á satisfacer vuesta funesta pasión por el juego.

--Gracias, señor Tabouret.

--¡Buena suerte, Boulard!

XXI

Antes de la batalla.

Carta de la marquesa de Lignerès á la baronesa de Fierville, en el Palacio de Fierville, por Coutances (Mancha).

«Querida amiga y prima:

»Ya conoceréis por los periódicos el crimen de Bourges, y creo que os admirará, con razón mi silencio, encontrándome por casualidad en medio, por decirlo así, de este drama. Os ruego que me excuséis, en consideración á que he tenido que sufrir las molestias consiguientes, viéndome obligada á comparecer, como todos los habitantes del palacio, ante un estúpido juez de instrucción y soportar sus interrogatorios.

»Al fin esto ha terminado, por lo que me concierne; pero temo que este asunto tenga para nosotros consecuencias lamentables.

»Seguramente habréis visto el retrato, reproducido por casi todos los periódicos, de la heroína de este drama. No tengo motivos para estimar á esta joven, pero la justicia me obliga á reconocer que es tan hermosa como faláz. Alta, esbelta, bien formada, de cabellos castaños, ojos magníficos y

de gran distinción en sus rasgos y maneras, reúne todas las condiciones para agradar á estos necios de hombres, que prefieren la forma al fondo: es una mujer que puede inspirar verdaderas pasiones.

»Está dotada á la vez de una gran inteligencia y de admirable sagacidad; así es que había engañado á la buena de Blanca y á todos los del palacio, particularmente á los hombres; pero entre éstos ninguno tan entusiasmado como el viejo Godet, fanático por esta misteriosa criatura, que, á no ser por los setenta y cinco años de aquél, hubiera llegado á ser la señora de Godet.

»¿Creeréis que el descubrimiento de las supercherías y las indignidades de esta aventurera no han sido bastante para abrir los ojos del obstinado viejo, cuyas simpatías por esta muchacha que sabe matar con tanto brío no han amenguado ni en un ápice?

»Por extraño y singular que os parezca, es cierto. Para que comprendáis la situación de los moradores de Maillepré, debo resumir en cuatro palabras lo ocurrido desde la llegada de esta mujer al palacio, hace cerca de dos meses, con el nombre de María Magdalena, á secas, como una expósita.

»Desde el primer momento estuvo rodeada de atenciones, cuya causa hace sospechar un misterio. La duquesa la admitió como señorita de compañía.

»Conocéis á Maillepré, y por tanto sabéis que es un paraíso para los que aquí viven, que no hay en realidad criados, puesto que, cumpliendo con su deber, cada uno es due-

ño de sí y dispone del tiempo á su gusto. La señorita de compañía no tenía mucho que hacer, y casi todo el tiempo lo ocupaba en pasear. El viejo Godet la admiraba y hacía que los demás la admirasen.

»¡Eh!—solía decirme con frecuencia—es muy gentil. ¡Qué mujer!

»No tardé en conocer que otros pensaban de igual manera, y entre ellos el imbécil de mi hijo, que enloqueció hasta el punto de querer casarse con ella, obligándome á dar mi consentimiento, á pesar de mi legítima indignación. ¿Querréis creer que todavía la muchacha se hacía rogar? ¡Siempre con evasivas y dilatorias; en fin, el colmo de la astucia y de la hipocresía!

»En esto presentóse en Maillepré el nuevo prefecto de Bourges para pedir la mano de Blanca Carol, á quien conocéis, y cuyo origen tiene también su lado oscuro y sospechoso; desde aquel instante se operó un cambio ostensible en nuestra existencia. La duquesa se retiró, permaneciendo casi invisible; M. Godet siempre estaba furioso; la señorita de compañía andaba preocupada, y toda la casa estaba revuelta, moralmente se entiende, que por lo demás, la vieja morada conservó su imponente calma en apariencia.

»Impresionada por este cambio observé y vigilé llegando á saber que el prefecto conocía á María Magdalena, sobre la cual ejercía cierto imperio y les oí—ya os contaré por qué medio—darse una cita nocturna en la casa del prefecto, la víspera del matrimonio de éste con Blanca Carol.

»—¿Qué hubiéseis hecho en mi lugar? Yo ví en esto la ocasión providencial de concluir con el indigno amor de mi hijo por esa mujer, y cuando la ví acudir á la cita avisé á Roger, que comprobó por si mismo la exactitud de mis informes. El sabe que yo no le engaqué, que su amada había herido al prefecto en la misma casa de este, en un trasporte de celos sin duda—el crimen es evidente, pero la causa no aparece clara—que esta intrigante se había presentado en Maillepré con un nombre supuesto, que no se llama María Magdalena, sino Margarita Souvray. Pues bien, querida mía, como si no: cuanto más evidente aparece lo indigno de los procederes de esta desdichada, Roger se apasiona más por ella. Lo peor á mi juicio, es que esto no tiene remedio, y será un desastre para nosotros.

»Desde la prisión de Margarita, vive dominado por una melancolía que no trata de ocultar á nadie: se pasa los días enteros en cierto sitio del parque, á la orilla del río, en donde le sorprendí un día hablando con ella. Ayer le seguí y pude desde lejos observarle sentando en un banco, con la cabeza oculta entre las manos en la actitud de un desesperado: al acercarme á él, temerosa de que fuese á arrojarse al agua, trató de huir.

»He llegado á creer que por cumplir con él mis deberes de madre, defendiéndole contra tan miserable criatura, me he hecho odiosa á él.

»Al detenerlo, me dijo sonriendo de un modo feroz:

»--Supongo que vais aun á hablarme de ella, que vais á acusarla...

»--No quería hablarte más que de tí, Roger,--le respondí.--Estoy desolada de verte tan triste, y debo confesar que no comprendo tu tristeza: por el contrario, deberías alegrarte por lo que sucede.

—¿Yo?

—Sin duda, porque ha debido hacerte abrir los ojos á la razón, extinguiendo un amor que solo podía ser para nosotros manantial de amarguras y de vergüenza.

¿Lo creis así?

—Seguramente: lo creo, como lo cree todo el mundo.

—Por lo pronto—exclamó—todos no están conformes con vuestra opinión sobre esta criatura, esta aventurera como decís. M. Godet la quiere más que nunca, según él mismo me ha confesado. La duquesa ha ido más de diez veces á Bourges para verla y consolarla en su prisión, y no lo ha logrado porque ese odioso Tabouret la trata con un rigor incomprensible. Blanca Carol, la prometida del prefecto asesinado, parece resignada con ese atentado que por lo menos aplaza indefinidamente su matrimonio. En fin, Pedro de Meillant, á quien tengo envidia por su calma, que hubiese yo querido tener y hubiera tenido seguramente á no precipitarme vos en un acceso de cólera que deploraré siempre. Pedro, digo, no abandona á la pobre joven y se ocupa de ella, sin tener en cuenta las apariencias que la acusan. Solo yo, gracias á vos, la he ultrajado cuando vol-

via de Bourges, espantada del acto que había cometido y que no era tal vez más que un acto de justicia.

—¿Cómo podeis creer eso?

—No creo nada, no quiero saber nada: esperaré á que otros la hayan juzgado para juzgarla yo.

¡Criminal! — continuó exaltándose extraordinariamente—esa niña cuya casta mirada cayó tantas veces sobre mi lecho miserable en las horas sombrías en que gemía sobre un montón de paja, herido por una bala, que por ella no me causó la muerte! ¡Criminal, pérfida y falsa la que me decía poco antes de esa cita á que se la obligó sin duda: «Hay un terrible misterio en mi vida y al conocerlo me rechazareis, y sin embargo, juro que no soy culpable! No puede ser.» Y otras locuras por el estilo. Si lo hubierais oído, os habríais espantado, querida prima.

Traté de calmarlo, pero él continuó:

«—¿No equivalía eso á confesarlo todo, pidiéndome solo el tiempo preciso para defenderse y justificarse? Y yo se lo he rehusado. Tiene razón para rechazarme y odiarme.»

Todos los razonamientos son inútiles con él; es una demencia, agravada por lo que voy á decir.

«No es solo á mi hijo y á Godet á quien ha sabido conquistar esa mujer. Pedro de Meillant, el sobrino de Blanca, se cuenta en el número de sus adoradores, y á lo que imagino se interesa más que nadie por esa Margarita Souvray; porque si bien no lo confiesa y procura desorientar á todos con su

aparente indiferencia, se le conoce, y yo creo que Roger tiene celos de él, y estos celos aumentan su pasión y su insensatez.

»Tal es nuestra situación, pobre amiga mía. ¿Cómo saldremos de este abismo?... Maillepré nos ha sido funesto. ¿Por qué no habremos ido á pasar á vuestro lado estos tres meses de estío?

»Si conocéis en vuestras relaciones alguna muchacha de buena familia, bien educada y dispuesta á emprender la curación de un alma enferma, decidmelo y trataremos de arreglar una entrevista y llegará una boda.

»Pero ¿querría él?

»Me aflige mucho lo que aquí sucede, y no veo llegar el fin de nuestras amarguras. Supongo, sin embargo, que no estaremos mucho tiempo aquí, y espero con impaciencia el desenlace de este triste asunto, para volver á Lignerés, en donde espero veros á todos.

»Os abraza afectuosísimamente vuestra prima y amiga,

»LA MARQUESA DE LIGNERES.

»Maillepré, 30 de Setiembre de 1871.

«P. S. Acabo de saber que nuestra heroína comparecerá ante sus jueces el 5 de octubre. El desenlace, por lo tanto, está próximo.»

La baronesa de Fierville á la marquesa de Lignerés.

«Querida amiga:

»He reflexionado sobre el final de vuestra carta, demasiado lacónica para mi deseo, y desde ahora puedo deciros que por aquí nada puede hacerse para el matrimonio de Roger. No encontraréis en todo el departamento una heredera que pueda disponer de una dote de trescientos mil francos, entre las jóvenes que puedan seros agradables.

»Por el retrato que hacéis de esa señorita de compañía, dudo mucho que Roger se dejase seducir por las que nosotros pudiéramos presentarle. Más vale esperar el desenlace, puesto que está próximo.

»Aquí todos participamos de vuestros pesares y nos interesamos en el asunto, por lo que os toca, aparte de que es demasiado interesante por sí.

»Contad con nosotros para el 15 de octubre, si estáis en Lignerés: seremos cinco, sin contar los criados.

»Esa pobre duquesa es la misma bondad, y no comprendemos una palabra de esos misterios que deben affigirla, y que podrían muy bien relacionarse con los disimulados disintimientos que tuvo antes con el duque y con su separación. Reflexionad sobre ello, y después me direis lo que opináis. Tal vez esté en eso la clave de todo.

»Os abrazamos todos, querida amiga y

prima, deseando tener la alegría de veros.

»IRENE DE FIERVILLE.

»Fierville 2 de octubre de 1871.»

*El marqués Roger de Lignerés al vizconde
Guy de la Coudraie, París.*

«Mi querido Guy :

»Estoy desesperado. En estos últimos días me ha ocurrido una de esas aventuras que nos desorientan y cambian el curso de nuestra vida.

»Estoy resuelto á separarme de mi madre; no porque no le guarde todo el respeto debido, sino porque el estado de mi espíritu exige imperiosamente que me distraiga.

»Quiero instalarme en París en el más breve plazo posible.

»Dejaré á mi madre la posesión completa de nuestro viejo palacio de la calle de Lille, en donde suele pasar dos meses al año. Busca para mí cerca de tu casa, una habitación de cinco á seis mil francos, á tu gusto, lo que hagas estará bien, advirtiéndote que tampoco exijo que te ciñas absolutamente á la cifra indicada : lo importante es que el barrio y la casa me convengan.

»Podría habitar una de las mías; pero deseo que mi madre ignore lo que suceda en mi domicilio, y quiero tener una libertad de que hasta ahora he carecido.

»Ya me comprendes.

»Perdóname esta molestia, que trataré de

recompensar estrechando los lazos de nuestra antigua y buena amistad.

»Hasta muy pronto, querido amigo. Te estrecha las manos afectuosamente,

»R. DE LIGNERES.»

Maillepré, 30 de setiembre 1871.

Telegra de Guy de la Coudraie á Roger de Lignerés:

«Te conozco. Cambias como el camaleón. ¿Me has escrito en serio?»

Roger de Lignerés á Guy de la Coudraie.

«Lo más serio del mundo.—No pierdas tiempo.»

Guy de la Coudraie á Roger de Lignerés.

«Hecho tu encargo.—Habitación deliciosa.—Vecindad adorable.—¿Cierro el trato?»

Roger de Lignerés á Guy de la Coudraie.

«Ciérralo, majadero.—¿A qué tantas precauciones?»

Guy de la Coudraie á Roger de Lignerés.

«Hecho.—Gracias por tus cumplimientos.—Escribo por el correo.»

El mismo á Roger de Lignerés.

«Querido amigo:

Siempre he creído que tarde ó temprano llegarías á la situación en que te hallas con tu madre; era inevitable. La marquesa siente por su primogénito un afecto que no puede negarse; pero de una especie particular, absorbente y exclusiva. Esta clase de ternuras acaban á la larga por aburrir á quien es objeto de ellas. Hablo por experiencia. Mi excelente madre tenía muchos puntos de semejanza con la tuya. Pero yo hice antes lo que tu te decides á hacer hoy.

»Te he proporcionado una habitación encantadora, en la misma calle de Monceau, en el segundo piso de una casa en donde tendrás dos vecinas, una arriba y otra debajo, que no ambicionan más que encantar los ocios de un hombre de tus condiciones.

»He amueblado tu casa por la módica suma de diez mil francos, adquiriendo el ajuar de un joven príncipe hastiado de París, que vuelve á sus estepas de Ucrania después de haber sembrado grandes sumas en el tapete verde y en las casas de moda. Podrás completar lo que falte con esas inestimables antiguallas que abundan en tus dominios.

»Si no te agrada la adquisición, un preñado complaciente la comprará y te entregará la habitación con las paredes desnudas, dispuestas á recibir los caprichos costosos del tapicero y sus oficiales.

»El alquiler es de ocho mil francos. He

pasado algo el límite de tus instrucciones, porque el sitio es encantador y la casa de primer orden. Por otra parte, ¿qué te importa, perteneciendo al número de los que no tienen que hilvanarse los sesos haciendo cuentas ni cálculos para el porvenir?

»¡Dichoso mortal!

»He dado noticia de tu resolución á los amigos, que te esperan con impaciencia, reservándote el lugar que entre nosotros mereces. Quizá en tu resolución se oculta alguna pena; pero está tranquilo: te consolaremos fácilmente; antes de un mes estarás curado.

»No faltarán manos bellas que te ofrezcan sus pañuelos para secar tus lágrimas, á cambio de muy poco sacrificio.

»Ven pronto. Breval, Garault, los dos Lambéze y yo te estrechamos las manos.

»LA COUDRAIE.

»P. S. Todo el círculo lo sabe ya, y se ha acordado ofrecerte un banquete de bienvenida en casa de Durand.

»Segundo P. S. Las señoras serán admitidas y tratadas con toda amabilidad.

»L. C.»

Si la anciana señora de Lignerés hubiese olfateado esta correspondencia, de seguro que habría sido víctima de una congestión, ó por lo menos de un ataque nervioso; pero ella ni lo sospechaba siquiera y creía asegu-

rado para siempre su imperio sobre aquel bravo mozo, á quien obligaba á sacrificar todos sus gustos en aras de una ternura egoísta.

En aquellos días todos los espíritus estaban en Maillepré preocupados con la aparición de Margarita ante el tribunal.

En Bourges y sus alrededores no se hablaba de otra cosa.

Era aquella una causa verdaderamente célebre.

Los abogados y los jueces se preguntaban con curiosidad quién sería el encargado de defender á la acusada, que hasta entonces no había pronunciado su nombre siquiera, aunque aseguraban que su elección estaba hecha y el defensor dispuesto.

Llegó el 4 de octubre.

Es sabido que la presidencia del tribunal corresponde de derecho á un juez designado al efecto, y además que todo acusado puede elegir un defensor extraño al foro, con la aprobación del presidente, que casi nunca puede negarla.

El consejero encargado de presidir la sesión se llamaba Rivard, un magistrado rico y considerado justamente, íntimo amigo del procurador y uno de sus más asiduos comensales.

Era persona muy respetable y de una gran imparcialidad.

A las tres de la tarde el presidente se paseaba del brazo con el procurador por la plaza de Parvis, delante de la grandiosa catedral gótica de Bourges, cuando vió apro-

ximarse á él un joven vestido de negro, que le saludó quitándose el sombrero.

M. Rivard debía buenas acogidas á la tía y al sobrino en sus palacios.

—¡Señor de Meillant!—dijo sonriendo.—¿A qué casualidad se debe?...

—Es que vengo á buscaros.

—¿Tenéis algo que decirme?

—Tengo que pedir os un favor.

—Concedido de antemano.

—Esperad que me explique; no os comprometáis.

—Hablad. ¿Que podría yo negaros?

—Presidís la vista de la causa de mañana.

—En efecto. ¿Sabéis que la acusada no ha querido decir el nombre de su defensor, aunque afirma tenerlo elegido?

—Sobre esto precisamente deseaba hablaros.

—Sin su afirmación, le hubiera yo designado ya de oficio.

—Es inútil, puesto que lo tiene, y puedo asegurar que ha estudiado á fondo el asunto.

—¿Lo conocéis?

—Mucho.

—¿Seríais vos por casualidad?

—Yo seré si lo permitís.

—¿Vos?—repitió M. Rivard sorprendido.

—¿Por qué no?

—¡Me admiráis!

—La señorita Souvray no quiere en absoluto otro consejero, ni más defensor que á mi.

—¡Yo creía que érais médico!

—M. de Meillant ha estudiado derecho,
—dijo el procurador.

—¡Oh! Muy por encima,—dijo el conde;
—pero, en fin, soy licenciado.

—Pero no habeis jurado,—observó el presidente.

—De otra manera no necesitaría pedir os este favor.

—¿De modo que os habeis encargado de la defensa?

—Muy gustoso.

Los tres conversaban en el tono más amistoso del mundo.

Sin embargo, M. Rivard dijo:

—Es muy grande la responsabilidad que aceptais, querido conde.

—Lo sé.

—La causa es de una gravedad excepcional.

—Lo sé.

—Debo advertiros que M. Tabouret ha incluido en los autos documentos y pruebas contundentes, según dice.

—Perfectamente.

—Y que son incontestables, á mi juicio. La acusación está armada hasta los dientes: al menos así lo afirma.

—Ciertamente, lo está;—afirmó tranquilamente el conde.

El presidente había pronunciado con cierta acritud el nombre de Tabouret, que no era muy de la devoción de los magistrados de la especie de Dubronier y Rivard.

—Debo deciros, aquí entre nosotros,—continuó diciendo M. Rivard,—que tendreis

que habéros las con un formidable enemigo.

—¿Mr. Ruper?—preguntó el conde.

—El mismo.—¿Estais bien preparado?

—Tengo para apoyarme un contrafuerte tan sólido como esos —dijo el conde señalando los arbotantes de la Catedral. Hacé mucho tiempo que la señorita Souvray me eligió para defenderla.

—¿Entónces habeis tomado vuestras precauciones?

—Ya debeis suponerlo.

—¿Teneis testigos de descargo?—preguntó el procurador.

—Algunos.

—¿Están citados?

—Sí. ¿De modo que tengo vuestra autorización, señor presidente?

—Más que mi autorización, mi simpatía, querido amigo. No debería decirlo; pero os deseo un éxito brillante. ¡Pero andad con cuidado! El asunto es delicado. Ya sabréis que el prefecto está muy mal... Por lo demás, él no quiere proporcionar ninguna luz sobre este asunto, cosa que considera inútil el juez de instrucción, en vista de las confesiones de vuestra cliente.

Meillant indicó con un gesto que estaba al corriente de todo. Y saludando al procurador y al presidente, se alejó en dirección del Palacio de Justicia.

Entónces el presidente dijo á Dubronier:

—Vaya una idea extravagante la de este muchacho. Decididamente, todo este asunto va á ser una cosa extraña hasta el final.

—¿Qué queréis?—dijo el procurador.—En

Maillepré todos querían extraordinariamente á esa joven, que había sabido cautivar á cuantos la rodeaban. Hasta ese pobre viejo de Godet está entusiasmado hasta un límite inconcebible.

—Todo lo cual no quita para que sea una intrigante, una perdida...

—¡Psch!—dijo el procurador con aire de incredulidad.

—¿Dudáis de ello?

—¡Psch! ¡Psch!—repitió Dubronier.

—¿Conocéis la causa, la información de la prefectura... los antecedentes de la acusada?

—¡Psch! ¡Psch! ¡Psch!—volvió á repetir Dubronier. Ya conocéis á Meillant: es un hombre serio, muy serio. ¿No habéis observado una cosa?

—¿Qué?

—Su tranquilidad.

—Es cierto.

—¿Queréis que os diga lo que pienso?

—Decid.

—Pues bien; opino que esto encierra algo misterioso. La calma tranquila de Meillant es muy extraña.

—Como él no ha de ser condenado...—replicó el presidente.

El procurador se rascó la barba.

—Quien viva verá—dijo;—pero me comprometería á pagar una comida á todo el tribunal, si Tabouret saliese adelante con su empeño.

Una hora después el juez de instrucción sabía, con gran contentamiento suyo, que se encargaba de la defensa el conde de Mei-

llant, es decir, un novicio, un principiante. Una mala empresa para él.

Y un negocio excelente para Tabouret.

En el acto se trasladó á la prefectura.

No era por cierto aquella la primera visita que hacia á la víctima de Margarita de Souvray.

Casi diariamente veía al prefecto con el fin de obtener alguna luz, aunque Roland se encerraba en un silencio forzado, pues era el único sistema que podía adoptar.

Su herida era profunda, pero no mortal; pero hubiese preferido morir á hablar. El juez no había podido arrancarle más que algunas frases meditadas con arte para agravar la situación de la joven.

—Venganza... temor á las revelaciones... pasado infamante.

Y sobre estas frases el juez había fundado su acusación, que en honor de la verdad, era formidable.

El fiel Bruno lo introdujo en la habitación del herido.

—Os traigo una buena noticia—le dijo el juez—la acusada ha elegido al fin defensor, y su elección atestigua una verdadera locura. No lo creeríais si no os lo afirmase por mi honor. Ha elegido un abogado sin reputación, un desconocido...

—¿Quién?—preguntó Roland, á quien asaltó una idea.

—M. de Meillant.

El herido suspiró, pero no dijo una palabra.

¡El conde de Meillant, su secreto enemigo

el único quizás á quien temia! ¡El conde, que le había dicho con tono amenazador: «¡Nos volveremos á ver!»

¡Iban á volverse á ver, en efecto!

XXII

Ante el tribunal.

Días antes de comparecer Margarita ante sus jueces, la opinión la consideraba como una víctima que se había vengado de injustas persecuciones. ¿Cómo se operó en la opinión este fenómeno?

Por rumores cuyo origen no se conocía, y que habían sido habilmente lanzados por Mr. Godet, que hacía su visita cotidiana á Bourges, y por Bruno, que comentaba los sucesos en sentido desfavorable á su amo con frases incompletas, con reticencias é insinuaciones ambiguas.

Pero, por lo demás, nadie podía augurar cual fuese el desenlace, la palabra final de aquel asunto.

Se conocía la acusación; pero nadie sabía cuales eran los medios de defensa, porque los defensores permanecían impenetrables.

A las doce fué Margarita Souvray conducida ante el tribunal, siendo acogida con murmullos de simpatía por la concurrencia que llenaba materialmente el gran salón de siones y entre la que se hallaban representaciones de todas las clases, desde la más linajuda aristocracia hasta el más modesto artesano,

Margarita, con su traje de luto y con la misma sencillez que estaba en el palacio de Maillepré y en su celda, pálida, con la vista baja, estaba hermosa como siempre.

El presidente la contempló un instante con verdadera admiración.

Después cambió una mirada con su amigo Dubronier, quien parecía decirle con una sonrisa casi imperceptible:

—Ya os lo había advertido.

—Aproximaos—dijo el presidente á la acusada, con una voz dulce que debía infundir la esperanza en aquel ánimo abatido.

Margarita dió algunos pasos hacia la mesa presidencial.

—¿Os llamáis Margarita María Souvray?

—Sí, señor.

—¿Habéis nacido en Clermont-Oise?

—Sí, señor.

—Vuestro padre era teniente coronel de caballería?

—Sí, señor.

—Bien: podéis sentaros. Se va á leer el acta de acusación.

El ministerio público estaba representado por un joven rubio, de aspecto frío y dotado de esa malicia tan común entre los representantes de esa fuerza pública llamada justicia. Parecía más preocupado con sus manos, muy bien cuidadas, y que ponía en evidencia cuanto le era posible, y del arreglo de su traje, que del voluminoso legajo que tenía delante y que de vez en cuando hojeaba negligentemente. Algunas veces dirigía una mirada hasta cierto punto desdenosa

hacia el banco de la defensa, y hablaba con el juez de instrucción, que estaba detrás de él, pudiéndose juzgar por su actitud y el movimiento de sus labios que debía decir á M. Tabouret algo parecido á esto:

—Ya veréis como los pulverizamos!

Este personaje de maneras distinguidas, amado por las mujeres, afeminado á su vez, satisfecho y seguro de sí mismo, era Luis Rupert, abogado general, el orador más temido, el más elegante y el más retórico que se había conocido allí desde hacía muchos años.

Su desdén era hasta cierto punto natural, porque el banco de la defensa estaba poco provisto de papeles. Aparte de algunos originales de citas colocados delante de M. Seguin, viejo abogado que servía de asesor al conde de Meillant, no había ni un solo documento delante de este, que era el verdadero defensor, á quien el abogado general miraba con la misma compasión que se experimentaría por un combatiente incapaz de resistir el primer ataque de su adversario.

Sin embargo, Pedro de Meillant aparecía tranquilo, sonriente, satisfecho por la discreta ovación que el público acababa de hacer á la joven, tan diferente en su aspecto y figura de las criminales que de ordinario ocupan el banquillo.

Mientras que el escribano leía con voz temblorosa la extensa acta de acusación, él apenas escuchaba, á pesar de ser aquello un formidable ariete, que debía cambiar poco á poco contra la acusada la favorable impre-

sión producida por su presencia entre los jurados y el público.

Singularmente un punto del acta tuvo el privilegio de producir un movimiento de horror y reprobación en la sala al abordar la cuestión del odioso registro en que se encontraba el nombre, ántes honrado, del coronel Souvray. En un período melodramático, M. Tabouret, principal autor de aquel interesante escrito, declaraba que Margarita había arrastrado por el cieno el nombre de un valiente oficial francés.

Después, el relato de la intrusión en la casa de la duquesa de Maillepré con un nombre supuesto, provocó otro murmullo de hostilidad. Todo podía explicarse tal vez, menos aquellos dos hechos: la caída en el vicio y la mentira de Maillepré, ¿quién sería capaz de justificarlos?

Los abogados que asistían por curiosidad á la vista, se volvieron hacia el improvisado defensor, como preguntándole qué podría decir contra aquellas pruebas abrumadoras, contra aquella obra de mano maestra debida al experto, al implacable Tabouret.

El presidente comenzó el interrogatorio.

—¿Habéis escuchado el acta de acusación?

—dijo á Margarita.—¿Comprendéis toda su gravedad?

Ella se inclinó:

El hecho en sí no puede ser más claro. Estáis acusada y convicta de haber herido en su propia casa al prefecto de Cher, M. Roland Beroult de Serigné, en la noche del 9 al 10 de setiembre. ¿Lo habéis confesado?

—Sí, señor presidente.

—¿Lo confesais todavía?

—Sí, señor presidente.

—Existe, pues, tentativa de asesinato que quizás resulte consumado, puesto que los médicos no responden de la curación de vuestra víctima: vuestra intención en todo caso, ¿ha sido matar al prefecto?

—Ignoraba cuál sería la gravedad de la herida. Creí, efectivamente, haber muerto á M. Beroult.

—Habeis procedido con premeditación: esto es incontestable. ¿Cuándo tomásteis de la habitación de M. Godet el arma de que os servisteis?

—Momentos antes de salir de Maillepré...

—¿No fué en la noche del contrato de boda de la ahijada de la duquesa y de M. de Serigné.

—En efecto, M. Godet tiene su habitación en el piso bajo, en el pabellón del Mediodía; no había nadie en ella. Abandoné un instante el salón en donde todos estaban reunidos, y me deslicé en el despacho de M. Godet. Cogí una de las armas de la colección, la que me pareció más fácil de ocultar.

—¿Estabais decidida á herir al prefecto?

—Tal vez... Quería, al menos, tener un arma para defenderme... no pensaba en otra cosa.

—¿Para defenderos decís? Se trataba de una cita de amor que se os dió ó que ofrecisteis; ¿para qué las armas?

—Podía ser una cita de amor para M. Be-

roult... Para mi era una entrevista de otro género.

—Los jurados apreciarán. Considero inútil insistir en vuestros antecedentes, consignados con tanta precisión en el acta y fundados sobre pruebas tan incontestables, que vacilo en someteros á la vergüenza de un interrogatorio sobre el particular, á menos que lo exijáis ó la defensa lo pida.

—Os lo suplico, señor presidente—dijo Pedro de Meillant.

—Abordaré, pues, este asunto para que no quede duda de ningún género á los señores jurados. Después de la muerte de vuestro padre ¿quedasteis sin recursos?

—Sí, señor presidente.

—Fuisteis á París, y para procuraros esos recursos hicisteis cosas que motivaron la intervención de la policía. ¿Qué contestáis?

—Yo no era culpable... Nada tengo por qué acusarme.

—Eso es fácil de decir... Sin embargo, está probado que os detuvieron en el boulevard Clichy, en una leva de gentes perdidas; que fuisteis conducida al depósito é interrogada al día siguiente... ¿Lo reconocéis?

—Es exacto; pero yo era víctima de una trama infame, y repito que no tenía ninguna falta de qué acusarme.

—Eso es lo que vamos á ver. El inspector de policía que os interrogó tuvo que enviaros á San Lázaro. ¿Creeis que se encarcela á los inocentes?

—Lo creo, puesto que á mi me ha sucedido.

—Admitámoslo por un instante. Pero hay un hecho categórico que no necesita pruebas: tres días después pusisteis vuestra firma en un registro, en donde todavía existe. No ignorais lo que contiene este registro... los nombres de las mujeres perdidas de París: es algo así como el anuario del crimen. Vuestro nombre está allí, de vuestro puño y letra. ¿Lo negais?

—No, señor presidente—contestó Margarita, bajando la cabeza.

El abogado general se volvió hacia el juez de instrucción y cambió con él una mirada de júbilo.

Tabouret triunfaba. La confesión de aquella falta era de un efecto desastroso para la acusada.

Los jurados, descontentos, se miraban entre sí. Uno de ellos preguntó:

—¿Está bien probado ese punto?

—¿Cómo podía refutarse?—replicó el abogado general.

Entonces Margarita, reponiéndose, exclamó con energía:

—Yo explicaré después cómo y con qué objeto se me obligó á poner esa firma.

Estas palabras devolvieron el valor á sus partidarios.

El abogado general se inclinó hacia Tabouret diciéndole:

—¿No os parece que el presidente derrocha hoy mucha indulgencia?

En efecto, M. Rivard trataba á la acusada como no se le había visto hasta entonces tratar á ningún reo. ¿A dónde se iría á pa-

rar si la justicia andaba en cortesías con los criminales?

El presidente continuó:

—Llegamos á la guerra. ¿Entrásteis en las ambulancias?

—Sí, señor presidente.

—¿Con qué nombre?

—No me atrevía á llevar el de mi padre, antes tan honrado: me inscribí con el de mi madre: Margarita Forestier.

—Sigamos. Durante la guerra, conocísteis al marqués de Lignerés.

—M. de Lignerés habia sido herido, y yo le asistí en la Chapelle-aux-Ifs, en el Franco-Condado.

—Es exacto, según la declaración del marqués, que hace justicia á vuestro valor y entusiasmo. ¿Cómo fuísteis allí?

—Había habido allí un combate, al hacer la retirada hacia Suiza el ejército del Este: faltaron enfermeras y las pidieron á Ornans, de donde fuimos otra joven y yo.

—¿No se llamaba esa joven María Magdalena?

—Sí, señor.

—¿No recibió una carta de la señora de Maillepré, llamándola á su lado y prometiéndole su protección, según ha declarado la misma duquesa? ¿Tuvísteis noticia de esta carta?

—Sí, señor.

—¿No fué entonces cuando murió María Magdalena?

—Sí, señor presidente.

—¿Cómo?

—Herida por los proyectiles prusianos.
—Se comprende lo que sucedió entonces. Quedásteis sola... Aquella desgracia os sugirió la idea de reemplazar á vuestra amiga cerca de la duquesa... ¿no es eso?...

—No. En la situación en que nos hallábamos había que esperararlo todo. Mi amiga, en previsión de una catástrofe, me dió una carta recomendándome á la señora de Maillepré; pero repugnándome recurrir á la caridad de esta señora, á quien no conocía, volví á París estando aún convaleciente de una enfermedad, para vivir de mi trabajo. No contaba con M. Beroult, que era más poderoso que nunca, y me hizo perder la colocación que había encontrado... Me obligaron á ir á la prefectura de policía, y allí él me propuso un arreglo. Me dijo que se iba á casar con una joven inmensamente rica, para conseguir su fortuna, pero sin amarla... Esta joven sería su mujer; yo, su querida... ó resignarme á ser perseguida siempre con encarnizamiento. Entonces huí.

—¿Y fuisteis á Maillepré con nombre supuesto?

—Cuando llegué no me atrevía á presentarme, temiendo que conociesen mi inmerecida deshonra. M. Godet me vió en la avenida de árboles que conduce al palacio, y se aproximó á mí, creyendo que yo era María Magdalena, á quien él no conocía y á la que esperaba hacía tiempo. Procuré tímidamente desengañarle, y como se obstinaba en su error, no osé insistir por el momento, proponiéndome hacerlo más tarde: fué una de-

bilidad de la que me he arrepentido amargamente.

—Los señores jurados apreciarán. Estos no son más que simples pormenores. Vengamos á la causa de vuestro crimen. La acusación pretende que en Maillepré apelasteis á todos los recursos para haceros amar por el marqués de Lignerés, que se había prendado de vos cuando le cuidasteis en aquella aldea del Franco Condado que acabais de nombrar. ¿Os lo dejó entender él entonces?

—No, señor.

—Sin embargo, él hizo grandes esfuerzos por conocer vuestro nombre, y no se lo dijisteis, limitándoos á darle esta respuesta evasiva: «Yo me llamo la Caridad». ¿Es esto exacto?

—Sí, señor.

Se notó en el auditorio un ligero movimiento revelador de que la acusada volvía á ganar las simpatías de la concurrencia, hecho á que no fué del todo ajena la actitud del presidente, que interrogaba con una dulzura y una paciencia parecidas á la parcialidad.

El abogado general se volvió nuevamente hacia el juez de instrucción, diciéndole en voz baja:

—¡Esto es un escándalo! ¿Si irá á enamorarse de ella también?

Más tarde el presidente confesó á su amigo Dubronier que esta benevolencia era involuntaria, que no podía apartar sus ojos de los magníficos ojos de la acusada, y que notaba en ellos tanta lealtad, tanta pureza,

tanta virtud, en una palabra, que á pesar de todas las apariencias, no podía resolverse á considerarla culpable.

El presidente continuó:

—¿Por qué os negasteis á dar vuestro nombre al marqués de Lignerés?

Ella respondió con amargura:

—Porque no me atrevía á pronunciarlo desde que había sido ultrajado por una maniobra tan indigna, que me reducía á no desear más que el silencio y el olvido.

—¿Y por eso tomasteis en casa de la señora de Maillepré el nombre de otra?

—No lo tomé... Lo acepté cuando M. Godet me lo dió... No creí hacer mal; después de todo, yo aceptaba un presente bien pobre, pues María Magdalena era una desgraciada como yo, desesperada, sin padre, sin familia... ¿Era esto un crimen?

—¡Tiene razón!—gritó una voz cascada, voz de viejo, salida de entre el público que ocupaba el fondo del salón.

El presidente se disponía á pronunciar la frase tradicional: «Si se producen manifestaciones hostiles ó favorables á la acusada, mandaré desalojar;» pero su enojo se aplacó súbitamente y todo concluyó por un gesto invitando al perturbador á callarse: acababa de reconocer á su amigo Godet, que se dirigía hacia el banco de los abogados, abriéndose camino muy trabajosamente por entre la multitud.

—El presidente emplea una increíble blandura—dijo Tabouret al abogado general.

—Hay que creer que se ha propuesto comprometer el éxito,—añadió Rupert.

M. Rivard continuó su interrogatorio.

—¿Sabiais que el marqués de Lignerés debía encontrarse en Maillepré?

—Lo ignoraba.

—¿De modo que vuestro encuentro allí, según vos, fué una cosa fortuita?

—Y debo añadir que me contrarió mucho.

—¿Por qué?

—Porque yo deseaba solo vivir retirada, ignorada, desconocida, y preveía dificultades á consecuencia de la casualidad que nos reunía.

Margarita, turbada al principio, recobrabá poco á poco la posesión de sí misma, conociendo que se ventilaban allí su porvenir, su honor y su libertad, y también el honor del nombre de Souvray, que ella debía defender. Quería salir pura y rehabilitada en aquella prueba. Además, las miradas del conde de Meillant, hacia el cual se volvía de vez en cuando, le infundían un valor y una seguridad que sin él no hubiese tenido. Había recordado muchas veces en su prision las palabras de Roland Beroult en el pabellón del parque: «El conde sabría defenderos.»

Efectivamente, Meillant estaba allí defendiéndola con todas sus fuerzas.

M. Godet había conseguido al fin atravesar el muro viviente del que salían murmullos favorables á la acusada, colocándose al lado de su amigo Pedro de Meillant.

El presidente hizo cesar aquel murmullo

con un gesto casi paternal y continuó:

—Ya fuese este encuentro meramente casual ó previsto, no es menos cierto que desde su llegada á Maillepré, el antiguo oficial no tardó en hablaros de amor, proponiéndooos en seguida el matrimonio.

—Evitaba cuanto podía su presencia, pero era imposible evitarla siempre.

—Para vencer vuestra resistencia recurrió á las personas que os rodeaban, especialmente á la duquesa de Maillepré.

—Efectivamente, la señora duquesa intercedió á favor de él, solo por bondad... Yo rehusé... y para conseguir algún reposo, pedí un plazo de un mes para reflexionar.

—Así lo ha declarado la señora de Maillepré... Pero desde este instante vuestro matrimonio con el marqués se daba como cosa hecha.

—Yo no podía impedir á nadie que lo creyese así, pero nada hice para que se creyera.

—M. de Serigné apareció entretanto, y este fué un golpe inesperado para vos.

—No lo oculto. Por causa de él había abandonado á París, perdido mi colocación, sin contar otros agravios.

—Vuestro carácter cambió y os volvistéis sombría y preocupada. La acusación se explica fácilmente este cambio, porque conociendo el prefecto vuestro pasado, podía hablar, debía hacerlo sin duda, y esto era la muerte de vuestras esperanzas. M. de Lignerés os abrumaba con sus súplicas y un día le prometisteis casaros con él.

—Sabía que iban á ocurrir cosas graves... estaba loca...

—Queréis decir que ibais á estar irremediabilmente perdida, arrojada de aquella casa en donde entrasteis merced á un subterfugio indigno, á una superchería criminal...

Margarita miró fijamente al presidente y dijo moviendo la cabeza:

—No, señor; pero había tomado una resolución que me ponía fuera de mí.

—¿Cuál?

—La de matar á M. Beroult.

—¿Lo confesais, pues?

—¿Lo he negado nunca?—dijo con energía, produciendo una sensación de terror en la sala.

La fisonomía de la hija del coronel expresaba en aquel instante tal odio, que sus más ardientes partidarios temieron que comprometiera irremediabilmente su causa.

M. Godet, en el colmo de la emoción, tocó á Pedro Meillant en el brazo.

—No temais nada—le dijo su amigo.

—Yo necesitaba apoyo, consuelos... Conmovida por las súplicas del marqués de Lignerés, le dije entonces que sería su esposa si conservaba entera fé en mí y no retiraba antes de un mes su palabra, cualesquiera que fuesen las apariencias.

—¿Qué sucedió?

—¡Ah! Previa que su confianza sólo duraría algunas horas, y no me engañaba. Cuando volví de Bourges, M. Lignerés, avisado no sé por quién, me esperaba en la puerta

del parque. Sucedió lo que había yo previsto. Las apariencias me acusaban... M. de Lignerres me condenó sin quererme escuchar... ¿Qué había de hacer?

—Conocéis el sistema de la acusación, y no os ocultaré que es lógico. Deseabais casaros con M. de Lignerres, que os llevaba, con un nombre ilustre, una gran fortuna; M. de Serigné os amenazó con divulgar vuestros antecedentes; visteis con esto trastornarse vuestros planes, y para obtener su silencio le disteis una cita... Los hombres son débiles... accesibles á la tentación...—continuó el presidente medio sonriendo;—aceptó, y ya se sabe lo que pasó. Contabais con la impunidad; pero os hicieron traición detalles que no previsteis. ¿Qué tenéis que responder?

—Que ese sistema de la acusación es falso, inventado por el juez en contradicción con la verdad.

—Es posible; pero en ese caso debéis oponerle otro, dar vuestras razones; en una palabra, confesar sinceramente toda la verdad. ¿Por qué os habéis resistido hasta ahora?

Margarita Souvray, volviéndose entonces hacia los jurados, dijo:

—Porque quería la luz completa, el juicio de hombres honrados, imparciales y justos, y esperaba hallarme ante ellos.

El abogado general se levantó, gritando: —¡Eso es un insulto á la justicia!

En aquel instante, un hombre de cara biliosa, que se sentaba entre los jurados, se agitó en su asiento, manifestando viva impaciencia.

M. Seguin, el viejo abogado que asesoraba á Pedro de Meillant, dijo á éste:

—He ahí á Landuret, que va á hacer una de las suyas. Es un manojo de nervios.

Aquel paquete de nervios, comerciante muy estimado en Bourges, se levantó y dijo:

—Señor presidente, os ruego que permitáis á la acusada explicarse con toda libertad...

Y al decir esto lanzaba una mirada de desafío al abogado general.

Margarita continuó con un tono que dió frío á M. Tabouret:

—Hoy voy á decirlo todo, y no saldrá de mis labios una palabra que no sea la verdad.

Y extendiendo la mano hacia el crucifijo con un gesto majestuoso, se expresó así:

—He matado ó querido matar á M. Roland Beroult porque nos robó nuestra fortuna, aprovechando los últimos momentos y la debilidad de mi padre, cuya muerte precipité sin duda; le he herido porque á consecuencia de su crimen, mi pobre hermana Luisa hubiera muerto abandonada y sin socorro si un hombre generoso no la hubiera asistido en su última hora; porque me ha deshonrado, envilecido y arrastrado por el fango el nombre de mi padre, el coronel Souvray; porque, no contento con el mal que me ha hecho, me quería obligar á ser su querida, prometiéndome en cambio su silencio, y sobre todo porque realizando esta justicia salvaba de la infamia de ser su mujer á una joven á quien la señora de Maillepré ama

tiernamente, y así le pagaba la deuda de gratitud que tengo contraída con ella. La cita á que acudí la noche del 9 al 10 de setiembre no la solicité yo, me la impuso él... Me habéis pedido la verdad, y esta es la verdad. Lo juro.

Este juramento resonó como un trueno, y después se produjo un silencio de muerte.

M. Tabouret gesticulaba con gran energía, hablando con el abogado general, el cual se levantó para decir:

—Eso es una calumnia. La acusada, no satisfecha con una tentativa de asesinato que no ha realizado por una circunstancia independiente de su voluntad, pretende deshonorar al hombre que ha puesto al borde de la tumba. Entre la afirmación de un delincuente y la de un hombre como el prefecto del Cher no cabe la duda.

El presidente puso término á aquel flujo de elocuencia.

—¿No tenéis más que decir?—preguntó á la acusada.

—No, señor.

—¿Tenéis que dirigir preguntas á la acusada?—dijo, dirigiéndose al ministerio público y al defensor.

El abogado general hizo con la cabeza un signo negativo.

Pedro de Meillant le imitó, pero sonriendo, y provocando en M. Tabouret, oculto detrás de M. Rupert, tal impresión, que le hizo agitarse como un epiléptico.

El abogado general, por el contrario, aparecía tranquilo.

El presidente anunció que iba á procederse á la prueba, y comenzaron á desfilar los testigos.

Los de la acusación eran pocos: no se consideraban necesarios muchos después de la confesión de la acusada y de las pruebas de convicción.

El principal de estos testigos, el prefecto, la víctima, se hallaba imposibilitado para comparecer.

El médico forense explicó brevemente, en términos técnicos, la gravedad de la herida, que según él no había concluido con la vida del prefecto por un milagro, y sobre cuya completa curación no se atrevía á afirmar nada categóricamente.

El ministerio público se dió por satisfecho con las declaraciones de la duquesa y de M. de Lignerres, evitándoles la molestia de comparecer, no por benevolencia, sino por temor de que sus declaraciones favoreciesen á la acusada.

Después de algunas declaraciones sin importancia, que confirmaban la acusación, y de desfilar los criados de Maillepré, atestiguando que la joven era conocida en el palacio con el nombre de María Magdalena, se dió por terminada la prueba de cargo y fueron llamados los testigos de la defensa.

Entonces se produjo un cambio completo en la actitud del conde Pedro de Meillant.

La irradiación de sus pupilas; la altivez con que irguió su cabeza, hasta entonces inclinada en actitud meditabunda; el renacimiento, por decirlo así, de todo su ser, en-

golfado antes en profunda meditación, interrumpida apenas por algunas rápidas miradas á su alrededor, parecían anunciar que había llegado para él la hora decisiva.

Este cambio fué tan ostensible que M. Rupert se volvió hacia Tabouret y le dijo:

—Mirad... Cualquiera diría que se nos prepara un golpe sorprendente.

Tabouret, encogiéndose de hombros, contestó:

—No hay miedo; conozco el asunto.

Sin embargo, el abogado general no parecía del todo seguro.

La lista de los testigos de descargo le había llamado mucho la atención y despertado sus recelos.

Había un poco de todo entre aquellas gentes que la defensa, representada por aquel joven tan firme y tan tranquilo á la vez que se llamaba el conde Pedro de Meillant, sobrino de una duquesa, millonario, heredero además de una fortuna mayor que la que poseía, médico á ratos, abogado á medias, futuro sacerdote según se decía, había ido reclutando por todos los rincones de Francia.

Figuraban en aquella lista el cura de Chappelle-aux-Ifs; nuestro conocido Peschard, el jovial médico de Serigné, M. Sougé, dos granjeros, una labradora, que era la que había asistido á Brígida, la vieja criada de los Beroult; agentes de seguridad, la portera de la calle de Douai y hasta M. Bal, el expansivo é inflamable principal de Margarita Souvray, el cual no acababa de explicarse para qué era necesaria su deposición en aquel proceso, y

otros muchos, entre ellos M. Champier, notario de París.

Pedro de Meillant no había querido dejar que se trasluciese nada acerca de sus medios de defensa.

Estos, en el fondo, eran de una sencillez admirable.

Se trataba de probar que la víctima de aquel drama, cuya acción había durado dos años, no era el prefecto del Cher, el antiguo secretario de la prefectura de policía, sino aquella pobre niña despojada, deshonrada, enloquecida por la persecución del miserable que se obstinaba encarnizadamente en perderla.

Hasta entonces todo se había vuelto contra la cliente del conde.

En adelante, su salvación dependía de las declaraciones de los testigos.

El auditorio lo comprendía así, lo mismo que los abogados y los jueces acostumbrados á estos debates, á veces más conmovedores que todas las invenciones de los novelistas y dramaturgos.

M. Dubronier dijo al presidente, que le dirigió una mirada de inteligencia.

—No se por qué; pero creo que Tabouret va á sufrir un fracaso.

Para los curiales, la lucha no se entablaba solo entre el herido y la acusada, sino entre la defensa y el ministerio público; ó mejor aún, entre el juez de instrucción, aborrecido por todos, y el conde Pedro de Meillant.

Inútil es decir que todos los votos eran á

favor de la joven, tan encantadora por su aspecto como digna en sus respuestas.

El presidente dió una orden.

El ugier se acercó á la sala de testigos y llamó:

—Mr. Sougé.

El médico de Serigné entró en la sala de audiencia.

—¿Vuestro nombre?—preguntó el presidente.

—Onésimo Victor Sougé.

—¿Edad?

—Cincuenta y dos años.

—¿Vuestra profesión?

—Médico de Serigné.

—¿Qué sabéis sobre el hecho origen de esta causa?

—El coronel Souvray era cliente mío...

El abogado general se levantó.

—El coronel Souvray, dijo, no tiene ninguna relación con el asunto que nos ocupa.

El jurado Lauderet dijo al presidente.

—Suplico, señor presidente, que se proteja la libertad de los testigos.

Y se sentó con aire de dignidad.

El abogado general le imitó, dando evidentes señales de sentirse ofendido en su amor propio.

El presidente invitó con un gesto á monsieur Sougé á que continuase.

—Sé, dijo, que el coronel pasaba por hombre rico, y en el país se sabía que el viejo Beroult..

—¿Quién era el viejo Beroult?—interrumpió el presidente.

—El padre del que se hace llamar M. de Serigné: era usurero y se asegura que tenía á su cargo los asuntos del coronel.

—¿Qué fortuna se le suponía á este?

—Unos veinte mil francos de renta.

—Eso no era más que un rumor, objetó desdeñosamente el abogado general.

—Después de la muerte del coronel, continuó el testigo, muerte que me pareció algo prematura, sus dos hijas, que eran las jóvenes más estimables del país, quedaron sin recursos, lo cual causó extrañeza á la mayor parte de sus convecinos, entre los que me cuento yo, muy impresionado entonces con la súbita muerte del coronel. En el momento de ocurrir esta, se hallaba á su lado M. Roland Beroult...

—Es muy grave la indicación que acabais de hacer, interrumpió el presidente.

—Pues es sencillamente lo que se puede decir al encontrarse muerto á un enfermo á quien se supone algunas semanas ó algunos meses de vida. Por ejemplo: encendéis una bujía que debe durar dos horas; salis cinco minutos y al volver se ha apagado: se piensa naturalmente que alguien ha soplado. Eso es lo que he creído.

—¿Eso es una mera opinión?—preguntó el abogado general.

—Seguramente.

—Entonces solo tiene un valor muy relativo.

—¿Tenéis algo más que decir?—preguntó el presidente.

—Sí, señor; llego al punto más impor-

tante. Las hijas del coronel abandonaron el país... La más joven murió en París, la otra desapareció...

—¿Os referís á la acusada?

—Sí, señor presidente. M. Beroult hijo, secretario general de la prefectura de policía entonces y después prefecto de Bourges, conservó la casa de su padre en Serigné, un gran edificio de poco valor, en el que vivía sola Brígida, la antigua sirvienta de los Beroult. La opinión suponía que sabía muchas cosas que reservaba... Yo no pensaba en esto: lamentaba la suerte de las señoritas Souvray; pero el asunto que á ellas se refería estaba casi olvidado, cuando una noche se me fué á buscar precipitadamente para asistir á Brígida, á quien encontré moribunda.

A estas palabras siguió un movimiento de expectación en el auditorio.

Jueces, abogados, público, la acusada y los mismos gendarmes estaban pendientes de las palabras de aquel médico rural, que en medio del mayor silencio continuó de este modo:

—Hallé cerca de la moribunda á un desconocido, cuyo rostro no olvidaré nunca, así como tampoco el sonido de su voz; al cura, á la mujer que asistía á la enferma, á un mendigo muy estimado en nuestro país, llamado Peschard, y á un convecino: la vieja declaró ante todos ellos, para descargar su conciencia en su última hora, que su amo Roland Beroult había quemado ante ella los documentos que acreditaban el de-

pósito de la fortuna del coronel Souvray, y que Beroult se había apoderado de ella, de cerca de medio millón de francos. De esta declaración se levantó acta firmada por todos los presentes.

Si hubiese caído un rayo á los pies de M. Tabouret, no le habría causado el efecto que le produjeron estas palabras.

—Otro testigo—dijo el presidente.

El cura compareció declarando que había firmado el acta de la declaración de Brígida, hecha á presencia suya.

—¿Qué concepto teneis de la familia Souvray?

—El coronel era un hombre honrado, muy honrado, muy confiado y muy generoso.

—¿Era rico?

—No conocía su fortuna; pero puedo decir que más de una vez, al visitarle me entregó un billete de mil francos, diciendome: «Para vuestros pobres.»

—Y de sus hijas, ¿qué opinión teniais?

—La señorita Margarita—dijo el sacerdote, volviendo el rostro hacia la acusada—era un angel de bondad, y en cuanto á su hermana puedo decir que no he conocido criatura más pura.

Al llamar el presidente á otro testigo, presentóse Peschard, vestido como en Serigné.

—¿Cómo os llamis?

—Francisco Peschard.

—¿Edad?

—Sesenta y siete años.

—¿Profesión?

—Mendigo. Hace treinta años quedé inútil al detener los caballos de la posta que se habían desbocado en la cuesta de Joué: desde entonces vivo de la caridad.

—¿Qué sabéis sobre el hecho por el que sois llamado á declarar?

—Lo que acabais de oír á los que me han precedido. Yo estaba seguro de que Roland Beroult había robado á las señoritas Souvray y de que Brigida lo sabía y lo callaba por no perder al hombre que consideraba como hijo suyo. Pero la vieja era religiosa y el remordimiento minaba su vida. Un día, el joven caballero que está ahí (y señaló al conde de Meillant) vino á buscarme á mi casa, que medió el coronel, y ví que sabía la historia de estas señoritas tan bien como yo. Hablamos, y le prometí avisarle cuando la pobre Brigida estuviese para morir. Así lo hice. Fué á Serigné, habló con la moribunda y ésta confesó el crimen de su amo.

—¿Es eso todo cuanto tenéis que decir?

—No. Brigida, al principio, rehusaba confesar, y no lo hizo hasta que supo que su amo había muerto.

—¿Lo sabiais?

—Sí.

—¿Quién os lo había dicho?

—Una carta de la acusada, que me decía así: «Mañana á media noche habrá dejado de existir el que me ha hecho tanto daño». Lo de Brigida sucedió á las tres de la madrugada.

—¿Por qué no tratasteis de impedir el crimen?

—Era tarde, señor presidente. De haber sido posible lo hubiera hecho, no por él, sino por ella... ¡Pero no será condenada, es imposible!... Yo la conozco... ¡Es un ángel de Dios!

—¿No tenéis más que decir?

—No, señor presidente.

—Retiraos.

El hielo se había roto. Desde aquel instante la acusación estaba en el abismo.

La declaración de los dos agentes, Pablo Bordier y Pitot, colmó la indignación pública.

La innoble trama de que había sido víctima la hija del coronel, fué referida de tal modo, que sublevó el alma de los jueces y de los jurados.

El abogado general apenas se atrevía á formular algunas preguntas á los agentes para hacer resaltar la indignidad de su proceder al hacer traición al secreto profesional. Pablo Bordier que, seguro del porvenir, no temía nada, le replicó con cierta acritud:

—Quisiera haberos visto en mi lugar, señor abogado, amenazado con la prisión y la deshonra, si desobedecía las órdenes del jefe.

—¿Y ahora no tenéis nada que temer?— preguntó irónicamente el abogado general.

—Hoy—respondió Pitot—hemos dejado la policía y nos consagramos á reparar el mal que hemos hecho por obedecer á otros. Pensaréis como querais, pero esto es honrado...

El presidente insistió;

—¿De manera—dijo—que M. Beroult os había ordenado la detención de Margarita Souvray?

—Sí, señor.

—¿Y no era culpable?

—Como vos, señor presidente.

—¿Recibisteis dinero por este servicio?

—¡Oh!... muy poco... unos miserables napoleones.

—¿Conocíais el motivo que impulsaba al secretario del conde de Magni á cometer tal infamia?

—No lo sé, porque él no se franqueaba con nosotros.

—¿Tenéis algo más que declarar?

—Sí, señor. Después de la guerra, la joven encontró una colocación... y nosotros fuimos á prevenir al dueño de la casa...

—¿De modo que la hicisteis arrojar de aquella casa en donde ganaba la vida?

—Era en cumplimiento de una orden...

—Era una verdadera iniquidad lo que hacíais...

Continuó el desfile de testigos.

M. Champier dió noticias sobre la fortuna legada por el conde de Montevrón á Blanca Carol y el robo de papeles en su casa de campo, con lo que se aclaraba la extraña petición en matrimonio de la hija de una criada por un ambicioso de la indole de Roland Beroult.

Por último, M. Bal, el dueño del almacén de corbatas, declaró haciendo un elogio cumplido de su empleada, volviéndose al terminar hacia Margarita para decirle:

—Os pido perdón, señorita, por la injuria que os hice; pero ya comprendereis que no fué mia la culpa, sino del bribón que nos engañó.

Faltó poco para que no estallase una salva unánime de aplausos entre la concurrencia.

El cura de Chapelle-aux-Ifs elogió su heroísmo y su ternura para con la compañera que había perdido.

Las señoras lloraban y algunos concurrentes enseñaban el puño á un ser imaginario que debía ser el prefecto del Cher.

La causa estaba desde aquel momento ganada. M. Tabouret veía derrumbarse aquel edificio de la acusación, tan cuidadosamente levantado, y hubiera querido estar á cien leguas de aquel sitio. El procurador Dubronier sonreía maliciosamente, y de vez en cuando, cogía la mano al presidente, diciéndole al oído:

—Espero que le haréis una ovación.

—¡Pobre niña!

—¡Una mártir!

El viejo abogado Seguin reunía los documentos para ponerlos á disposición de su compañero accidental, Pedro de Meillant, siempre impasible y sereno.

Terminados los interrogatorios, el presidente se dirigió al ministerio público, y con una exquisita cortesía, dijo:

—El señor abogado general tiene la palabra.

Y volviéndose hacia Dubronier:

—Es una empresa bien difícil la suya.

M. Rupert era ducho en el oficio: conocía las veredas para salir de un mal paso, y después de todo, su anhelo se cifraba en un triunfo meramente personal. El brillante orador salió victoriosamente del paso, sacrificando á Tabouret que se había dejado extraviar por la facilidad con que la acusada se confesaba autora del hecho, y no supo distinguir las causas del atentado por fijarse en la superficie sin escudriñar el fondo de las cosas.

Juzgó mesuradamente las declaraciones de los testigos, no sin levantar protestas en el auditorio, predispuerto en contra de Roland; y trató de demostrar lo indigno de la conducta de los agentes que venían á acusarse ante el tribunal de sus propias faltas.

Y en un periodo brillante, en que encontró medio de colocar clausulas sonoras y frases armoniosas, pidió un veredicto de culpabilidad, admitiendo circunstancias atenuantes, en virtud de ese gran principio de las sociedades que niega á todos el derecho de hacerse justicia por si mismos.

Levantóse el conde Pedro de Meillant, comenzando con un exordio modesto.

—Señores magistrados, señores jurados, os pido que seais indulgentes con mi inexperiencia en los debates del foro. Si hubiese visto sombra de duda sobre la inocencia de la acusada, no me hubiera encargado de su defensa. No trato sólo de alejar de ella una sentencia condenatoria, sino de conseguir una rehabilitación completa que le permita salir de aquí con la frente levantada y lim-

pia de toda mácula su honra, calumniada vilmente por un miserable. Sólo por un milagro puedo demostrar su inocencia, y voy á contar cómo se ha realizado: eso constituirá todo mi informe.

Hace próximamente dieciocho meses encontré una noche por el boulevard Clichy á una joven enlutada, en cuyo rostro se veía pintada la más profunda desesperación. Le hablé y se negó á oirme. Insistí, tratándola con el respeto que á cualquiera otro hubiera inspirado aquella imagen viviente de la desolación y la desgracia. Supe que tenía una hermana que moría en la miseria, en una pobre habitación de la calle de Douai... Yo era médico y le pedí permiso para visitar á la enferma al siguiente día: me lo concedió y nos separamos.

Aquella misma noche, apenas acababa de hablar conmigo, fué detenida... ya sabéis cómo: era víctima de una de las más terribles maquinaciones que puede concebir el hombre más perverso.

Cumplí mi promesa, y al siguiente día encontré en la calle de Douai, en aquel rincón en donde ocultaban su miseria las hijas de un honrado militar, á otra joven, ya moribunda.

Permitidme, señores, haceros la descripción de esta infortunada, á quien dejaba sola en su miseria y en su agonía el abuso del poder que acababa de abatir á la que se encuentra ante vosotros. Era una niña de diecisiete años, angelical, de una distinción suprema, con ojos azules, en los que se refle-

jaba algo de aquel cielo que ella no debía ver más.

Permanecí á su lado veinticuatro horas, y entonces, ante su tumba abierta, me contó su triste historia y el despojo de que habían sido víctimas, á la vez que la odiosa visita que éste Roland Beroult les había hecho la víspera, las infames amenazas dirigidas á Margarita Souvray, la acusada de hoy, esta niña á quien él ha arruinado, despojado de todo, y ante la que tuvo la audacia de proferir estas palabras, tan crueles como irrisorias: «Serás mía porque te amo.»

«En presencia de semejante audacia cree uno estar soñando. Roland Beroult, el ladrón, tal vez el asesino del coronel Souvray, á quien arrebató los justificantes del depósito hecho á su padre, tuvo la imprudencia de decir á su víctima: «Os someteréis, ó caeréis tan bajo que nadie se atreverá á levantaros... llegaréis á tal extremo, que á despecho de vuestra fiereza, sucumbiréis á mis deseos.... Seréis tan despreciada, que no os atreveréis á levantar la voz contra mi para quejaros.» Y llevó á cabo sus amenazas.

Dos testigos han declarado cómo procedió el indigno secretario del conde de Magni para abusar de su fuerza y de su poder, para confundirla con la escoria de París, para encerrarla en San Lázaro y arrancarle aquel consentimiento escrito que le arrebató para siempre el derecho de reclamar justicia contra los crímenes del malvado.

Ahora bien, señores; si Margarita Souvray por aquella infamia, por aquel robo,

por aquella abominable iniquidad se hubiese vengado; si esta injusticia, si este robo, si esta infamia hubiesen armado su brazo; si hubiese herido al hombre que le había robado, ¿no la había envilecido y arrojado á la miseria, ¿la condenaríais?

Pero no es esto. Juzgaréis quizá que, sobreexcitada, loca, ha podido llegar á esta venganza á impulso de una cólera legítima, y que ante la fuerza que abusaba de ella con implacable crueldad tenía el derecho de rebelarse y devolver mal por mal, todo cuanto pudiera, en la seguridad de que, por mucho que fuese, no igualaría nunca al que le habían hecho. Podéis creerlo así; pero para ello es necesario no conocer á mi defendida, que jamás ha tenido el pensamiento de vengarse.

Los hechos lo demuestran. Creyó que no podía vivir sin honra; pero en vez de decidirse por el asesinato de su enemigo, pensó en que ella podía morir, y buscó la manera de satisfacer aquel deseo de la desesperación, aceptando la que la casualidad le ofrecía con la terrible guerra de que acabamos de salir. Se alistó entre las mujeres de sublime valor que afrontan la muerte por cuidar á los enfermos y heridos, escribiendo en aquel libro de honor del alistamiento el nombre de su madre, porque no se atrevía á pronunciar el de su padre, injusta, inicua, mancillado.

Ya os han dicho cuál fué su conducta. Jámás la aureola bendita de la caridad orló frente tan hermosa como la suya. El vene-

rable cura de Chapelle-aux-Ifs os ha relatado los horrores de aquella noche terrible en que la verdadera María Magdalena, una martir, su amiga, su compañera, encontró la muerte á su lado: todavía no se ha desvanecido en ninguno de nosotros la emoción producida por las palabras del digno sacerdote, y no necesito detenerme sobre esto.

»Voy á tratar el punto de la usurpación de nombre que el señor abogado general ha juzgado tan amargamente, y por fin al crimen que nos trae ante vosotros, así como sus causas, que seguramente habeis ya comprendido.

»Terminada la guerra sin que Margarita encontrase la muerte que ambicionaba, pudo recurrir á la benevolencia de la duquesa de Maillepré, siguiendo el consejo de su amiga, presentando la carta escrita por aquella momentos antes de su muerte á su desconocida protectora. Voy á leeros esas líneas escritas bajo el fuego del enemigo, y ellas os probarán mejor que todos los discursos el noble carácter de estas dos victimas del destino.»

El conde leyó en medio de la emoción general la carta por la cual María Magdalena recomendaba á la duquesa de Maillepré á su amiga, y más de un pañuelo se empapó en lágrimas, más de un sollozo interrumpió el silencio de la sala mientras el joven defensor leía.

«Demasiado altiva—continuó—para recurrir á la caridad, la hija del coronel Souvray, despues de asegurar el reposo de su querida muerta en un rincón de tierra ben-

ditá; debilitada por una larga dolencia, tomó el camino de París para continuar su penoso combate contra la adversidad, con la esperanza de vencerla con su perseverante trabajo.

»No contaba con el hombre infame que había jurado perderla y esclavizarla. Pertenece á esa clase de vividores que no caen con el régimen á quien todo lo deben, atentos únicamente á su egoismo y á su provecho, que persiguen por todos los medios, buenos ó malos. Margarita Souvray debió encontrarlo otra vez, y ved lo que sucedió entónces.

»Un hombre honrado que se ha expresado ante vosotros con una lealtad á la que rindo homenaje, le proporcionó un empleo con el que ganaba su subsistencia sin tener que pedir nada á nadie, creyéndose casi dichosa en aquella modesta condición, cuyas privaciones aceptaba sin quejarse ella, que había nacido para vivir desahogada é independiente.

»Un día pasó por aquella casa una ráfaga emponzoñada, y sus compañeras se apartaban de su lado ó cuchicheaban, mirándola como se mira á todo el que es objeto de nuestra compasión ó de nuestro desprecio.

»Margarita comprendió que su dulzura, su sencillez, su afabilidad no eran bastantes para defenderla contra la inmundá calumnia astutamente propalada. Su jefe le llamó, y ya habéis oído pedirle perdón por haber prestado fé á mentiras infamantes, despues de hacer justicia á su virtud y á su probidad.

»Pero el mal estaba hecho. Salió de allí con la desesperación en el alma, la vergüenza en el rostro, y al encerrarse en su miserable albergue, pensó que estaba irremisiblemente perdida. Pero esto no era bastante. Roland Beroult, nombre que será célebre en los anales de la justicia, esperaba esta situación de desfallecimiento para continuar ventajosamente su persecución, y uno de los agentes que acaban de declarar, fué por orden de su jefe en busca de la desventurada, que tuvo que pasar nuevamente por la humillación de volver á la casa de la calle de Jerusalem, que era su calvario.

»Por segunda vez desde el robo del Fresno—no digo del asesinato, porque solo quiero afirmar lo que sea incontestable—se encontró Margarita Souvray frente á frente con su verdugo.»

Pedro de Meillant se detuvo: sus palabras escritas, frías, muertas, por decirlo así, no dan idea de sus efectos. Había que oírlas brotar animadas, vivientes, armoniosas de los labios del defensor, llevando con ellas la convicción al ánimo de los jurados y á la vez inspirándoles el desprecio hacia aquel poderoso que empleaba su fuerza contra los mismos á quienes debía defender.

Explicó brillantemente el plan de aquel hombre, que dueño de los secretos de una familia, gracias á un nuevo abuso del poder puesto en tan detestables manos, puso sus miras en una infortunada niña, condenada á muerte próxima, codiciando su fortuna, de que ni ella ni sus más allega-

dos tenían noticia, una fortuna de millones.

«Había robado al coronel Souvray, y pareciéndole poco; pretendía robar á otra, fingiendo un amor que no sentía.»

Hizo resaltar el cinismo con que Roland Beroult expuso sus planes á su víctima, imponiéndole descaradamente las condiciones: sería su querida ó la atormentaria sin piedad.

»A la vez se casaría él con la heredera desconocida, cuyo nombre no dijo.»

Pedro de Meillant dijo extendiendo el brazo hacia Margarita.

«El cálculo de Roland Beroult no podía ser más sencillo. Esta sería para él el amor, el placer... la querida.... La otra sería la riqueza. Cuando muriese... ya vería. Era preciso ceder ó exponerse á todas las vergüenzas, á todas las infamias, á la prisión, á todo.

»Señores—dijo volviéndose hacia los jurados—si en este instante Margarita Souvray hubiera sepultado un arma en el corazón de este malvado, ¿la habríais condenado? Pensando en vuestras hijas, la habríais absuelto.

»Pues bien, ni entonces pasó por su mente la idea de la venganza. Huyó espantada, y entonces fué cuando se dirigió á Maillepré humillada, inquieta, temerosa de ser rechazada. La vista de aquel gran palacio la sobrecogió y estuvo por deshacer el camino. En aquel momento de vacilación, un hombre de corazón, estimado por todos, un anciano cuya vida ha sido la de un hombre de

bien, la vió sentada en un banco sin atreverse á seguir adelante: se dirigió á ella y le habló bondadosamente.

»Engañado por la circunstancia, desconocida para Margarita, de que allí se esperaba siempre á la pobre muerta de Chappelleaux-Ifs, que no debía presentarse nunca, él se obstinó en llamar á la desconocida Maria Magdalena, en tomarla por la muerta, y en su angustia no se atrevió á desengañarle allí mismo. El fué quien lo hizo todo. Así lo ha declarado él mismo, y en este recinto en donde no cuenta más que amistades y simpatías, ¿quién se atreverá á dudar de su palabra?

»Por otra parte, ¿era aquello un crimen? Si esta infeliz no se atrevía á pronunciar el honrado nombre de su padre, ¿era de ella la culpa? ¿Qué nombre usurpaba? ¿A quién causaba ni el más ligero perjuicio? ¿Qué sitio ocupaba? Un empleo de subalterna, casi de criada. ¡Ah! señores; cualquiera que fuese su nombre, llevaba la felicidad á aquella casa; todos sus moradores, amos y criados, se complacen en reconocerlo.

»Pero esto debía durar poco. Un día volvió á presentarse ante ella el nuevo prefecto del Cher, que la reconoció enseguida.

»Pero antes que él la había reconocido otro, y así como aquél quería perderla, éste quería salvarla. Este otro era yo, señores.

»Desde el primer instante reconocí en ella á la pobre desesperada del boulevard Clichy, porque su figura es de esas que quedan grabadas en la memoria y en el corazón,

aunque sólo aparezcan un instante ante los ojos. Yo había observado su turbación, su temor de ser descubierta. Quizá creyó que su recuerdo se había desvanecido en mi memoria; tal vez, habiéndome visto solamente de noche, no me reconoció. Por espacio de algún tiempo, en la paz de aquella tranquila morada, á las sombras de aquel parque en donde podía ella soñar en paz, la ví serenarse poco á poco, y sin que lo advirtiese ella, pude apreciar toda la delicadeza de aquel carácter de que su hermana Luisa me había hecho el más cumplido elogio.

»Yo conocía el robo de la fortuna del coronel, las infames proposiciones del hipócrita y desvergonzado malhechor que quería imponer su odioso amor á la que había reducido á la miseria, y conociendo esto, quise conocer lo demás. No dudaba de la sinceridad de aquella angelical criatura que se llamaba Luisa Souvray; pero carecía de pruebas, y sin ellas, el bandido tenía asegurada la impunidad. Fui á Serigné secretamente, me informé, y supe que en aquel pueblo donde habían pasado su infancia, las hijas del coronel no habían sido olvidadas. El heroico pordiosero por quien ellas se habían interesado en días más felices, me contó la historia del robo con tanta exactitud como si lo hubiese presenciado.

»Una pobre criada quedaba únicamente en la vacía casa de los Beroult, y esta mujer, atormentada por los remordimientos, se extinguía entre las cuatro paredes en donde el delito se había consumado á presencia

suya: élla solamente podía revelarlo todo; pero estaba refrenada por su cariño al hijo de sus amos, al niño criado por ella.

»El mendigo ha declarado lo que sucedió. En su última hora, creyendo que aquél por quien se había sacrificado no existía, lo confesó todo, y tranquilizada por esta confesión, pudo entregarse en paz y perdonada á su último sueño.

»Así obtuve la prueba incontestable del primer crimen, aunque no el mayor, de este hombre que sólo empleaba su autoridad para el mal. Pero ignoraba el medio de que se valió para deshonorar á esta inocente, reduciéndola, por decirlo así, á renegar del nombre de su padre.

»El pudor de Margarita Souvray sellaba sus labios, y sólo pude arrancarle su secreto en el instante en que regresaba de Bourges, trastornada por la justicia que acababa de hacer en un momento de exaltación de que apenas se daba cuenta.

»El horror que me inspiró aquel hombre al conocer toda la verdad, no tuvo límites. Aquella infamia, combinada tan artera como friamente ejecutada, sobrepujaba á cuanto la imaginación pudiera concebir. Pero aun me faltaba una prueba, y hoy la habéis tenido. Los ejecutores mismos de aquel acto, para el cual es poco el patíbulo, han declarado todos sus pormenores.

»Ahora sólo queda por esclarecer el misterio ante el cual la acusación se ha declarado impotente, y veréis que al atentar contra el prefecto, no era su propia persona, su

propia seguridad, lo que la acusada defendía, sino que se sacrificaba por la salvación de otra.

»La joven cuya fortuna codiciaba Roland Beroult era la ahijada de la señora de Maillepré, su protegida Blanca Carol, naturaleza débil, cuyos días estaban quizá contados: la ciencia lo había dicho, y Roland Beroult lo sabía. La ciencia suele equivocarse á veces, señores, y yo espero que en este caso se equivoque una vez más.

»Sea como quiera, el hecho es que Roland Beroult había encontrado á su víctima en Maillepré, cerca de la joven cuya riqueza codiciaba y á la que engañaba hablándole de amor, habiendo sabido convencerla con la máscara de un hipócrita desinterés, para que consintiese en ser su esposa. Para esta pobre niña el porvenir era muy obscuro. Se creía pobre, siendo millonaria, porque su fortuna, procedente de su padre, muerto hacía muchos años, no debía serle entregada hasta ser mayor de edad ó cuando contrajese matrimonio. M. Champier lo ha declarado aquí.

»Por desgracia para él, Roland Beroult, á la vez que su casamiento, perseguía con más ardor que nunca la posesión de Margarita. Las condiciones que le quiso imponer en la calle de Jerusalén, se las impuso de nuevo en aquel palacio de Maillepré, en donde había encontrado un refugio contra sus persecuciones.

»Como los bandidos emboscados en la sombra gritan á los transeuntes «¡La bolsa

ó la vida!», así él repetía: «¡El honor ó la vida!»

»Margarita Souvray suplicó á Roland Beroult que renunciase á la mano de Blanca, á quien no amaba, cuya muerte deseaba, porque tuvo el cinismo de declararlo; le suplicó que la dejase vegetar en la oscuridad de su modesto empleo. El fué inflexible. Quería la fortuna de Blanca Carol y el amor de Margarita, que solo podía odiarle y despreciarle.

»¡El honor ó la vida! Esta es la frase de esta gran causa, señores jurados.

»Como ultimatum, exigió una entrevista á mi defendida diciendole: Ceded ó sereis aplastada... someteos ó publicaré vuestra vergüenza... Entregate á mí ó te arrastraré por el fango y enseñaré las pruebas da tu infamia...

»¡La infamia de esta virtud!

»¡La vergüenza de esta inocente sin mancha!

»¡Que irrisión, señores!

»Pero esto era aun poco.

»Ella aceptó aquella cita, no por salvarse, sino por salvar á otra víctima, amada por su bienhechora, la infeliz á quien no quería ver sacrificada á este ladrón, asesino tal vez.

»Conoceis lo demás. Frente á frente del miserable, en el silencio de la noche, cuando se atrevía á hablarle de su detestable amor, que la hacía temblar de cólera, lo hirió loca de indignación y sin cuidarse de su seguridad, dispuesta á ser condenada, indiferente á todo, dejó el arma en la herida y arrojó sobre la alfombra el pañuelo con que limpió

la sangre que cayó sobre ella. Después salió sabiendo que estaba perdida, pero contenta por haber consumado su obra salvadora.»

Pedro de Meillant hizo una pausa, paseando alrededor del auditorio aquella mirada penetrante con la que parecía infundir su convicción en el ánimo de los demás.

«—Señores—prosiguió sonriendo tristemente.—Quizás no me creais, pareciéndoos inverosímil que un hombre de la posición de Roland Beroult se degrade hasta tal extremo. Sin embargo, os he demostrado el robo del Fresne, la alevosía del boulevard de Clichy: réstame tratar lo referente á la cita de Bourges, impuesta á esta mártir á quien habeis de juzgar, á quien de seguro habeis ya juzgado,

Tomó Pedró del legajo que tenía M. Seguin el escrito del prefecto: «Amor eterno» con la fecha y la firma de él.

»Leed este documento y desaparecerán vuestras últimas dudas. Con esta prueba de debilidad, aquel gran malhechor esperaba tenerla perpetuamente bajo su yugo, incapaz de defenderse, condenada á la obediencia y al silencio. ¡Señores! El verdadero, el único culpable ha puesto su nombre al pie de esta acta redactada y escrita por él. Margarita Souvray no ha puesto la suya. En el momento en que Roland Beroult le ofrecía la pluma ella pensó que la copa estaba llena, que el ultraje traspasaba la medida é hirió á su verdugo en el instante en que creía recibir una caricia imposible; lo derribó ensangrentado sobre el suelo cuando él creyó

haber vencido todos los obstáculos que le separaban de la fortuna y del amor criminal que perseguía al mismo tiempo con una imprudencia increíble y una maldad sin límites.

»Nada tengo que añadir. Cuando juzguéis á esta mártir, señores jurados, os acordaréis de vuestras hijas y pensaréis aterrados en lo que sería de ellas si encontraran en su camino á un miserable semejante. El es quien debía estar en ese banco ignominioso entre los representantes de esa fuerza pública sobre la que, por una ironía de la suerte, ejerce aun autoridad.

»Mostrándolo ante vosotros tal cual es, creo haber cumplido mi deber: á vosotros señores, toca ahora cumplir el vuestro.»

Al sentarse Pedro de Meillant notóse entre el público un movimiento de hostilidad hacia la acusación. El presidente reclamó silencio, agitando la mano, y se dirigió al abogado general preguntándole con la mirada si tenía algo que decir. El interpelado indicó que no, con un movimiento de cabeza. ¿Qué podía él responder?

Después se volvió hacia el puesto que ocupaba el juez de instrucción, pero M. Tabouret había desaparecido aprovechando el movimiento que siguió al terminar Pedro de Meillant su informe.

El presidente, después de un breve resumen, que fué casi una apología de la acusada, formuló al jurado estas preguntas:

—«¿Margarita Souvray es culpable por haber herido al prefecto del Cher, M. Ro-

land Beroult, con intención de causarle la muerte?

—¿Ha obrado con premeditación?

«¿Concurren en el hecho circunstancias atenuantes?

Los jurados no hicieron más que entrar en la sala de deliberaciones y salir. Su presidente leyó incontinenti el veredicto.

A las dos primeras preguntas, por unanimidad:

NO. *La acusada no es culpable.*

Esta declaración fué acogida con una salva de aplausos y aclamaciones. La emoción había llegado á su colmo.

M. Godet aplaudía frenéticamente.

El presidente, casi tan entusiasmado como el público, reclamó, por favor, un instante de silencio, y pronunció la frase sacramental:

—El tribunal decreta la inmediata libertad de la señorita Margarita Souvray.

Los mismos gendarmes sonrieron, complacidos al libertar á su prisionera.

Entonces se produjo una escena conmovedora. La hija del coronel, bañada en lágrimas, se encontró ante su defensor y M. Godet, y en un impulso irresistible de gratitud, se detuvo, turbada, y con voz agitada, fijos sus ojos en los del conde y temblando de pies á cabeza, le preguntó:

—¿Por qué me habéis defendido así?

El abrió los brazos y Margarita se precipitó en ellos.

Y dejando escapar su secreto, tanto tiem-

po encerrado, estrechándola contra su corazón, le dijo con voz que penetró en el alma de M. Godet, inundándola de alegría:

— ¡Porque os amo!

XXIII

Lo que quería ver el antiguo criado del conde de Magny.

Las peripecias del juicio de Margarita Souvray tenían un eco en una gran alcoba de la prefectura de Bourges.

Un coche, emboscado en la esquina de la calle de los Armeros, hacía frecuentes viajes á la prefectura, conduciendo á Bruno, el hombre de confianza del prefecto.

Confianza, como se sabe, mal colocada.

Solo Bruno gozaba el privilegio de hablar confidencialmente con el verdadero culpable en la causa que se debatía ante el tribunal en aquellos momentos; él solo conocía la angustiosa incertidumbre con que el prefecto aguardaba el término de los debates.

Para Roland Beroult no se trataba de la absolución ó de la condenación de Margarita, sino de la suya.

Reducido á la impotencia por su herida, incapacitado para dirigir los acontecimientos, sometido á ellos, esperaba el desenlace de la lucha con la ansiedad de la fiera herida en su cubil, que escucha los pasos de los cazadores.

Así, no era lo que más le hacía sufrir la

herida abierta por el puñal de Margarita Souvray, sino el obstáculo infranqueable que le detenía en la realización de sus sueños ambiciosos.

Podía curarse de la herida; pero si el defensor de Margarita Souvray sabía remontarse á la fuente de sus crímenes, lo segundo no tenía remedio. ¡Y el defensor era Pedro Meillant, cuyas frías amenazas vibraban aún en sus oídos! Aquel joven reservado, tranquilo, sereno y sonriente, le inspiraba verdadero terror. ¡Con qué tranquilidad le formulaba sus condiciones la víspera de la boda frustrada en el palacio de Maillepré, al cual había ido, después de tan continuados triunfos, á buscar su Waterloo, impulsado por su ambición loca! ¿Qué sabía el conde? ¿Por qué estaba tan seguro de sí mismo?

Después Roland recobraba alientos y esperanzas, pensando en la dificultad de seguir la filiación de aquellos crímenes ignorados. El robo del Fresne, el atentado contra el honor de Margarita, la conquista de la ignorada herencia de Blanca, la alternativa en que colocó á su víctima al imponerle la asistencia á la cita nocturna, en la cual le había herido. Se podían formular acusaciones vagas, ¿pero en dónde encontrar las pruebas y los testimonios concluyentes?

A pesar de todo, su emoción era grande. Victorioso, es decir, absuelto por la opinión, continuaba su carrera, interrumpida un momento, con el prestigio que rodea á los héroes de ciertos dramas misteriosos. Vencido, es decir, deshonorado, cargado con el peso de

sus crímenes, no tenía más remedio que desaparecer. Pero ¿cómo?

Ciertas horas de la vida nos parecen rápidas como relámpagos; otras, largas como siglos. Roland Beroult estaba en una de estas últimas; pero su impaciencia no tuvo más que un confidente, Bruno, su fiel Bruno, como él le llamaba, de igual modo que antes lo hiciera el conde de Magny.

Bruno había ganado mucho en la estimación de su amo desde la noche que éste fué herido: redoblaba sus precauciones; pasaba las noches á su cabecera, esperando sorprender los secretos de su amo; pero Roland, á pesar de todo, no se hizo traición. Solamente á última hora era muy natural que quisiera tener rápidos informes, y nada más natural tampoco que encargar á su fiel Bruno de esta misión de confianza.

El ayuda de cámara se consagró á este trabajo con una diligencia suma y también con secreta alegría, aumentada á medida que el curso de los debates iba siendo cada vez más desfavorable, y, por último, desastroso para su amo.

La lectura del acta de acusación pareció entusiasmarle.

—Un monumento, señor prefecto. ¡Qué claridad! ¡Qué lógica!

El interrogatorio de Margarita Souvray disminuyó algo su seguridad.

—Se defiende con mucha firmeza, señor. Acusa al señor de una porción de cosas horribles... refiere historias del otro mundo... habla de una fortuna robada, de San Láza-

ro, del Depósito, y, en fin, del matrimonio del señor... Parece que ella hubiera querido matar al señor para impedirle casarse con esa niña, que es millonaria... ¡Como si esto le importase! ¡No hubiera creído nunca que tuviese tanta audacia! El señor abogado general está indignado... M. Tabouret demuestra mucha curiosidad...

—¿Y el presidente?

—Diré al señor que no se le puede elogiar. Da pruebas de una blandura increíble. No parece sino que protege á la acusada. ¡Un escándalo, señor!

—¿Y el público?

—No debe hacerse caso de la multitud, siempre dispuesta á creer todo lo malo; hay que fijarse en lo alto. A pesar de todo, no puede asegurarse cuál es la actitud del público... conviene esperar.

—¿Y el abogado?

—¿El señor quiere decir ese joven?...

—El conde de Meillant.

—¡Oh! Su actitud es muy extraña... Parece ajeno á todo... ni atiende, ni toma notas, como debe hacer todo buen defensor. Apenas pone atención, y de vez en cuando habla con un viejo que tiene á su lado, un viejo ridículo, que se llama M. Godet... Pero voy á escape, porque ahora deben empezar las declaraciones de los testigos.

Bruno salió, volviendo después varias veces para dar cuenta atropelladamente á su amo, en pocas palabras, de las peripecias de la sesión; cada vez traía peores noticias.

Las declaraciones de los testigos eran

abrumadoras. Las del médico de Serigné, del cura y otros eran contundentes, no para la acusada, sino para el misterioso ladrón del Fresne.

—Hasta ese mendigo, señor, que han hecho venir de allí. No sé adónde ha ido ese joven á sacar estas gentes. El tal Peschard ha llamado la atención.

El prefecto sintió humedecida su frente por un sudor frío.

Las amenazas del conde no habían sido vanas. Recordaba su serenidad, el extraño brillo de sus ojos cuando le proponía el arreglo desdeñosamente rechazado, el acento irónico con que le dijo al despedirse: «Hasta la vista, señor Beroult.»

¡Ladrón!... ¡Estaba convicto de robo! Tenía en contra suya la circunstancia imprevista de la muerte de Brígida, sus terrores de última hora en el instante en que iba á entrar en lo que él llamaba el aniquilamiento, la nada, y la vieja llamaba la eternidad; la confesión hecha en la agonía, después de haber guardado hasta entonces, y á costa de su reposo, el secreto de su amo, á quien amaba como á hijo.

Después vinieron las declaraciones de Bordier y Pitot, que le hacían traición á su vez. Bruno se lo refirió todo: las circunstancias de la detención, las órdenes recibidas, las miserables sumas con que el secretario del conde de Magny pagaba aquellos servicios, y el tono imperioso con que pronunciaba aquella frase, ante la cual se inclinaban todos: *De orden superior.*

¡Y el abogado general no se atrevía á desplegar los labios!... Desfallecía ante la actitud hostil del público.

Así lo afirmaba Bruno, como cosa evidente.

Cuando terminó el desfile de los testigos, volvió otra vez para decir á su amo que todo estaba perdido, que el abogado general había sostenido muy débilmente la acusación, como quien se siente derrotado.

Esta noticia fué el último golpe para las esperanzas que aun pudiera abrigar el herido.

Cuando se vió solo se incorporó en el lecho y miró á su alrededor con espanto. Estaba vencido, cercano á la catástrofe y nada podía salvarle. No era su víctima, sino él quien ocupaba el banco de los acusados.

Su herida le hacía sufrir cruelmente, pero su curación era cuestión de tiempo.

En seguida pensó que Margarita le habría hecho un favor matándole en el acto.

Entonces se levantó, y arrastrándose hasta el armario colocado entre las altas ventanas del dormitorio, cogió un revólver, se aseguró de que estaba cargado y lo ocultó bajo la almohada.

Podía esperar tranquilamente á la justicia si venía á apoderarse de él.

Había jugado una partida muy empeñada y había perdido. ¡Tanto peor!

Sin embargo, ¡qué vida de goces hubiera podido disfrutar! Pensaba en los millones del conde de Montevrón, en las riquezas de los Maillepré, en la existencia de lujo, de

embriaguez, de placeres que todo aquello suponía.

Dominándolo todo, le atormentaba el recuerdo de Margarita Souvray, á la que hubiera querido destruir, de aquella mujer que removía cuanto quedaba en él de deseos y de voluptuosidad.

Bruno volvió por última vez.

Todo había concluido.

El informe de la defensa fué una continuada ovación.

¿Para qué insistir? Hubiera sido revolver el puñal dentro de la herida.

«¡Absuelta por unanimidad y sin discusión!»

Bruno insistía mucho en hacer notar á su amo que no era el sentimiento de la justicia el que impulsaba á Meillant contra el prefecto, el que le daba aquella actividad y aquella penetración para reunir documentos y pruebas; no era el amor á la justicia, no, sino el amor á la acusada.

—Si, señor—seguí diciendo Bruno,—ama perdidamente á esa joven; se ha visto con toda claridad. ¡Ella se ha arrojado en sus brazos! Ya está en libertad y pronto será condesa de Meillant.

Bruno era feliz. Se gozaba en la ira y en la desesperación de su amo. Deseaba presenciar el fin deplorable de aquel ambicioso y el éxito sobrepujaba todas sus esperanzas. De pronto se oyó ruido en la antecámara.

Bruno salió y volvió en seguida anunciando á su amo que el procurador y monsieur Tabouret querían verle.

—Hacedles entrar—dijo el prefecto.

Bruno iba á cumplir esta orden, cuando se detuvo al oír una detonación, al tiempo que el procurador y el juez de instrucción penetraban en la estancia.

Mr. Roland no era ya más que un cadáver.

—Asunto concluido—dijo el procurador al consternado juez.

Tabouret cayó abatido en una silla. No había medio de reparar el desastre sufrido en la causa de Margarita Souvray.

El ladrón de las dos hermanas, el asesino del Fresne, yacía en su cama con el cráneo destrozado por un balazo.

XXIV

El último salvamento.

M. Godet había dicho que bendeciría á la mujer, cualquiera que fuese, que librase á su favorito Pedro de Meillant de sus extravagantes proyectos de clausura.

Sus deseos se vieron colmados superabundantemente.

La mujer que realizó el milagro, haciéndose adorar por el conde, era precisamente la que contaba con todas las simpatías del anciano, aumentadas desde que conoció su historia y las miserias que había soportado.

Al quedar libre, fué llevada á Maillepré por este excelente hombre, mientras que Pedro de Meillant ponía en orden sus asuntos y cumplía las promesas hechas á los que

le habían ayudado en el éxito del proceso.

Las emociones de los últimos días habían sido demasiado fuertes para Margarita. Así es que al volver á aquella casa con su verdadero nombre, purificado por la brillante reparación obtenida por el conde, se apoderó de la joven una fiebre intensa que la retuvo en el lecho durante algunos días. En este tiempo Margarita no vió más que á la señora de Maillepré, que le hablaba con ternura de la muerta en Chapelle-aux-Ifs, á Blanca Carol, presa de profunda melancolía, á M. Godet y á Pedro de Meillant, cuyo amor no era un secreto para nadie.

El marqués Roger de Lignerés no estaba allí.

Una mañana, la doncella de su madre, dijo á esta, que había buscado inútilmente á su hijo por el palacio y el parque:

—M. Roger ha preguntado por la señora, pero como estabais enferma no ha querido molestaros, y me ha encargado que diga á la señora de su parte que marcha á París por algun tiempo.

La marquesa comprendió que este paso de su hijo significaba una ruptura.

Antes de su partida, el antiguo oficial había dirigido á su primo el conde de Meillant la siguiente carta:

«Mi querido Pedro:

»Yo amaba con pasión á Margarita Souvray; pero he pasado como un necio al lado de la dicha.

»Más discreto que yo, has conocido el te-

soro que hay en esa mujer, y la fé te ha salvado.

»Yo solo he tenido ultrajes para ella. Tú le has prestado tanto apoyo, que su corazón te pertenece por entero y para siempre.

»Te envidio, puedes creerlo; pero sin odio ni rivalidad hacía tí, porque sé apreciar la delicadeza de tu conducta.

»Dejándola en libertad para decidir sobre su suerte, sin revelarle tus sentimientos hasta el último instante, me has dado la medida de tu generosidad.

»Dile que le deseo la felicidad de que es tan digna y que no espero para mí.

»Sed los dos dichos: este es el deseo de un amigo sincero y leal.

»En cuanto á mí, voy á buscar lejos el olvido, con la firme voluntad de encontrarlo.

»El día en que esté completamente curado, volveré al lado vuestro: no antes.

»Te estrecha la mano tu buen amigo y primo

ROGER DE LIGNERES.»

La marquesa abandonó inmediatamente el palacio, después de una animada conversación con M. Godet, á los ocho días de la sentencia de Bourges.

El viejo ocupaba su sillón de junco en la terraza, desde la cual recreaba sus ojos contemplando el ameno paisaje de las cercanías de Maillepré, cuando se presentó la marquesa.

—Ha renacido la tranquilidad en esta casa, querido M. Godet. No ha costado poco. ¿Cómo está vuestra enferma?

—Mucho mejor.

—¿Creeis realmente que Pedro se casará con ella?

—Lo antes posible: tengo la firme esperanza de que así sucederá.

—¿De modo que ha abandonado sus antiguos proyectos?

—A Dios gracias.

—Nada de sotanas, ni de clausura. No era su vocación muy sólida por lo visto.

—Decid que ha sido preciso un encanto irresistible para sacarle de ella.

La viuda se mordió los labios.

—Teneis razón, quizá,—dijo,—pero es lo mismo; es una historia muy complicada la de esa infeliz.

—¡Oh! al contrario, muy sencilla. Una hija que vé desaparecer la fortuna de su padre; un gran malvado que, por desgracia para vos, era de vuestro agrado, elegante, espiritual, tan distinguido como infame, capaz de vencer las preocupaciones de vuestro carácter, que no es empresa fácil, y que abusa de su posición para deshorrar á su víctima y hacerle imposible la existencia, ¿hay nada más sencillo? ¿Creeis que esto sea cosa tan rara? ¿Acaso vivimos en una sociedad en donde los hombres son perfectos y desconocido el abuso del poder?

La vieja reflexionó un instante.

—Pero todo eso—dijo—no impide que su

matrimonio con Pedro sea un enlace muy desigual.

—¡Bah!—dijo M. Godet con indiferencia. —¿Qué eran los primeros Mailleprés? ¡Algunos arrastrables! El bravo coronel Souvray también ceñía espada. Todo es aristocracia militar, marquesa.

—Nobleza muy moderna—dijo desdeñosamente la vieja señora.

M. Godet respondió:

—¿Queréis saber lo que pienso sobre los matrimonios desiguales?... No me preocupo de semejante desigualdad. Prefiero cien veces una hermosa joven honrada, que una princesa malfachada, tonta y necia como conocemos muchas. Os daré un consejo, si me lo permitis.

—Decid.

—Tratad de buscar cuanto ántes compañera para ese pobre Roger. ¿Teneis noticias suyas?

—Esta mañana he recibido carta.

—¿Está en París?

—Eso me dice.

—¡Cuidado con las locuras!

—Roger me atenderá...

—Tened cuidado, marquesa. Ya conocéis el proverbio: la cuerda muy tirante, se rompe. Casad á Roger, casadlo en seguida... y consultad su gusto... ¡Quizá hasta aquí habeis consultado demasiado los vuestros!

La marquesa se alejó, tan descontenta quizá de sí misma como de M. Godet, cuya razón no podía desconocer. Pero su orgullo se sobreponía á todo, y pensaba:

—Yo también, yo también iré á Paris, y cuando esté allí, veremos.

Acababa la marquesa de entrar en el palacio, cuando M. Godet, que se disponía á ensimismarse en sus ensueños, vió en lontananza una especie de sombra que se dirigía hacia el río, siguiendo una calle de árboles que terminaba á la orilla del Cher.

En aquella sombra reconoció á Blanca, que caminaba lentamente, sola, vestida de negro y los ojos dirigidos hacia el suelo.

Pedro de Meillant había comunicado varias veces á M. Godet los temores que le producían el estado moral de la joven desde el suicidio del prefecto.

M. Godet se levantó cuando Blanca acababa de desaparecer entre los árboles. ¿Adónde iba? Indudablemente hacia la ribera.

El anciano tomó el camino más corto, y á los quince minutos llegó á poca distancia del río, hacia el sitio en donde algunas semanas antes Roger de Lignerés había obligado á Margarita Souvray á que le escuchase. A poco de estar allí, percibió al otro extremo de una estrecha pradera un centinela emboscado, como él, en un macizo de sauces.

Era Pedro de Meillant. El joven y el viejo habían sido asaltados por una misma idea.

El conde hizo una señal con la mano á su amigo para recomendarle el silencio.

En aquel instante Blanca llegó á la pradera por un sendero tortuoso, avanzando hacia la ribera, dominada en aquel sitio por algunas rocas de escasa elevación, cuyos flancos estaban cubiertos de plantas trepadoras.

Al llegar allí se sentó, permaneciendo inmóvil, fijando obstinadamente la vista en la rápida corriente del río, muy profundo en aquel sitio.

Pedro de Meillant y el anciano la vieron sonreír varias veces, pero con la sonrisa amarga y triste de los desesperados, y sin derramar una lágrima.

¿En qué pensaba? A no dudar, en aquella falta que la oprimía con tan gran pesadumbre y que amargaba el placer de haber arrancado el secreto de su madre.

¿Era hija de la duquesa de Maillepré! Sus presentimientos no la habían engañado. ¿Qué felicidad, sin aquella caída que tan amargamente se echaba en cara!... ¿Con qué satisfacción hubiera hecho por su madre el sacrificio de su vanidad, y guardado aquel secreto, ahora que podía ocuparse ampararse en aquella ternura!

Pero el mal no tenía remedio; era demasiado tarde. Se sentía acosada por el remordimiento, por la vergüenza de su caída, por el horror de haberse entregado á aquel monstruo.

Había estado á punto de ser la esposa de aquel ladrón llamado Roland Beroult, de aquel suicida que se mató para escapar á la justicia de los hombres.

¿Había sido su querida!

La prueba de esta deshonra se encontraría entre los papeles del suicida... ¡Aquel escrito en que constaba su firma con su nombre, el acta redactada en el pabellón del parque!

No tenía valor para soportar semejante oprobio. Quería huir de él á todas costa.

Se levantó, permaneciendo apoyada en la roca que se levantaba como un muro detrás de ella.

El agua que corría algunos metros más abajo, á sus pies casi, la atraía.

Quería encontrar en sí misma resolución bastante para precipitarse; pero su juventud se rebelaba contra aquella obra de destrucción, y al mismo tiempo su corazón se sublevaba contra la cobardía que iba á infligir á una madre amantísima el dolor y las lágrimas por su pérdida.

Quizá iba á decidirse, y dejaba sobre la piedra la sombrilla y la mantilla blanca que envolvía su cuello, cuando se volvió bruscamente al oír dos voces que pronunciaban su nombre.

El conde de Meillant y M. Godet dejaban sus puestos y se acercaban á ella precipitadamente.

Su rostro se cubrió de púrpura, y recogiendo la sombrilla y el velo murmuró:

—¿Estabais ahí?

—¿Qué ibais á hacer?—preguntó M. Godet, cogiéndola de una mano y atrayéndola hacia él.

Y mirándola fijamente con aire de reproche, añadió:

—No creo que tengas el propósito de hacer lo que ha hecho el miserable que te ha engañado...

—Pues bien; sí—dijo bruscamente, bajando la cabeza,

—¡Eso es una locura!

—¡Bien sabéis por qué no quiero vivir! Si yo misma me desprecio, ¿qué deben pensar los demás?

El anciano la estrechó contra su pecho:

—¡Loca!—le dijo.—Los demás piensan que ha sido muy injusto ocultarte la verdad y no protegerte contra tu propia debilidad; no rodearte como con una muralla con el cariño que te tenían y que tú ignorabas. ¡Cuánto te aman ahora, niña desventurada! ¿Lo dudarás?... ¿Y quién iba á acusarte?... No temas tal cosa. ¡Te se ayudará á olvidar Tu mayor falta, enténdelo bien, la única, sería herir el corazón de esa madre que tanto ha sufrido por ti... Dinos que no lo harás otra vez, que renuncias á tus negras ideas, á tus insensatos pensamientos, á tus inútiles regresos al pasado, que sólo servirían para entristecerte y entristecer á los demás. ¿Qué puedes temer? El hombre que te ha perdido no está en el mundo para recordarte tu falta.

—La conocen otros...

—Ya sabes—dijo M. Godet con paternal sonrisa—cuan indulgentes son los viejos como yo. Tu secreto está aquí—añadió golpeándose el pecho—y también en el corazón de tu madre. Yo te amo como un padre; Meillant tendrá para tí el cariño de un hermano... pregúntale si es verdad.

El conde se acercó.

—Hace dos días—dijo—que te vigilo...

—¿Entonces sabéis...—preguntó Blanca avergonzada.

Pedro de Meillant la separó de Godet, cogió del brazo á la joven y le dijo:

—Yo sé que soy dichoso, que quiero que todos lo sean en Maillepré; sé que tienes el cuerpo y el alma enfermos y me acuerdo de que soy médico y que me corresponde, con el auxilio de todos los que te quieren aquí, la misión de curar primero el alma y en seguida el cuerpo; y sé, en fin, que lo conseguiré fácilmente si te prestas á ello; y pregunto, ¿por qué no lo has de hacer?

Al decir esto se detuvo bajo la sombra de un sauce, á la orilla del agua, sacó su cartera y de ella un sobre en el cual habia escrito:

Para Blanca.

La joven lo abrió y se puso encendida al ver el duplicado del escrito del pabellón rústico.

—¿Qué es eso, qué es eso?—preguntó M. Godet, que estaba cerca de la joven.

Y al preguntarlo se apoderó del sobre y de su contenido, lo leyó de una sola mirada y rasgándolo en pequeños pedazos, los arrojó á las aguas del Cher.

—Eso—dijo Meillant—es un presente de vuestro excelente amigo Dubronier.

—Un hermoso corazón—añadió dirigiéndose á Blanca—al cual la experiencia de la vida ha dado esa serena virtud que se llama indulgencia.

La joven subió por la ribera sobre la cual se levanta Maillepré, entre sus dos amigos, escuchándolos con alborozo' dichosa con sus

atenciones y fortaleciendo su resolución de conservar la vida.

Apenas llegados al palacio, subió la escalera, siempre escoltada por sus dos guardianes; y en la alcoba de Margarita Souvray, en donde estaba la duquesa velando á la cabecera de la enferma, pusieron á Blanca en brazos de su madre, que la estrechó frenéticamente, mientras que Godet cogía una de las manos de Margarita, poniéndola en la de Blanca y diciendo:

—Pedro será tu hermano y tendrás además una hermana. ¡Toda una familia! ¿Qué te faltará entonces? Júranos—continuó diciendo—no volver nunca á comenzar, ó serás horriblemente ingrata.

—¡Nunca lo volveré á hacer!—murmuró Blanca, ocultando sus lágrimas en el regazo de su madre.

*
*
*

Tres semanas después, el 12 de noviembre, en una mañana despejada y fría, llegaba una boda sin el menor aparato á la pequeña iglesia de Maillepré, y se acercaba al altar, donde esperaba al sacerdote. Poco después caía la bendición sobre el conde Pedro de Meillant y su esposa Margarita Souvray.

No era aquel un enlace brillante y fastuoso, sino un matrimonio de amor.

Margarita amaba apasionadamente á su marido. Roland Beroult no se equivocaba al decirle, juzgando al hombre que debía ser

un enemigo tan terrible para él: «¡Este os ama más que el otro y sabría defenderos!»

Dos ó tres amigos solamente asistían á la boda, entre ellos, y en primer término, monsieur Godet, radiante y rejuvenecido, que decía, devorando con los ojos á la novia:

—Bella, pura, animosa y noble... ¡y esa vieja Lignerés habla de enlace desigual! ¡Imbécil!

Aquella misma tarde el palacio de Maillepré fué abandonado por sus moradores, que volaban juntos hacia el país del sol.

Pedro de Meillant, que concluía en médico después de haber sido abogado, recetó una estancia de cuatro meses en Argelia á Blanca, que siguió siendo para todos Blanca Carol; pero adorada por su madre.

Al siguiente día, antes de embarcarse en Marsella con la que había rehabilitado para darle su nombre, el conde le preguntó en un transporte de pasión:

—¿Me quieres, Margarita?

La hija del coronel se dejó caer en los brazos de su marido y sus labios se unieron en las delicias del primer beso.

XXV

Veinte años después.

Ha pasado el tiempo. ¿Quién se acuerda ya de los acontecimientos que preocuparon en época ya apartada á una región pacífica y sirvieron de tema durante algunas semanas á todas las conversaciones?

El palacio de Maillepré ha perdido algunos de sus huéspedes.

El viejo M. Godet no se pasea ya en el parque sobre el lomo de su pacífico Sultán. Sumergióse en el eterno sueño sin dolor, ya que no sin pena, diez años después del matrimonio de su querido Pedro de Meillant con la dulce heroína del drama de Bourges, después de haber visto nacer tres hijos de éstos, dos varones y una hembra, cuyas infantiles cabezas acarició con sus temblorosas manos.

Margarita Souvray, condesa de Maillant, ha tenido después de la muerte de su viejo amigo otros dos hijos, vigorosos y fuertes.

Los cabellos de los esposos empiezan á cubrirse de plateados hilos; pero sus corazones son tan jóvenes como el primer día, cuando emprendieron aquel viaje á Marsella y á Argelia, en el cual cambiaron sus primeras caricias. Su ternura destella sobre cuanto les rodea. No se habla de ellos en Maillepré más que con la sonrisa en los labios.

Se aman y son amados. ¿Cómo había de suceder otra cosa, si reparten el bien á manos llenas? El conde es á la vez médico, el consejero y el amigo de todos sus colonos, y vecinos: nadie habla más que de sus beneficios.

Los condes apenas van á París, y sus estancias en él no son largas. A veces, sin embargo, se les ve pasear á caballo en los hermosos días de primavera por los Campos Eliseos ó por las avenidas del Bosque, con

aspecto de juventud todavía, sonrientes y saludados con deferencia afectuosa por los amigos que les encuentran. Pero prefieren las rientes y apacibles capías del Berry, en donde viven entre recuerdos del pasado.

Aunque no hubiera allí otro atractivo, sería suficiente el de la duquesa de Maillepré, confinada obstinadamente en su tierra.

Todos los días á la hora en que la campana toca á la misa de alba, hace su peregrinación al cementerio, en el cual ha reunido los seres queridos, y visita cuatro tumbas situadas á la sombra del viejo templo.

Los restos de María Magdalena no están ya en el cementerio de Chapelle-aux-Ifs; la duquesa ha hecho trasladarlos al de Maillepré, junto á los de su padre. El duque Juan de Maillepré reposa en un rincón del modesto cementerio, con los de la desgraciada criatura á la que tanto habría amado.

Las otras dos tumbas son las de M. Godet y Luisa Souvray.

Las marquesa se complace en la compañía de estas reliquias, pero no esta sola entre ellas.

Pedro de Meillant, cumpliendo su promesa, es médico del cuerpo y del alma de Blanca. Fortalecida por una larga y constante intimidad con los dos excelentes seres llamados el conde y la condesa de Meillant, sostenida por su cordial afecto, cierta de la ternura de la que solo en la intimidad de su habitación se llama su madre, Blanca Carol se ha transformado. Han desaparecido su agi-

tación febril y su inquietud sospechosa. Aunque algo delicada de salud, sus ojos destellan la alegría de ser amada sinceramente.

Si por acaso se agita en el fondo de su corazón algún mal sentimiento al recordar su falta, lee en los ojos de los demás tan bondadosa indulgencia y tanto deseo de hacerle olvidar el pasado, que su pesar se desvanece en el acto. No ha querido nunca oír hablar de matrimonio. A las indicaciones hechas á veces por Pedro de Meillant, ha contestado con una negativa rotunda á recibir á los pretendientes, que no le hubiesen faltado. Obligada á aceptar la fortuna de su padre, solo usa de ella para practicar buenas obras.

Pedro de Meillant es el administrador de toda la familia, reemplazando á su amigo Godet en estas delicadas funciones con satisfacción general.

En suma, Maillepré y Meillant son dos hogares dichosos, animados por los juegos y las distracciones de los hijos de la condesa.

Alguna vez un viejo todavía firme á pesar de la gran carga de sus ochenta y seis años, aparece en el parque procedente de la aldea, en la que ocupa una pequeña casa, alegre y cómoda.

Es Peschard, trasplantado por decirlo así, desde la Turene al Berry.

Viste un poco mejor que cuando mendigaba casi con altivez en Serigné.

—Sed sobrios—dice á la juventud de Maillepré—y vivireis largos años.

El honrado Giraud, el antiguo juez de

paz de Serigné, más tarde juez de Saumur, no ha tenido suerte. Con razón ó sin ella, se le supuso mezclado en los asuntos del difunto Roland y se aprovechó el primer pretexto para destituirle.

Los protegidos de Pedro de Meillant son más felices.

El conde había dicho á Pablo Bordier:

—Quiero que bendigais después el nombre de aquella á quien habéis salvado.

Bordier y Pitot pudieron bendecirle, en efecto. Prosperaron, y se han convertido en unos ricos burgueses de Blidah.

Margarita Souvray hizo buscar después de su matrimonio, á aquella pobre Manette que se interesó por ella en la noche horrible pasada en el depósito. La infeliz muchacha acabó como presentía. La desesperación le impulsó á arrojarse por el canal de San Martín.

M. Tabouret ha concluído por ser un misántropo. La causa de Bourges lo mató moralmente. Quedó como simple juez, y para colmo de desgracia le han hecho enterrarse en una subprefectura de los Bajos Alpes.

¡Horrible fin!

La vieja señora de Lignerres parece inmortal.

Pasa su existencia atesorando en su productiva Normandía, y solo ve á su hijo de tarde en tarde. Cierta pudor la tiene alejada de Maillepré, en donde la presencia de Margarita despierta en su alma vivos remordimientos y amargos recuerdos.

¡Qué diferencia entre los dos palacios!

En Lignerres la soledad, el silencio profundo, un frío glacial y un vago olor á mo- ho semejante al que exhalan las casas abandonadas donde el sol nunca penetra.

En Maillepré, el ruido, los cantos, la actividad, las alegres risas de la juventud, la vida, en una palabra.

En Lignerres el invierno.

En Maillepré la primavera y el estío.

La duquesa rodeada de niños que la adoraban, y llamaban su buena tia á Blanca Carol.

La marquesa, sola, melancólica y aburrida.

¡Y todo es obra suya!

Hubiera podido tener á su lado á aquella mujer que anima á Maillepré con su bondad y su gracia, y la rechazó.

Y su hijo Roger, desequilibrado en la existencia febril y vana de los ociosos parisienses, rico á pesar de sus prodigalidades, porque su madre amontona lo que él echa por la ventana, con el corazón seco, hastiado de caricias compradas como una mercancía, con el pensamiento vuelto á Maillepré, desde donde le llaman y adonde no se atreve á volver, ha sido asaltado alguna vez por la tentación á que son tan accesibles las gentes á quienes nada une á la vida, de saltarse la tapa de los sesos.

Su primo procura curarle; pero ¿lo conseguirá?

Lo mismo que Blanca Carol, Roger de Lignerres rehusa casarse, perseguido á todas horas, de día y de noche por la apacible vi-



UA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ALMERÍA
FACULTAD DE CIENCIAS
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS BÁSICAS
FÍSICA GENERAL I

